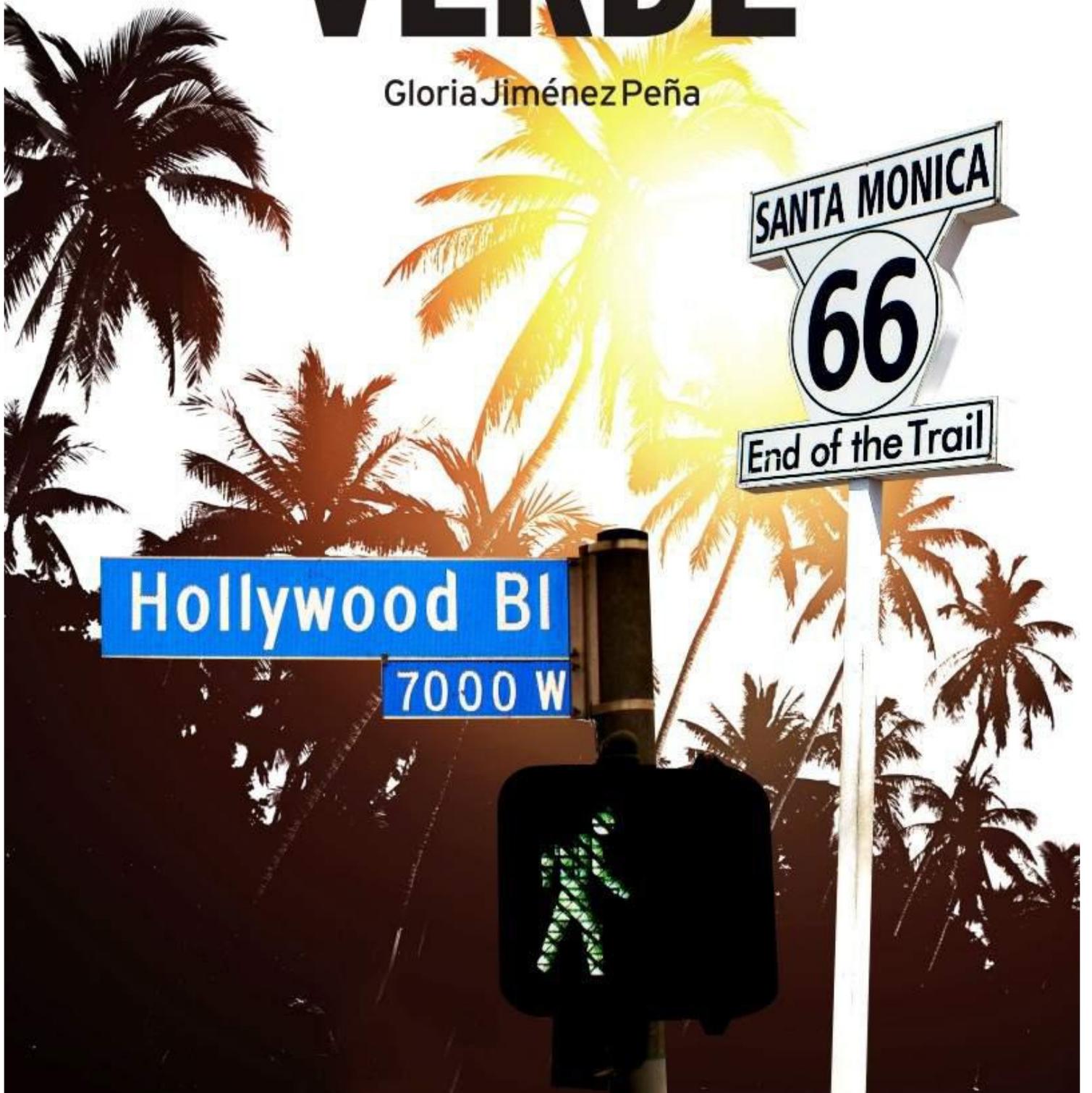


TARJETA VERDE

Gloria Jiménez Peña



ÍNDICE

Dedicatoria
PRIMERA PARTE
Lotería
Premio
Previo
Viaje
Welcome
Jet lag
Orden
Culturas
Primeros pasos
Costumbres
Café
Viernes
Transporte
Playa
Zapatos
Downtown
Actores
Casting
Gracias
Diciembre
Navidad
Propósitos
Frida
Ciénaga
Cama
Día libre
Seguro
Pruebas
Diagnóstico
Mudanza
Feliz
Despedida
SEGUNDA PARTE
Cenizas
Sueño americano
Road trip
Las Vegas
Soluciones
Encuentro
Plan
Madrid
Segundo viaje
Marcos
Papeles
Acuerdo
Matrimonio
Entrevistas
Recuerdos
Cumplir
Mi historia
TERCERA PARTE
Volver
Testimonios
Alegaciones
Sentencia
NOTAS
Nota de la autora
Agradecimientos

Copyright ©

Los derechos de edición sobre esta obra pertenecen a Gloria Jiménez Peña, y en consecuencia ésta no podrá ser reproducida, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del escritor. Todos los derechos reservados.

Gloria Jiménez Peña, 2015
Diseño de cubierta: El Creada
Depósito legal: JA-94-14
Email: gloria@30ypocos.com

*A todos los que tuvieron que irse pensando que iban a volver y se quedaron.
A todos los que se fueron pensando en quedarse y tuvieron que volver.*

PRIMERA PARTE

Lotería

Nunca hubiera pensado en la posibilidad de dejar Madrid hasta que un día, mi mejor amigo hasta entonces me llamó y me dijo que nos fuéramos a vivir al extranjero.

Yo era un simple contable cuando Marcos, con quien me había criado en el barrio y compartido tantas cosas, me animó a que nos fuéramos juntos a buscarnos la vida a cualquier país del mundo. Una idea que ya habían tenido muchos españoles antes que nosotros, aunque nuestra historia al final sea muy diferente. Imagino que porque todas lo son.

–Estoy harto de trabajar aquí por una miseria. –Fue la única razón medio decente que Marcos me dio para plantearme hacer las maletas.

Yo lo miré extrañado. Mil veces nos inventábamos historias y pensábamos en un futuro mejor, pero siempre sabíamos que era de esas cosas que se dicen en caliente y que se olvidan igual que se pasa una resaca de fin de semana.

Aquella vez Marcos lo tenía claro, estaba decidido a dar un giro a su vida. No sé qué le había pasado, pero me tomé en serio su propuesta.

Aún no sabíamos dónde irnos (porque todas las ideas locas empiezan siendo un poco ambiguas) pero decidimos que el destino no era lo más importante, siempre que nos fuéramos juntos.

Marcos y yo nos habíamos criado en la misma calle, habíamos ido siempre juntos al colegio, luego al instituto y después a la Universidad, cuando aún había becas para las familias, como las nuestras, sin demasiados recursos.

Nuestras vidas, siempre paralelas, se bifurcaron cuando nos graduamos en Administración de Empresas. Yo acabé llevándole las cuentas a un negocio familiar con miras internacionales que con la crisis acabó por ser más local que la frutería de la esquina. Marcos, que siempre tuvo mala suerte para todo, no consiguió trabajo 'de lo suyo' y acabó contando palés en un conocido supermercado.

Sin ser consciente de lo que aquella decisión iba a cambiar para siempre, le pregunté: “¿Dónde nos vamos?”, y él se quedó en silencio, mirando el cordón de su zapatilla, ligeramente desanudado. Incapaz de afrontar la decisión que decidiría su vida, y la que a la postre, de rebote, sería la más importante de la mía.

–Pues deberíamos ir a un sitio donde hablaran inglés, y eso que aprendemos, que ahora dicen que es muy importante. En mi supermercado piden a gente con idiomas, que digo yo que será porque es más importante saber indicarle a una guiri dónde está la leche que un Presidente del Gobierno se entienda con los gallifantes de otros países –me dijo Marcos todo serio.

–No me jodas que ahora te quieres hacer Presidente –bromeé yo.

–No, pero tampoco quiero estar toda mi vida en un súper –y ahí yo me dejé de bromas, porque tenía más razón que un santo.

–¿Pues nos vamos a aprender inglés!, ¿qué te parece Inglaterra? –pregunté.

–Allí ya hay muchos españoles. Mira lo que le ha pasado a Alfonso, que se fue con dos colegas de su pueblo a Londres y, además de no aprender inglés, está de friegaplatos ¿por qué no miramos otras opciones?

Y con esta última propuesta nos metimos en Internet y preguntamos a Google países de habla inglesa. El resultado, de Wikipedia, nos ponía como principales destinos Reino Unido, Australia y Estados Unidos. Nos miramos y los dos tuvimos claro que la elección era el último, no me preguntéis porqué.

Lo de irnos juntos duró hasta que se nos metió en la cabeza irnos a Estados Unidos y hasta que nos dimos cuenta de que, para vivir nuestro particular sueño americano, necesitábamos un visado de trabajo que no teníamos. Sin embargo, podíamos conseguirlo de la manera más fácil (o difícil, según lo positivos que estuviéramos ese día) que hubiéramos podido imaginar: ganando la Green Card. Aunque por entonces no sabíamos nada de aquella lotería en la que el gobierno americano reparte un número escaso de visados permanentes.

Pasaron varios días en los que cada uno por su lado buscaba allí y acá para planificar la esperada marcha, hasta que entendimos que irnos sin papeles nos iba a obligar a vivir peor que en España si decidíamos quedarnos (de ilegales, claro). Y cuando estábamos a punto de tirar la toalla, de tachar Norteamérica de nuestras opciones, me topé con el blog del pamplonica, donde se explicaba la mar de bien lo del sorteo de la Green Card. Y fue entonces cuando cambió mi suerte.

–Marcos, tengo la solución. Vamos a echar la lotería –. Le dije yo en una llamada de teléfono.

–Bueno, ya sabes que yo soy más de la primitiva –me contestó el ceporro.

–Que no, Marcos, que no te enteras –le espeté yo –. La lotería de la Green Card.

–¿De la qué?

–La Tarjeta Verde, Marcos, ¿ves como necesitas aprender inglés?

Y ante el silencio que me respondió al otro lado de la línea telefónica, le conté todo lo que había averiguado gracias al blog del pamplonica, un tipo de unos cuarenta años que según contaba llevaba 14 intentando dar el salto a Estados Unidos para hacer fortuna vendiendo artículos relacionados con el mundo de la tauromaquia: crear una especie de San Fermín en cualquier ciudad americana que entendiésemos que aquel español no estaba del todo loco y hacerse rico con poco esfuerzo. Lo normal, vamos.

El pamplonica, a quien le debo tanto a pesar de no conocerlo personalmente y de que él no sepa ni siquiera de mi existencia, estaba indignado por el hecho de que nunca le tocara, aunque no perdía la esperanza. Con un “a Hemingway no le pusieron tantos problemas para venir a España y disfrutar de nuestros toros y nuestras mujeres” dejaba clara su postura y pensaba que sería de justicia divina que el gobierno estadounidense le cediera una de sus visas, a modo de compensación por los buenos ratos que el célebre escritor pasó en Pamplona.

–Pero Manolo, si ese hombre lleva media vida intentando conseguir la tarjetita esa dichosa, ¿cómo nos va a tocar a nosotros?

Y le tuve que hacer caso, haberle dicho que aquello era imposible y habernos olvidado de ir a Estados Unidos en ese mismo instante, pero hay frases que llegan cuando crees que ya es mejor no decir nada, y a pesar de ello, pueden cambiar una vida.

–Porque a nosotros no nos puede ir siempre mal, Marcos. ¡Vamos a intentarlo!

Y me dijo que sí, que nos iba a tocar y que nos íbamos a ir juntos a Estados Unidos. No sé si me dio permiso para seguir con mi plan porque confiaba en nuestra fortuna o por ese instinto absurdo que te sale cuando no quieres decepcionar a los amigos de toda la vida, aunque sepas que eso al final te puede costar la amistad.

Como nos habíamos embarcado en el mayor sueño de nuestra vida, empezamos a proponer opciones absurdas de a dónde nos iríamos cuando nos tocara la Tarjeta Verde, porque ya estaba claro que la íbamos a conseguir. Los dos.

–¿Nos vamos a Miami? –pregunté en voz alta.

Y lo descartamos porque pensamos que éramos demasiado morenos, que nos podrían confundir con los cubanos que escapan en balsa de su isla, porque sabíamos que había caimanes en los humedales y ciénagas de la zona, y porque pensábamos que con Alejandro Sanz ya tenían bastante representación española en la ciudad.

–¿Texas?

Rechazado porque a mí los sombreros no me quedan bien, no me gusta la ropa vaquera, ni el Country, pero sobre todo porque cualquiera que haya visto Thelma y Louise sabe que hay que gastar cuidado si se te ocurre hacer algo fuera de la ley allí, que no es que pensáramos hacerlo, pero nunca se sabe.

–¿Nueva York?

-Demasiadas luces y mucho frío en invierno.

-¿Seattle?

-¿No era allí donde los grunges se suicidaban porque estaba todo el día lloviendo?

-¿Nuevo México?

-Ir a Estados Unidos para vivir en un estado que se llama como el país que tienen al sur no tiene mucho sentido.

-¿Arizona?

-¿Hay algo allí que no sea desierto?

-¿Connecticut?

-Prohibido ir a un Estado del que no tengas ni idea de donde está.

Y al final, tras muchas vueltas, Marcos o yo, o los dos a la vez (que queda muy de película, aunque sea falso) dijimos:

-California.

Y ninguno de los dos puso pega alguna.

Decidimos que la ciudad ideal para nosotros era Los Ángeles, y empezamos a fantasear con lo bien que viviríamos en una casita frente a la costa que habíamos visto mil veces en Los Vigilantes de la Playa, con dos descapotables aparcados en el garaje y entrada libre para las chicas de calendario de Victoria Secret.

Todos hemos tenido sueños así cuando pensamos en California, porque los sueños, al contrario que los alquileres en Santa Mónica, son gratis.

Así que esa tarde quedamos en mi casa, bueno, en la de mi madre, porque dime tú con el sueldo de un casi mileurista dónde iba a vivir mejor y más barato en una ciudad como Madrid; y rellenamos por Internet el formulario, que no es difícil, pero que para dos tíos que siempre suspendían inglés en el colegio ya te puedes imaginar.

Y después de dos horas pegando frases en el traductor de Google y otras dos peleándonos con el Paint para dejar la foto de carnet al tamaño justo que se exige (algo difícil cuando piensas que un pixel es un medicamento) conseguimos mandar los dos formularios.

Recuerdo que yo lo envié antes y luego, le tocó el turno a Marcos. A veces me pregunto qué hubiera sido de nosotros si lo hubiéramos hecho al revés. Aunque nos despedimos hace un tiempo para siempre, ya os puedo adelantar que no le fue muy bien. Yo, en cambio, estoy en Los Ángeles porque me tocó la lotería, y como habéis podido imaginar no es una metáfora.

Premio

Marcos y yo teníamos una posibilidad entre miles de que nos tocara sólo a uno y casi ninguna de que nos tocara a los dos. A pesar de eso, como siempre que te apuntas a un sorteo, y más si lo haces con tu amigo de toda la vida, pusimos todas nuestras esperanzas en ello.

Ambos compramos un boleto para una nueva vida que estábamos seguros que sería fabulosa, o quizá no tanto. Pero sí mejor que la que teníamos.

Ya he dicho que yo por aquella época era un simple contable en una empresa pequeña que se convirtió en diminuta con la crisis. Trabajo que cuando las cosas van rematadamente mal es una putada. No hay tantos ingresos, pero los gastos parece que se multiplican. Para un jefe que lo máximo que suma es el número de trabajadores a los que ha despedido, la culpa de que las cuentas no cuadren, de que los clientes no paguen y de que los proveedores exijan cobrar antes de que la factura amarillee, es siempre del contable.

Mientras hubo gente suficiente para despedir a los que según él sobraban y repartir su trabajo entre los "afortunados" que nos quedábamos, mi jefe no tembló por la crisis.

Cuando ya no había gente a quien echar, los que quedamos éramos los justos para que la empresa funcionara, quizá no bien, pero sí para salir del paso durante un tiempo. Ese día nos reunió a todos en su despacho, donde hacía tiempo que se habían trasladado las reuniones, dejando la sala de juntas sólo para visitas importantes, por eso de aparentar opulencia en vacas flacas, y allí, delante de su mesa de diseño y de su flamante ordenador nuevo, nos dijo que nos tenía que bajar el sueldo. Y nosotros no tuvimos más remedio que aceptar.

Al mes siguiente, yo, como contable, tuve que rehacer mi propia nómina para cobrar menos. Ese día entendí que no se puede caer más bajo a nivel profesional.

Luego llegó el momento en el que los informes que yo preparaba tampoco valían, demasiado rojo en los números, y entonces, mi jefe, preocupadísimo, se fue a Inglaterra a ver la final de la Champions. Menos mal que, por lo menos, ganó su equipo.

Hasta que había tan poco movimiento en las cuentas que, salvo excepciones, tenía poco trabajo, y por eso pasaba las horas muertas en Internet, visitando foros, blogs, periódicos o páginas de viajes (para los que no conseguía ahorrar). Y cuando le has dado una o dos vueltas a todas las páginas interesantes, como un foro de métodos para planchar la ropa o un grupo de cantantes de saetas, encuentras de rebote el blog del pamploñica y el enlace a la lotería de la Green Card.

Después pasó lo de llamar a Marcos, lo de decidir dónde iríamos, lo de traducir con Google y pelearnos con el Paint. Durante un par de meses hacíamos referencia a todo lo que nos esperaba cuando estuviéramos allí y alardeábamos delante de otros amigos.

–Ya os vale, cabrones, que lo habéis contado cuando ya no sé puede echar, gracias por avisar.

–A ver si creéis que lo de la Green Card es tan fácil. A menos competencia más posibilidades tenemos.

Luego llegó el olvido. Las Navidades, el turrón duro, el jamón de pata negra y los gambones congelados del Mercadona.

Y el invierno pasó como pasan las cosas que no te gustan, lento. Y ya en primavera, cuando las flores hacen estornudar, los niños se visten de marineros para la Primera Comunión y los días son más largos, me llamó Marcos para decirme que había sido el sorteo.

–¿El del Mundial? –pregunté.

–¡Qué Mundial ni qué ocho cuartos!, ¿desde cuándo me importa a mi el fútbol? –bufó Marcos –. El de la Green Card.

Y lo invité a casa para que lo comprobáramos juntos.

Marcos llegó a casa de mis padres con una botella de champán, del de oferta en su hiper, tampoco vayan a creer que hizo mucho expendio, que Marcos optimista sí, pero agarrado también lo era un rato.

Con las copas preparadas, entré en la página en la que metiendo el número de solicitud y varios de mis datos personales podía averiguar si había ganado la Visa. Y descubrí que me había tocado.

Nos abrazamos, derramamos el champán, gritamos, reímos, nos dio un subidón de adrenalina y Marcos se sentó al ordenador para meter su información. Yo miraba de pie detrás de él la pantalla del ordenador y temblaba. Por primera vez pensé en la posibilidad de que ganara sólo yo. ¿Qué pasaría entonces?

Me serví otra copa y me la bebí de un trago. Tenía la boca seca y el champán peleón me rasgó la garganta. En letras grandes en la pantalla aparecía la palabra "Refused", no necesitamos del traductor de Google para saber el significado.

Detrás de la palabra, reflejada en la pantalla del ordenador vi la cara de Marcos, la misma de cuando te enteras de que tu ex, la que te dejó hace dos días, ha sido vista con otro metiéndose mano en unos cines del centro. Incredulidad y decepción mezclado a partes iguales y aderezado con un poquito de champán.

Le puse mi mano en su hombro y apreté, no supe que decir. Él tampoco dijo mucho.

–Bueno tío, aquí tampoco estoy tan mal –se autoengañó.

–Claro, tío. Aquí tú tienes muchas cosas.

Me dejó la botella y se fue.

Era mentira. Marcos acababa de cumplir la edad de Cristo y sentía que no hacía nada con su vida. Que aunque tenía la misma carrera universitaria que yo, se le escapaban los años entre latas de conservas. Trabajando desde las seis de la mañana descargando camiones. Echando más horas que un tonto por menos de mil euros.

Los sábados también trabajaba, por lo que en toda la semana sólo salía ese día por la noche, se tomaba 4 o 5 JB's cola, se fumaba un par de canutos y para casa, donde no lo esperaba nadie. Su madre había fallecido de no sé qué cuando era un crío y su padre, que tuvo a Marcos ya cumplidos los 50, estaba olvidando su vida gracias al Alzheimer en una residencia financiada con fondos de la Comunidad Autónoma de Madrid. Desde hacía un par de años, con la crisis, su hijo pagaba la mitad, para lo que Marcos había tenido que rehipotecar el piso de sus padres, en el que por el momento, él seguía viviendo.

"Aquí tienes muchas cosas", ya ves, qué chorradas decimos cuando deberíamos estar callados.

Me quedé solo, junto a una botella de champán medio llena o medio vacía, como yo. Que no sabía si alegrarme por mí y lamentarme por mi amigo. Que no sabía si lamentarme por mí y alegrarme por mi amigo.

Entonces no supe verlo, pero hubiera preferido mil veces que no nos tocara a ninguno. Sin duda, lo peor fue que sólo uno resultara agraciado, aunque el afortunado fuera yo. Visto así, y ahora que sé lo que pasó los meses siguientes, lo lógico hubiera sido dejarlo pasar y olvidar que alguna vez existió aquel sorteo. Pero a ver quién es el guapo que es capaz de renunciar a un premio, que gracias a un golpe de suerte, le ha tocado sin hacer prácticamente nada.

En aquel momento no pensé en aquello, me terminé la botella y con todas las burbujas en la cabeza, me senté delante del ordenador, entré en el blog del pamploñica y le dejé un comentario bajo el seudónimo de David Hasselhoff: "A los cornudos no les dan la Green Card, a mí me la regalan". Y me fui a la cama.

Previo

Cuando vas a hacer un viaje tienes que preparar muchas cosas antes; imagina si encima ese viaje es sin retorno.

Lo primero, en mi caso, fue mirar un mapa para situar exactamente Los Ángeles, que aparte de que está en la costa Oeste y de que es una de las principales ciudades de California, no sabía mucho más. Así descubrí que está lejos hasta decir basta.

Un poco menos de 10.000 kilómetros desde Madrid, un viaje que aunque se haga sin escalas, pensé, debía ser muy largo, ya que es mucho más de lo que yo le hacía a mi coche en un año.

Una vez analizada la distancia, me quedaban dos cosas importantes que hacer: la primera ir a la embajada con bandera de barras y estrellas en la puerta para reclamar mi premio; la segunda, despedirme del trabajo o, mejor, hacer que me despidieran.

El día después de ver en Internet que había ganado una Green Card pedí cita en la embajada de Madrid con el objetivo de cambiar la captura de pantalla que había hecho en el ordenador por una Tarjeta Verde, que ya sea dicho de paso, no es completamente del color de la lechuga.

Un mes después, me dirigí allí con mi pasaporte y un puñado de papeles como mi certificado de estudios, la ausencia de antecedentes penales, certificado médico y, sobre todo, justificante bancario en el que apareciera suficiente dinero para que los americanos vieran que tenía el capital necesario para mantenerme los primeros meses, aunque no encontrara trabajo.

La carpeta de documentos bajo el brazo y mi mejor aspecto hicieron que pareciera un hombre de negocios cuando entré a finales de junio en aquella embajada. A la entrada había tanquetas y militares armados con cara de pocos amigos; y aunque imponían bastante, entré. Yo iba hecho un pincel en contra de mi voluntad, solo porque mi madre me dijo: "Mira Manolo, hasta que no te den eso verde tienes que guardar las formas", le sacó brillo a mis zapatos, le planchó la raya a mis vaqueros más nuevos puesto que me negué a comprar unos chinos, y me obligó a afeitarme.

–Que a los americanos no le gustan las barbas, piensan que todos los que las llevan son terroristas –aseguró.

Sin embargo, el hombre que me hizo la entrevista, natural de Kentucky, era calvo, barbudo y gay. Aún así debo darle la razón a mi madre en eso de que son muy suyos con el tema de la seguridad. Me obligaron a dejar el móvil, las llaves y la cartera en una taquilla fuera de las dependencias de la embajada, no fuera a llevar una bomba, un detonador, o quisiera entrar lanzando monedas de euro al personal, que saben que en los partidos de fútbol se lo hacemos mucho a los árbitros.

El pasaporte, por supuesto, me dejaron llevarlo, pero sólo después de comprobar cada hoja a la entrada. Al que le correspondió llevar a cabo esa tarea conmigo fue la tercera persona en tocar aquel documento, después del policía que me lo hizo unas semanas antes y de mí, claro.

La foto era actual, sin embargo, el tío de la imagen era muy diferente a mi aspecto de aquel día. Con ojeras porque la noche anterior salí con la pandilla a celebrarlo, despeinado y con barba de una semana, el Manolo de la foto era el fracasado que iba a dejar atrás en España, mientras que el Manolo de la embajada era el que iba a viajar a Estados Unidos para triunfar.

Mentí en casi toda la entrevista: los motivos por los que quería vivir en USA, mi nivel de inglés, mis ingresos y la gente que conocía en el país. Les dije que quería vivir allí porque siempre había sido mi sueño, que por eso había estado estudiando el idioma toda mi vida, que ganaba casi tres mil euros mensuales y me faltó decir que era amigo íntimo de Obama, pero me corté, porque en las entrevistas hay que mentir pero no exagerar.

Una vez pasada la entrevista, ratificado que el deseo de irme a vivir a Estados Unidos no había cambiado en los meses que habían pasado desde que solicité entrar en el sorteo, me empezaron a tramitar la Green Card y me dieron un plazo de seis meses para trasladarme.

Fue entonces cuando me puse a intentar resolver el segundo asunto. Porque aunque había mostrado el estado de mi cuenta actual, donde se veía una nada desdeñable cantidad de dinero, debo confesar que incluso con aquel documento mentí en la entrevista.

Unas semanas antes había pedido a mis colegas que me dejaran durante unos días la máxima cantidad de dinero que pudieran. Además, le hice a mi madre traspasar por unas horas todos sus ahorros a mi cuenta y Marcos me ingresó otro buen pellizco. Al día siguiente de pasar con éxito aquella entrevista fui a mi banco y, por medio de transferencias, devolví hasta el último céntimo prestado.

Por eso, antes de irme necesitaba tener dinero que de verdad me perteneciera. El vivir con mi madre me permitía llegar a fin de mes, tener un plato caliente y casero siempre en la mesa, e incluso una cama donde dormir o llevar chicas cuando ella no estaba, pero no me aseguraba poder ahorrar demasiado.

Con el dinero de la cuenta corriente tenía para poco más que para pagar el billete y un par de meses de alquiler, pensando, claro, que iban a estar al precio de España. Pero también tenía que comer y comprar lo que no me cupiera en la maleta de 23 kilos que me dejaban facturar.

Para ir con un poco más de soltura pensé en mi finiquito. Si dejaba el trabajo me quedaba sin nada, pero si me echaba mi jefe, por un lado, él sumaba un tachón a su larga lista y, por otro, a mí me permitía pillar un pellizco que no me vendría mal.

Empecé a llegar tarde a trabajar a propósito (antes lo hacía de forma natural), a demorarme más de la cuenta en entregar informes y a poner más chillón el rojo de los números que enseñaba a mi jefe. No sirvió de nada, me largaba del despacho a gritos y con un: "¡Ramírez, espabile!"

El tiempo corría y no pasaba nada. Yo necesitaba cumplir el plan antes de septiembre, para que me pagara, además, las vacaciones que había pedido para ese mes y porque era cuando pretendía trasladarme a la otra punta del mundo.

Tuve que planear una salida a lo grande. Y como era el que manejaba el dinero lo tuve claro.

El día cinco de agosto (hasta que no pasaban unos días del mes era impensable que mi jefe pagara a sus empleados) presenté las nominas de siempre al mandamás, quien, siempre refunfuñando, las firmó después de comprobar que no me había pasado ni un céntimo.

Traspapelé "involuntariamente" los papeles y pagué la nómina de agosto de dos años atrás, antes de las dos bajadas de sueldo que habíamos tenido.

Ayudé a mis compañeros a llevar mejor el mes de agosto y a mí me puse dentro del cañón, esperando sólo a que mi jefe encendiera la mecha y a que yo pudiera volar por los aires. Hasta Los Ángeles a poder ser.

El 15 de agosto tenía los papeles del despido encima de la mesa. Los tuvo que preparar la asesoría, mi jefe no se arriesgaba a que yo sumara más veces dos y dos.

Viaje

Un 13 de septiembre de 2013 llegué a Estados Unidos con treinta y pocos años, una sola mochila como equipaje, porque la maleta que debía transportar mi ropa nunca llegó a Los Angeles, y un par de ojerás que me llegaban hasta los pies.

Casi 20 horas antes me había levantado en Madrid con resaca, había que despedirse de los colegas de toda la vida, aunque Marcos no apareció alegando dolor de muelas (y no lo culpo). Eran las siete de la mañana cuando sonó el despertador y miré, como todas las mañanas hasta aquella, a través de la ventana embotada de un edificio de 15 plantas cercano a una zona industrial de Madrid, donde la contaminación se podía untar con cuchillo en las tostadas de la mañana.

Mi madre lloraba mientras me volvía a doblar la ropa que ya estaba en la maleta. Como un tic nervioso que no la ayudaba a tranquilizarse en absoluto. Me fui a la ducha directo, a frotarme con gel Tulipán Negro por última vez, a dejar que cayeran en el desagüe las escamas de crisis que todos llevábamos en España. En el espejo empañado del cuarto de baño saludé a un Manolo que me miraba incrédulo, “¿y será verdad que te vas?”, me decían sus ojos. Pero el ruido de la cremallera de la maleta al cerrar fue lo único que tuvo como respuesta detrás de la puerta, donde mi madre había decidido dejar de mirar la ropa que pensaba que ya nunca volvería a lavar y planchar a su hijo.

Fuera tenía un desayuno digno de un marqués, no faltó el jamón ni el zumo de naranja recién exprimido, junto a un café humeante que pronto empezaría a echar demasiado de menos. Pero mi estómago estaba cerrado como la maleta que ya descansaba en el rellano de la entrada. Apenas probé bocado, de lo que me arrepentí en cuanto comprobé el catering de Iberia y, con una sensación punzante en las entrañas, cogí mi Green Card, mi billete de avión, mi maleta y mis sueños, y me dirigí hasta Barajas muchos meses antes de que se llamara como un ex presidente de Gobierno.

Era un viernes de finales de verano. Las carreteras estaban llenas de vehículos ocupados por madrileños recién llegados de sus vacaciones estivales, con el moreno que aún se perfilaba en sus escotes, aunque en sus manos se mostrara la impaciencia del que llega tarde al trabajo por culpa de un atasco y tamborilea el volante del coche, como si ese fuera el conjuro mágico para llegar antes. Yo era uno de ellos solo un mes antes y ahora ni siquiera tenía coche; lo había vendido por tres mil euros a un vecino para que se estrellara con él, apenas dos meses después, su hijo de 18 con el carnet recién sacado.

Llegué con tiempo de sobra para facturar en la T4. Al comprobarme el billete, la azafata de tierra me preguntó la dirección a la que me dirigía. Lo tuve que mirar, tenía una reserva en un Super 8 cerca de Culver City para los primeros cinco días, que era el tiempo que me marcaba para encontrar mi preciada casa en la playa. ¡Qué iluso era!

Después salí a la puerta y respiré hondo. No sabía cuándo volvería a llenar mis pulmones con el aire de Madrid, con esa mezcla de contaminación, prisas, ruido y el humo de los cigarrillos que los viajeros se apremiaban a acabar antes de sumergirse en el interior de un aeropuerto que les llevaría lejos de un país en el que para mí ya no había donde rascar más.

Yo también pasé los controles, deambulé por los largos pasillos, cogí el trenecito que te lleva hasta las puertas de embarque, las tiendas de *duty free* y restaurantes de franquicias con nombre americano que se quedan con tus últimos euros a cambio del café de máquina más caro que vayas a pagar en tu vida.

Y allí, inscrita en la pantalla de la puerta de embarque aparecía la hora de salida, las 12.45. La hora del despegue hacia una nueva vida, incierta pero deseada al fin y al cabo. Después de un par de horas de espera que se me hicieron eternas, me monté en el avión Plácido Domingo de la compañía Iberia, un nombre desafortunado teniendo en cuenta que tuve un viaje de todo menos agradable.

Allí, en un asiento pegado a una ventana de ojo de buey, vi como mis sueños se izaban, como mis esperanzas ondeaban, y como la ilusión era el único escudo válido mientras sobrevolaba un océano en el que ni siquiera me había bañado una sola vez en mi vida, o como dicen muchos, mientras cruzaba el charco.

Sentarte en una plaza junto a la ventanilla está bien los primeros cinco minutos del viaje, en el momento del despegue y poco más. En cuanto el viajero que se sienta a tu lado, y que obstaculiza tu salida, se toma un orfidal y se pone a roncar, el asiento se va convirtiendo en una jaula cada vez más pequeña, al contrario que tus ganas de ir al baño, que van en aumento.

Trece horas de viaje continuo en el que tuve que aprovechar las interrupciones de unas azafatas entradas en años y carnes, para poder levantarme a estirar las piernas. Tiempo suficiente para disfrutar de algunas películas pasadas de moda y deglutir las tres variaciones de pan con las que adereza Iberia sus comidas a bordo: pan duro, pan congelado y pan correoso.

Así, como quien no quiere la cosa, casi sin haber pegado ojo en todo el viaje, el comandante anunció la llegada al Aeropuerto Internacional de Los Angeles y, cuando atravesamos en el descenso las primeras nubes, comprobé que empezaban a verse casas hasta donde alcanzaba la vista, aunque aún no pudiera divisar ni siquiera el océano a lo lejos. Cinco minutos después, harto ya de que el paisaje fuera tan sumamente parecido, aterricé en un mar de asfalto rodeado de aviones.

En mi reloj eran las dos de la madrugada, pero afuera, el sol estaba en lo alto y el ambiente se notaba cálido. Tenía el cuerpo propio de una sardina en lata, no sentía articulación alguna, la sangre parecía tenerla embalsamada y el rojo de mis ojos delataba que necesitaba dormir en un lugar donde el espacio personal no se viera invadido por un extraño que roncaba fuerte.

Lo único que quería era llegar al motel y tirarme en una cama *queen size* hasta la mañana siguiente. Pero no, aún tenía un largo camino a través del aeropuerto, porque la Green Card es un salvoconducto, pero no me permitió que a mi llegada me encontrara con todas las puertas abiertas de par en par. Algunas tuve que empujarlas e incluso forzarlas, pero eso es otra historia que ya contaré.

Me esperaba pasar por los controles de seguridad, aquellos que empiezan en el mismo avión, cuando tuve que rellenar un formulario que sorprendentemente nos dieron cinco minutos antes de que aterrizara un vuelo de más de trece horas, con preguntas tan directas como si pretendía matar al presidente de los Estados Unidos. Además, antes de entrar oficialmente en el país, descubrí una fila de policías de inmigración dispuestos a hacerme otras preguntas algo más difíciles de contestar.

Asiáticos, europeos y un puñado de africanos hacían cola esperando su turno frente a una larga lista de policías que, detrás de un pequeño cubículo hacían pasar el primer mal trago de su estancia en Estados Unidos a todos los que llegan a aquel país de oportunidades. Afortunadamente, tener una Green Card me permitió pasar por una cola algo menor, en la que, a pesar de no haber tantos asiáticos, también tuve que esperar turno y pasar por delante de un policía.

La cola ya he dicho que no fue muy larga, no como la cara del policía de inmigración que me recibió a mi entrada en el país y que, de nuevo (aunque esta vez en inglés), me formuló un largo listado de preguntas que a punto estuvieron de hacerme llorar desconsolado, tirarme al suelo en señal de súplica y pedir a voz en grito (y en español) que me llevaran de vuelta a mi país.

Al final no lo hice porque pensé en mi mejor amigo, con el que hubiera deseado llegar a aquel país, en el pamplonica y en la poca familia que dejé en España. No les podía fallar de esa manera.

Pasé la entrevista, a pesar de que la foto de la Green Card no se parecía mucho a la cara de cordero degollado que cualquiera tiene después de pasar tantas horas encerrado en un avión, alimentándose con la comida de Iberia. El policía miró en incontables ocasiones la cara que mostraba la foto, comparándola con la que tenía delante.

La de la Tarjeta Verde en blanco y negro, la mía pálida por las horas de vuelo en las que no pegué ojo. En ambas caras se mostraban las ganas de empezar a vivir una nueva vida. En la de carne y hueso se veían unos ojos claros, tez morena, pelo oscuro y barba de varios días; en la de papel aquellos rasgos eran difíciles de apreciar,

como no se apreciaba tampoco el brillo de ojos que yo tenía y que aquella foto era incapaz de transmitir. Había muchas cosas diferentes entre aquellas dos caras: la nariz parecía no ser la misma y la comisura de los labios no mostraba la misma expresión. Nada destacable, nada que hiciera desconfiar más de la cuenta a aquel policía, quien estaría acostumbrado a comprobar cómo las fotos de carnet, a menudo, no tienen demasiado que ver con la realidad. Con sólo aquella foto sin color y una cola que se alargaba por momentos, aquel funcionario dejó que traspasara el control.

De nuevo pensé que la suerte me sonreía, incluso a 10.000 kilómetros de casa, hasta que descubrí que la maleta no había viajado conmigo. Mi nivel de sueño, incompreensión del idioma y pérdida de la noción del tiempo y el espacio me hicieron salir del aeropuerto sin preocuparme demasiado por la falta de mi equipaje.

Mi maleta se quedó con el antiguo Manolo en España. Un país que sin duda ya no me pertenecía, tal y como me hizo notar el segundo policía ante el que tuve que mostrar mi documentación, bastante más agradable que el primero, cuando me recibió con un efusivo “Welcome home!” que me heló el alma.

Welcome

El sol me recibió a las puertas de la terminal de llegadas del aeropuerto de Los Ángeles. Eran casi las cinco de la tarde cuando conseguí respirar por fin al aire libre. La sensación de libertad, como la de un preso que es encarcelado en su juventud y sale de la cárcel con canas, fue total.

El tiempo era inmejorable, clara señal de que la mala suerte se iba a quedar en España, en el interior del aeropuerto, en la maleta que nunca llegó... no podía permitir que me acompañara por más tiempo en aquel viaje en el que se había convertido mi futuro. Aún no he averiguado porqué pequeña rendija se agazapó junto a mi pasaporte, para aparecer y recordarme mi procedencia a lo largo de todos los meses que llevo en América.

Recuerdo que hacía calor, no un calor asfixiante, sino el propio para pasear por la playa. Tenía poco equipaje; una mochila hacía que no pudiera decir que no tuviera nada, y aunque el cansancio era bastante, el hecho de que fueran las cinco de la tarde me animó a pedir un taxi y no darle la dirección del motel donde tenía reservada una habitación, sino que le pedí por mímica que me llevara a Santa Mónica.

–Where? –preguntó el conductor de un Toyota Prius híbrido que parecía que patrocinaba a todos los taxistas de la ciudad.

–A la playa –indiqué mientras hacía gestos de brazadas como si fuera a ponerme a nadar allí mismo.

Seguro que pensó que estaba loco, pero arrancó el coche y me condujo por la costa hasta donde le había pedido.

Me dejó en Palisades Park, que además de una canción de los Beach Boys, se convirtió desde aquel momento en uno de mis lugares favoritos. Allí, desde una cierta altura, en una pequeña franja de verde, se encuentra una de las vistas más famosas de la ciudad, la del *Pier* (o muelle) de Santa Mónica. Justo donde después de acabar la famosa Ruta 66, si te quedan fuerzas y ganas, te puedes montar en una de las norias más cinematográficas del mundo, y que me disculpe el London Eye.

Aquel muelle está tan lleno de vida que es imposible verlo vacío durante el día. Hay restaurantes conocidos y destinados a turistas, como el Bubba Gump, donde obviamente las gambas son la especialidad de la casa; pero también es posible tomarse un perrito, y cómo no, una hamburguesa en otros sitios más económicos, que es lo que hice yo, porque además de que tenía un hambre que me moría, por unos cinco dólares me pusieron el menú completo.

Desde allí, tras comprobar que la distancia hasta mi motel era de unas cuatro millas (que a saber cuánto era eso) decidí recorrerla a pie, gracias en parte a que no tenía nada que cargar, porque había dejado todos mis lastres en España, y a que además no tenía ganas de gastarme otros cincuenta dólares en un taxi.

Así, siguiendo el GPS del móvil decidí ir bordeando la costa hasta Venice Beach, y de allí tomar Abbot Kinney hasta Washington Avenue, donde tras ir en dirección contraria a la playa, estaba el motel en el que había reservada una habitación para mí y donde podría descansar, al fin, en una cama.

En el camino fui abriendo mucho los ojos, sobre todo para ver a algunos de los especímenes que montan jaleo en el paseo marítimo de Venice, donde incluso existe un museo de *freaks* con mujer barbuda incluida, para lo que obviamente, pensé, no hacía falta viajar tan lejos para ver una en persona, y mucho menos pagar.

Tras poco más de una hora de andar ligero llegué a un Super 8 donde me esperaba una habitación sin excesos, limpia a pesar de estar enmoquetada. Con un baño del tamaño justo para no salpicar mucho suelo desde la ducha. Una cama, eso sí, de dimensiones americanas con la que empecé a entender que aquí, una de sus máximas es que todo debe ser grande, aunque eso sea contraproducente para el negocio.

Estuve bajo el agua un buen rato, y cuando salí de la ducha comprobé que había anochecido ya. Serían cerca de las diez de la noche en Los Ángeles, las siete de la mañana en Madrid, donde hacía 24 horas que me había levantado siendo una persona a la que ahora me hubiera costado reconocer.

Con el ruido inteligible de la conversación que los protagonistas de una famosa serie americana mantenían en el televisor, me quedé dormido totalmente desnudo, tal y como me sentía en aquella noche de finales de verano, sobre un colchón lleno de sueños que aún no sabía si sería capaz de cumplir.

Jet lag

Me desperté, ni un ápice de luz solar, solo la proporcionada por un televisor encendido a mis espaldas. Incapaz de dar la vuelta en la cama, apagar aquel aparato que me recordaba que no hablaba este idioma, que no entendía porqué las calles no estaban ya despiertas como seguro que hacía horas estaban las de Madrid.

Era sábado, ¿o quizá aún no? No podía saber si había dormido una hora, dos o un día entero. Estaba tan cansado que no podía cerrar los ojos, me escocía la intranquilidad, me retorció la desubicación, me rasgaba la incertidumbre. Maldije tener una cama tan amplia estando tan solo.

Tenía dos usos horarios y un solo sol que alumbraba en ambos, no, aquí aún no. Me levanté sin mirar hacia la pantalla, sin encender la luz, sin comprobar la hora en el móvil. Llegué hasta la ventana y allí, desnudo, busqué en la oscuridad la luna, quería tener algo que me uniera a mi cordón umbilical. Había una luz, al fondo, pero no era la de ningún astro, sino la de un Supermercado *Vons* y el letrero de un lugar llamado *Pollo Loco*.

Así que aquello era a lo que la gente viajada llamaba Jet Lag, tremendo nombre absurdo para enmascarar los inconvenientes de quitarle o ponerle horas al reloj.

Volví a la cama, dejé la tele encendida, no miré la hora y me quedé en una esquina del colchón. Lástima que la Green Card sea un premio incompleto, la primera pieza de un puzzle en el que ni siquiera tienes una imagen final pintada en una caja que te guíe para completarlo.

Después de estar durante horas con los ojos como platos, cuando noté que la claridad se colaba por las rendijas de la puerta y las ventanas, me levanté de la cama y dejé que mis pies descalzos (no tenía ropa ni zapatillas de andar por casa/hotel) notaran la humanidad que había pasado durante años por aquella moqueta tupida y de un color incierto que ahora recorría yo.

Las vistas desde mi habitación no habían mejorado mucho desde que las había contemplado en plena madrugada. Lo único que había cambiado era el hecho de que ahora se veía una actividad increíble a través de ella, una ruidosa avenida donde los coches se precipitaban hacia quién sabe dónde, algunos peatones que iban o venían del supermercado y algunos jóvenes que montados en bicicleta parecía que se dirigían a la playa.

Olía diferente, el ambiente era salado y picante, se respiraba contaminación y naturaleza a partes iguales, se sentía el estrés de una ciudad tan descomunal y la tranquilidad de quien tiene kilómetros de las mejores playas del mundo bordeando todo el oeste de la ciudad.

Yo olía a pesadillas, miedo y sueño. Y nada de aquello me ayudaba a decidir qué hacer en aquel día que ya había amanecido y que tenía el honroso honor de ser el primero que pasaría en Los Ángeles.

Cuando no tienes un calendario que te marque, ni tienes nada y todo por hacer en una ciudad en la que además no conoces el idioma, te sientes totalmente perdido. Por mucho Google Maps del que dispongas, no sabes orientarte en un mundo para el que te han dado un pasaporte porque te ha tocado en un sorteo.

Entendí demasiado tarde que cuando juegas con algo tan importante como tu futuro, y permites que el mismo lo decida un programa informático, unos dados, unos bombos o la mano inocente de un niño, tienes que saber que te tienes que conformar con lo que te toque, no hay vuelta atrás, no hay hojas de reclamaciones, no hay una máquina del tiempo que haga que Marcos rellene primero el formulario para ganar la Green Card.

No hay nada más que un futuro en blanco en una nación gobernada por un negro, perdón, afroamericano.

Orden

Poner en orden todos los pequeños trozos que componían mi vida. Ese era el trabajo al que me enfrentaba ahora. Igual que se hace cuando se compra un puzzle de miles de piezas. Se rompe el envoltorio, se abre la caja, se tiran al suelo el montón inmenso de porciones minúsculas y se empiezan a ordenar.

Primero se separan en montones, las del borde por un lado, con sus cuatro piezas claves, las esquinas, y luego se agrupan por tonalidades de color, pero cuando todo el fondo está en blanco es difícil, ya les he dicho.

Mis cuatro esquinas, las piezas reinas de mi futuro estaban claras: ya tenía la primera, la que me dio el impulso y me montó en un avión, la Green Card. La segunda tenía que ser encontrar una casa, la tercera un trabajo y la cuarta empezar una vida. Así de fácil.

Quizá entonces le viera alguna tonalidad, aunque fuera en colores pastel, al resto de piezas.

Me puse a ello, lo primero fue comprar algo de ropa, para lo que no lo tuve nada difícil. La industria de la moda es realmente importante en Estados Unidos, el sector textil mueve millones. Diseñadores, modelos y fotógrafos conviven en este país donde a pesar de todo, puedes comprar calzoncillos y camisetas en cualquier farmacia. Como hice yo.

Y así, con una bolsa del *CVS* convertida en mi única maleta, me decidí a empezar a buscar un alojamiento digno. *Craigslist* se convirtió en mi agente inmobiliario informatizado, mucho más rápido y barato que uno de los de toda la vida, lo que unido al hecho de que pudiera poner la versión en español de esta famosa página de venta y compra de cualquier cosa, fue decisivo para mi elección.

Comencé a poner como única zona válida para alojarme Santa Mónica, lo que había visto el día de mi llegada me había encantado, pero los pisos que me mostró aquella página web tenían un precio que yo no me podía permitir. Habitaciones del tamaño de un zulo, con poca ventilación y en piso compartido por otros dos o tres inmigrantes, costaban una media de mil quinientos dólares al mes. Deseché la idea y decidí abrir las zonas de búsqueda.

Todo era demasiado caro, buscara donde buscara. Al final me decidí por una casa en un barrio del que no tenía referencia alguna, pero del que pensé que su nombre podía ser un vaticinio, Los Feliz.

Un barrio residencial de grandes casas ubicado al norte de Hollywood y al sur del parque Griffith, un auténtico pulmón para la ciudad, pensé que sería ideal para mí, y eso que a pesar de su estupenda ubicación, está demasiado alejado de la playa para mi gusto. Allí conseguí encontrar un anuncio de una habitación libre en lo que antiguamente había sido la casa de servicio de una mansión digna de un actor de cine.

La crisis había hecho que los propietarios, que de actores tenían poco, se arruinaran de la noche a la mañana a la par que el negocio del marido, un constructor venido a menos que se quedó con una casa demasiado grande para unas deudas de igual tamaño.

Allí, en mitad de una parcela con un césped que ya nadie cuidaba, se encontraba una pequeña casa sobre el garaje en la que en otro tiempo había vivido el matrimonio interno que se ocupaba de llevar adelante las tareas del hogar y que ahora, habían pensado sus longevos propietarios, era estupendo para conseguir unos ingresos extra para tapar agujeros.

Un ruso, Alex, y un vietnamita, Yum, serían desde entonces mis compañeros de casa. La renta ascendía a 700 dólares, con luz y agua a parte. Mi habitación era un cuadrado con paredes de poca consistencia, donde una cama (de las pequeñas), un escritorio, un armario de dos puertas y una silla me acompañaban como únicas pertenencias. Tenía suerte de contar con lo mínimo en muebles, no es lo habitual en Estados Unidos alquilar las casas con lo justo para empezar a vivir. Pero yo ya tenía bastante vacío dentro como para meterme a vivir en una casa igual de desocupada. Me daba miedo que el eco de la soledad retumbase en un bucle infinito desde dentro hacia afuera y viceversa.

Cinco días después de bajarme de un avión, llegué a Los Feliz con una bolsa de una farmacia llena de ropa sucia y muchos menos dólares debido a la cuenta del motel, los primeros gastos, el pago de los días que quedaban para acabar septiembre, la fianza de la habitación y el mes de alquiler por adelantado. Afortunadamente, aún tenía unas ganas increíbles de comerme el mundo, algo que debía hacer antes de que él me engullera a mí.

Culturas

Alex era algo más joven que yo, aunque su aspecto aniñado le hiciera parecer universitario. Era poquita cosa, al contrario que su madre, que afortunadamente no vivía con nosotros, aunque se pasaba bastante a controlar a su polluelo, como si el muchacho no hubiera salido hace años del cascarón.

Igual que Alex Ivanov era sumamente delgado y larguirucho, su madre era la típica señora ensanchada a base de años y hamburguesas. Me imagino a Mrs. Ivanova en su juventud: alta, guapa, rubia, con una larga melena y un cuerpo de infarto. Unos 40 años después lo único que le quedaba era el cuerpo de infarto, el que le podía dar de un momento a otro si seguía engordando.

Cuando yo la conocí había cambiado mucho desde aquellos años de juventud en Rusia. Tenía una incipiente alopecia femenina que ella disimulaba no lavándose el pelo y peinándose los mechones más grasientos hacia adelante. Unas tetas gigantescas y puntiagudas encorsetadas en un sujetador que más quisiera Jean Paul Gaultier, unos antebrazos flácidos y enormes que se movían a ritmo acompasado con cada uno de sus pasos, y sobre todo, unos modelitos que reunían lo mejor del catetismo americano con un toque de la moda rusa de cuando ella dejó el país, más de una década antes.

A pesar de la apariencia, esta señora tenía el don de caer bien a todo el mundo, al contrario que su hijo, que era un soso de mucho cuidado que no hablaba a no ser que le preguntaras algo. Quizá viviera demasiado a la sombra de su madre, porque, a pesar de haberse independizado hacía un par de años de la casa familiar, ella seguía controlando su vida y protegiéndolo como cuando decidió dejarlo todo y pedir asilo en Estados Unidos para evitar que el pequeño Alex, que por entonces tenía 17 años y no quería seguir estudiando, fuera reclamado al cumplir la mayoría de edad para ejercer su servicio militar obligatorio, que por aquella época se prolongaba hasta los 24 meses.

Alex finalmente no había ido al ejército aunque, a pesar de que pueda parecer cruel por mi parte, quizá fue eso justamente lo que le faltó para hacerse el hombre que con casi 29 años no era aún.

Por el contrario, Yum Nguyen era el típico asiático vigorético que se machaca en el Gold's Gym de Hollywood a diario. Era más hablador que Alex, pero igual de soso.

Nguyen tenía casi 40 años aunque parecía tener diez menos, llevaba en Estados Unidos desde finales de los noventa, cuando se acogió al Programa de Salidas Organizadas al que se sumaron miles de vietnamitas desde 1979, de los que la mayoría habían elegido vivir en California.

Seguía soltero porque decía que compartir la vida con una mujer era una pérdida de tiempo, aunque yo imaginaba que era porque los anabolizantes habían hecho que su pene fuera casi inservible para mantener relaciones sexuales. Compartía piso porque, a pesar de contar con un buen trabajo, había decidido voluntariamente reducir su jornada a la mitad para tener más tiempo para ejercitar sus músculos.

Me despreciaba por el simple hecho de tener unos kilos de más e incluir en el frigorífico que teníamos en común productos que él detestaba, que básicamente eran todos aquellos que no fueran pollo, pavo, leche o huevos.

Vio con buenos ojos que me comprara una bicicleta y, si por él hubiera sido, la hubiera anclado al suelo de mi habitación por las noches para que moldeara mis músculos en vez de dormir, que sin duda para alguien que vive con los ojos entrecerrados todo el día, debe ser una pérdida de tiempo propia de los occidentales.

Su constante vitalidad y su falta de sueño hacían que siempre estuviera fuera haciendo deporte, por lo que mi trato con él era bastante escaso. Aprovechaba las noches para ver la televisión (siempre cadenas deportivas) sin ser molestado por el resto de inquilinos de la casa.

Yum y Alex eran mucho más americanos que lo que debía suponerse por la cultura que habían mamado durante los primeros años de su vida. Por supuesto, no tenían los problemas del idioma que yo acarrearaba, aunque Alex apenas necesitara vocabulario para su día a día, y se manejaban en el maremágnum de aquella ciudad como peces en el agua.

A ninguno de los dos pude considerarlos nunca amigos míos, y eso que era lo que más necesitaba en aquel momento, echaba de menos a Marcos más de lo que hubiera sido lógico admitir, como si me lo hubieran extirpado de alguna parte de mí mismo.

Primeros pasos

Una vez que me instalé en aquel piso que para nada se parecía a lo que había planeado con mi mejor amigo en aquellas tardes frías de Madrid de casi un año antes, me di cuenta de que no sabía por dónde empezar.

No conocía a nadie, excluyendo a mis caseros, a Yum, a Alex y a la señora Ivanova. También me había fijado en una vecina a la que veía de vez en cuando entrar en el bloque de edificios que daba justo a la ventana de mi cuarto y con la que no había intercambiado ni una sola palabra.

Entonces se me ocurrió la peor idea que podía haberse pasado por mi cabeza y que, sin embargo, me permitió conocer a mi primer amigo en Estados Unidos. Me apunté a reuniones de Alcohólicos Anónimos.

Tomar cuatro JBs los fines de semana y un par de chupitos de licor de hierbas después de las comidas con los amigos, no me había llevado a plantearme nunca que pudiera tener problemas con la bebida. Más aún, mis niveles de alcohol en sangre disminuyeron sensiblemente cuando llegué a Los Ángeles y comprobé que la cerveza era bastante más cara que en España y que pedirte una copa en un garito, además de estar fuera del alcance de mi bolsillo, no tenía sentido porque siempre te servían más soda y cubitos que licor, con lo que era bastante difícil pillar el puntillo.

A pesar de no ser un borracho, asistí a mi primera reunión de alcohólicos anónimos una semana después de mi llegada a la ciudad. Elegí para ello las que se celebraban todos los viernes por la tarde en el salón de actos de una iglesia protestante del barrio de West Hollywood, bastante cerca del campus de la UCLA.

Eran las cinco de la tarde cuando llegué al lugar de reunión, había llamado el día antes para preguntar si sería bien recibido y, gracias a que quien me atendió era de origen hispano, conseguí entender que podía ir sin problema, pero que llegara media hora antes de que comenzara la cita para rellenar unos papeles.

Efectivamente tuve que completar un puñado de folios, la versión española claro, en los que el anonimato quedaba ultrajado desde el momento en el que tenías que indicar tu nombre y apellido (solo uno, como los americanos) en la cabecera de cada formulario.

Lo rellené con un nombre falso, bueno, sería más correcto decir que lo rellené con un nombre que prometí no volver a recordar desde que había dejado España, y que sin embargo, rondaba bastante en mi cabeza. Así fue como Marcos Ferrer, quien no consiguió ganar ningún sorteo en su vida, viajó conmigo de una forma imaginaria hasta aquel salón de iglesia donde comenzaba a llegar gente que en un pasado había tenido problemas con la bebida.

Tuve que detallar desde cuándo hacía que bebía, qué cantidad, cuántos días hacía que lo había dejado, mi objetivo en la vida y en qué iba a emplear el tiempo que iba a ganar cuando dejara aquel vicio.

–Tener una ocupación, un hobby, un interés más fuerte que cualquier otro, ayuda –me explicaron cuando pregunté qué debía poner en aquella casilla.

Lo pensé durante un rato, nunca había tenido nada que me gustara más que cualquier otra cosa. Me gustaba la música, claro, y de vez en cuando hacía deporte con los colegas en el partidillo de fútbol semanal. También leía de muy cuando en cuando, pero nada de aquello me llenaba especialmente.

–No sé qué contestar –. Les dije cargado de dudas.

–Seguro que hay algo, hombre –me dijo sonriente la chica que momentos antes me había dado la bienvenida y un puñado de papeles sobre una tablilla.

–El surf –susurré –. Y lo escribí al final del signo de interrogación de la pregunta.

Nunca había cogido una tabla y tampoco tenía intención de hacerlo, pero puestos a mentir, mejor hacerlo a lo grande. Si estás en Los Ángeles, el surf podía ser una buena respuesta y podría servirme para rehabilitarme de mis adicciones, aunque ya he dicho que no me podía permitir ninguna.

Para seguir incumpliendo la premisa del anonimato, durante las reuniones todos teníamos que llevar una pegatina con nuestro nombre bien visible. Así es cómo me convertí en Marcos, ex alcohólico desde hacía siete días y bajo una gran mentira me adentré en una sala llena de gente de todas razas y edades, porque el alcohol no discrimina como hacemos los humanos.

Unos veinte asistentes formaban un círculo no demasiado amplio, encabezado (si es que una esfera tiene la cabeza en algún lado) por un chaval barbilampión, con la cara agujereada como herencia de una juventud llena de acné, y un flequillo demasiado extraño como para describirlo.

Mike era el *coach* de aquel grupo de desechos reconvertidos en gente de provecho. Yo no entendía ni la mitad de las cosas que decía en un inglés demasiado rápido para que mis neuronas logaran traducir a buen ritmo. Sólo logré pillar un par de palabras sueltas que de tan parecidas al español era imposible no pillarlas, pero inservibles para conseguir formar frases en mi cabeza.

Cuando todos los ojos de aquella reunión se giraron hacia mí al principio de la exposición de aquel chico, entendí que me estaba presentando. Creí entender que en mitad de aquella perorata pronunciaba mi nombre usurpado, y en los labios de mis compañeros se dibujaron palabras en inglés que sí conocía, como *welcome* o *hello*.

Yo contesté con una subida de cejas y aquello me permitió hacer un repaso por cada uno de los componentes de un círculo ex alcohólico en el que yo me había metido en un alarde de ingenio del que nunca había presumido antes.

Había tan solo tres mujeres. Una vieja de unos 60 años que seguramente había dejado de beber pero que parecía ser una fumadora empedernida a tenor de lo amarillo de sus dientes y lo arrugado de su labio superior.

Una señora de unos cuarenta años, atractiva a pesar de la edad, con un anillo de casada que no paraba de girar sobre su anular en señal clara de nerviosismo, probablemente madre de familia numerosa, casada demasiado joven, olvidada ya por su marido, quien en sus largas ausencias de casa se entretenía con una joven a la que compraba zapatos de marca a cambio de noches de pasión que hacía tiempo que no disfrutaba con su esposa. Aburrida y cansada de ser una ama de casa con poco que hacer en todo el día, bebía desde el momento en el que sus hijos se iban en autobús escolar a clases, para recibirlos siete horas después tumbada en el sofá, demasiado mareada como para atender una vida de la que hacía tiempo que no quería ser dueña.

La tercera seguramente era alumna universitaria del campus que había dos calles más abajo aunque parecía una espectacular conejita de Playboy. Una rubia californiana con mechas incluidas y un pecho que se intuía hermoso bajo una camiseta de Forever21. En mis mejores sueños no hubiera imaginado una mujer igual y, ahora que la tenía frente a mí, podía mirarla y admirarla desde mi condición de nuevo en la reunión.

El resto eran hombres, fornidos, obesos, enclenques, blancos, negros, asiáticos, hispanos, gays y veteranos de guerra. Una amplia paleta de especímenes que representaban a pequeña escala lo que habitualmente encontrabas por las calles de aquel país.

Pasados unos cuarenta minutos en los que había entendido poco de lo comentado, todos se levantaron a la vez. Pensé que aquello había llegado a su fin, me levanté y me dirigí lentamente hacia la puerta, aunque en mi camino una mano me agarró del brazo frenando mi avance.

Entendí poco de lo que me dijo su propietario al girarme, aunque al señalar una gran mesa con café y bollería industrial hacia la que se dirigían los miembros de la reunión supuse que aquello era un receso habitual en aquel tipo de reuniones.

La mano que primero me frenó, y que luego me señaló el catering, pertenecía a un veterano de guerra de 23 años, porque en Estados Unidos puedes ser veterano aunque hayas nacido a finales del siglo XX. Era un chico fornido y con cabeza grande, lo que hacía que los rasgos de su cara quedaran extrañamente concentrados en el centro de ella, dejando grandes huecos sin ocupar alrededor de ojos, nariz y boca, permitiendo ver una amplia frente, exageradas mejillas y gigantesca mandíbula.

Logan, que así se llamaba aquel chico extrañamente mayor en comparación a la edad que marcaba su carnet de conducir, era grande a pesar de que no era demasiado alto. Tenía pelo rubio no muy corto, ojos marrones pequeños y juntos con grandes pestañas de una tonalidad más oscura que su cabellera. Dientes perfectos que

mostraba con frecuencia gracias a ser bastante risueño, momentos en los que aquel tipo que debería parecer un ogro debido a su apariencia fría, adquiría la de un tipo afable, con el que quizá no siempre podías sentirte seguro a su lado, pero en el que sabías que podías confiar aunque no entendieras una palabra de lo que decía, como me pasaba a mí.

Aquel veterano de la guerra de Afganistán, en la que había tomado parte en el bando americano en 2009, me habló en un idioma que ni siquiera pensé en un primer momento que fuera inglés. Le hice una mueca de extrañeza y le dije una de las frases más útiles para un español que llega a un país anglosajón con las nociones de idioma que otorga el sistema educativo español de los años ochenta y noventa. “I don't understand you”, con la que no consigues entender el resto de la conversación, pero que sin duda hará que tu interlocutor te empiece a hablar más alto y más lento.

Ante su insistencia, hice además de girarme para tomar un poco de café y escalar posiciones hacia la chica Playboy, pero él, que no estaba dispuesto a dejarme escapar, preguntó a un chico con rasgos hispanos, quien se giró y me tradujo: “Dice que no pasa nada, que cuando estaba siempre borracho tampoco entendía a la gente que le hablaba, aunque lo hicieran en su mismo idioma”.

Y así, Logan se convirtió en mi primer amigo en Estados Unidos, uno de los que me enseñó a hacerme entender en inglés, quien me abrió las puertas de su casa cuando lo necesité y quien, a pesar de haber conocido en aquella reunión, casi me convirtió en un auténtico alcohólico.

Aquella tarde noche, después de acabar definitivamente la charla en la que la rubia californiana no abrió la boca y yo sólo lo hice para babear por ella, Logan me esperaba a la salida.

–Ven a un sitio conmigo –conseguí entender gracias a sus esfuerzos y a un poco de mímica.

Y yo, que no tenía nada que hacer, que estaba completamente solo a este lado del charco, tanto como para inventarme un alcoholismo que nunca tuve y usar el nombre de una persona que para mí ya no existía, logré decir “Ok”, y lo acompañé hasta el aparcamiento de la iglesia.

Me llevó a un campo de tiro, con pistolas de verdad y balas, que aunque imagino que eran de fogeo, simulaban a las que matan. Había familias enteras en el recinto, “es viernes”, dijo Logan como única explicación. Y me tendió un revolver de pequeño calibre para empezar a probar puntería.

La primera vez que tienes un arma en la mano piensas que el resto del mundo es demasiado pequeño y que tú tienes más poder que cinco minutos antes. Te das cuenta de que todos tenemos algo dentro que nos puede hacer peligrosos si nos dan en las teclas adecuadas y, que un pistola es la herramienta perfecta para dar rienda suelta a aquel yo agazapado que todos tenemos y que nunca antes habíamos sabido de su existencia.

Me sentí libre y preso. Me produjo desasosiego y miedo a partes iguales. Me gustó disparar y a la vez me intentaba autoconvencer de que aquella sensación de placer era despreciable. Vací el cargador, seis disparos poco acertados contra una diana negra pegada al final de la galería, seis disparos que me hicieron más americano que la Tarjeta Verde que llevaba en la cartera y que sentía que no me pertenecía.

El balance de mi primera semana allí era inmejorable, estaba disparando un arma con un ex alcohólico, mi único amigo hasta el momento.

Costumbres

Llevaba una semana en USA, sabía unas diez palabras en inglés, entendía cero, había gastado (sin contar el viaje) unos tres mil dólares, tenía asegurado ya un sitio donde dormir en octubre, un amigo ex alcohólico y seguía echando de menos lo poco que dejé en España.

Una de las razones por las que cuando te vas de tu país (aunque siempre lo critiques) lo echas terriblemente de menos es por no entender las costumbres del lugar al que tienes que empezar a llamar casa. Y eso se incrementa en un territorio tan enorme como Estados Unidos, y tan ecléctico como Los Ángeles, donde las diferencias entre lo que vives y a lo que estás acostumbrado son abismales.

Las primeras son las medidas, pesos y temperaturas. Un lío que unido al idioma hacía que no me enterara de nada. La temperatura se mide en grados Fahrenheit, algo que, como no sabía con antelación, me asustó cuando vi que un coche marcaba más de 70 grados de temperatura, que de haber sido en la medida a la que estaba acostumbrado hubiera sido como entrar en el mismísimo infierno.

Le pregunté a Logan que me explicara la diferencia entre aquella medida de calor y la nuestra, los centígrados de toda la vida, y conseguí entender que no necesitaba saber tanto para vivir en Los Angeles.

—Aquí más de 70 significa que puedes ir a la playa, menos significa que no te puedes bañar. No te preocupes, aquí siempre puedes llevar camiseta, sólo necesitas la chaqueta por la noche y para entrar en los centros comerciales que se empeñan en poner el aire acondicionado al máximo.

—¿No necesito saber más?

—Bueno sí, una cosa. Si alguna vez tienes más de 100 grados, ya puedes estar buscando a un médico.

En cuanto a la altura, estos americanos la miden en pulgadas y en pies, lo cual obviamente es incomprensible para cualquier europeo que no entiende de quién tomaron el modelo para semejante medida absurda, ¿era con zapato o descalzo?. Para distancias, además, están las millas que, sinceramente, no merece la pena compararlas con los kilómetros porque en Los Ángeles todo está lejos, con suerte a menos de una hora de coche o transporte público, que era en lo que yo me movía en aquellos tiempos.

Con los pesos, la historia era más complicada. Necesitaba saber qué era un galón porque lo oía por todas partes. La gasolina y la leche se medían así, dos de los elementos básicos para todo buen americano. Fuera la cantidad que fuera, que no tardé en entender que era algo más de cuatro litros, no entendía cómo el galón de combustible era más barato que el del alimento.

Le volví a preguntar a Logan, quien con su lógica aplastante, y con el conocimiento de causa que da haber sido militar, me contestó: “En América es más económico entrar en guerra que criar vacas”.

El peso, sin embargo, se medía en libras. Había hamburguesas con esta cantidad de carne, así es que se entendía que era menos que lo que nosotros llamamos kilo. Algo menos de la mitad, para ser exactos, por lo que cuando decidía controlar el peso que había ganado gracias a la dieta super equilibrada que llevaba allí, siempre me impactaba ver que la cifra resultante tenía tres dígitos sin contar los decimales. Siempre que estuviera por debajo de las 200 libras, pensé, no acabaría muriendo de un infarto.

Era algo que tenía que controlar, porque nada más bajarme del avión me contagié de la enfermedad más mortal en Estados Unidos: la gula.

Cuando comer no es una necesidad básica, sino algo que haces de forma automática cada pocas horas, sin necesidad de que sea de día o de noche, ni de que tengas o no hambre, está claro que estás en uno de estos dos grupos: o padeces gula o eres americano. Cuando perteneces a los dos, estás irremediabilmente perdido.

Yo me adapté rápido a aquel ritmo vertiginoso de comidas, a engullir platos que casi no cabían en la mesa (afortunadamente solía ir solo a comer) y a tener hambre a todas horas a pesar de tener siempre el estómago relleno, como el pavo que preparó Logan para un grupo de amigos para celebrar Acción de Gracias.

Como siempre decía mi madre, el desayuno es la comida más importante del día, y claro, los americanos, que aunque no hayan conocido a mi madre le hacen caso a todas las recomendaciones que impliquen comer mucho, se aplican el cuento a la perfección.

Huevos fritos, o revueltos, o en tortilla (que no es ni española ni francesa), bacon tostado de tal forma que podías confundirlo con chips si no fuera por su inconfundible sabor y, sobre todo, los pancakes o tortitas a las que no les podía faltar el sirope de arce (que no me preguntéis de dónde viene) y que siempre se pueden encontrar en los restaurantes en botes de tamaño industrial totalmente cubiertos de la pringue propia del producto y de la grasa que se respiraba en el ambiente de lugares tan típicamente americanos como Eat at Joe's.

Eat at Joe's es uno de esos cientos de establecimientos en Los Angeles que te reciben con un cartel en el que se anuncia que se sirven desayunos las 24 horas del día.

Logan me llevó allí un sábado por la mañana, está cerca de Redondo Beach, que es precisamente la forma del cuerpo de los personajes que hacían cola en la puerta trasera, donde obviamente estaba el parking al que sus clientes llegaban directos desde el coche para sentarse en unas mesas alargadas donde daba igual a quien te pusieran al lado, aunque rezabas para que pesara menos de 200 libras y que no se rompiera el banco.

La especialidad, además del consabido bacon, era un plato llamado John Wayne, algo que llevaba de todo, sumergido en una salsa picante y que contaba con una base compuesta por un par de huevos y trozos de carne de cerdo (o eso decían). En su conjunto, aquella mezcla imposible de ingredientes altos en colesterol parecía precisamente el vómito del vaquero más famoso de la industria del cine.

Si estos *breakfast* no fueran bastante, los americanos han adoptado la moda inglesa de los *brunch*, o lo que en España se conoce como desayunar tarde y juntarlo con la comida. Esta variedad de comida se suele hacer los fines de semana, e incluye cualquier alimento que puedas imaginar, porque nunca es suficiente. Básicamente es un desayuno con varios platos, al que además puedes incluirle algo de alcohol, pero no cerveza o vino, sino champán o cócteles, que es más apropiado para el aperitivo.

Luego está la comida, que los americanos, con el hambre que gastan, la adelantan a las 12 o la 1 de la tarde. Nada de esperar a las dos o las tres como ocurre en la Península Ibérica, porque si hicieran eso tendrían un agujero en el estómago del tamaño del Central Park.

Para el almuerzo, y no por falta de ganas sino de tiempo porque casi siempre pilla en horario de trabajo, los americanos se toman algo rápido, que puede ser desde una hamburguesa a un perrito, pasando por un sandwich, bocadillo, taco, rollito o cualquier cosa que puedan tomarse en cuatro bocados y que obviamente llene, motivo por el que las ensaladas están excluidas y sólo se ven en las mesas de las personas que están a dieta, que alguna habrá, digo yo.

Para agilizar el proceso de la comida, o se llevan el *tupper* al trabajo o salen un momento porque saben que en cualquier esquina pueden encontrar una *truck* de comida rápida que por unos cuantos de dólares les prepara y les da para que coman en la calle el plato menos malo de esta especie de restaurantes sobre ruedas. La ventaja de estos camiones es que no tienen que pagar local, ni recoger y limpiar mesas, y siempre pueden ir al lugar de Los Ángeles en el que más negocio hagan dependiendo de la hora y el día de la semana.

Después del almuerzo llega el momento de hacer la digestión de lo que se ha ingerido desde por la mañana temprano, y los americanos descansan un poco mientras acaban su jornada laboral, vuelven a casa, desconectan un poco entrando en Facebook y van a hacer la compra para volver a llenar el frigorífico de grasas animales.

En el proceso de todo esto pueden comer una chocolatina, un dulce, un sandwich o para los más europeístas, una pieza de fruta, pero como algo fuera de lo normal a no ser que se trate de una modelo de Victoria Secret.

Y sin quererlo llega la cena, antes probablemente de que haya anochecido fuera (algo aplicable incluso en invierno). Para cerrar el día con un broche de oro me quedo

con la opción de pedir comida china o mexicana, de cualquiera de las dos opciones hay restaurantes de comida rápida con franquicia bastante conocida en Estados Unidos, con su *drive thru* incluido para que no tengan que bajarse del coche y andar o hacer algo parecido al ejercicio. Fuera de las franquicias, en cualquier esquina, hay restaurantes de este tipo regentados por emigrantes de estos países, donde las cantidades que se sirven son mucho más generosas, lo cual, por supuesto, es ideal para mantener la línea de calorías necesarias al día para considerarse un buen americano.

Por supuesto, antes de acostarse, y puesto que hará unas horas desde que se tomaron un buen plato de *noodles* con pollo a la naranja y galleta de la suerte de postre, muchos deciden tomarse un buen vaso de leche para matar el hambre y engañar el estómago. Éste es el motivo por el que pocos supermercados cierran durante la noche, porque no hay nada que siente peor que ir al frigorífico y ver que el galón de leche está casi acabado y no tienen con qué completar la recena del día. Si al menos hubieran guardado algo del chino para después, piensan, pero claro, eso de guardar comida para otro día quita puntos, aunque a veces, ni el más tragón puede resistirse a llevarse los restos en la *doggy bag* que ofrecen todos los restaurantes, y que, a pesar de su nombre, no se come nunca el perro.

Si alguien cree que el calendario de comidas diarias de los americanos no es lo suficientemente estresante, y eso que hasta los mejores médicos recomiendan hacer cinco comidas al día, entre una y otra lo habitual es tomar al menos un café tamaño gigante, que quizá no alimente, pero ayuda a hacer hueco en el estómago para la siguiente comida. Ya entienden a qué me refiero.

Café

En Estados Unidos hay varios tipos de treintañeros: los que trabajan en cosas raras (como el tío que contaba cacahuetes para que las bolsas que se ponían a la venta no tuvieran más de la cuenta) y los *freaks* que no se sabe ni en lo que trabajan pero que siempre alardean del dinero que tienen. Luego están los que trabajan en el Starbucks, como yo empecé a hacer a principios de octubre, aunque lo habitual es que los empleados de esta famosa cafetería sean chicos que no llegan a los 20 y aún están estudiando.

El café no destaca, precisamente, por ser el mejor de los productos de éste país. El café americano es agua con sabor a algo parecido al recuelo, que se sirve a temperatura infernal en unos vasos gigantes de fibra de papel, lo que limita bastante las papilas gustativas del que sorbe y por lo tanto oculta el gusto verdadero de la bebida.

Quien no haya salido nunca de sus 50 Estados, no sabe lo que es disfrutar de la cafeína de verdad, por eso me impresionó tanto que en el país en el que te puedes tomar el peor café del mundo, una de las empresas más importantes, que incluso cotiza en bolsa porque sin duda es una de las que consigue más beneficios, sea Starbucks.

En casi cada esquina hay una de sus cafeterías y su logotipo verde puede verse paseándose en la mano de alguno de sus millones de clientes por cualquier calle de la ciudad a cualquier hora del día. Porque aquí, sentarse a disfrutar de una taza humeante para charlar con los amigos no se comprende, el café es para beberlo andando, en el coche aprovechando las paradas en los semáforos, o incluso en el trabajo delante del ordenador.

Las mesas de esta franquicia, que nunca son más de tres o cuatro en cada tienda, suelen estar ocupadas por estudiantes que se afanan por acabar el trabajo que tienen que entregar en clase al día siguiente, hombres con cara de aburridos delante de un ordenador con una manzana luminosa en su tapa, o extranjeros que aún no han sido engullidos por el *american way of live* y que probablemente, más que por el café, vayan hasta alguna de sus tiendas para pillar wifi y subir la foto más reciente de sus vacaciones americanas a Facebook.

No hay peor desgracia para un amante del café que acabar detrás de un mostrador de esta famosa cadena americana, pero el hambre apretaba y fue el primer lugar donde me dieron una oportunidad.

Comencé a trabajar a principios de octubre en una de las cuatro tiendas que existen de esta marca en los 200 metros más famosos de Hollywood Boulevard. Era la más pequeña y la más próxima al famoso teatro chino, con tan sólo dos pequeñas mesas en la puerta y un acceso directo desde la cafetería a una mastodóntica tienda de souvenirs, donde se podían comprar desde réplicas poco fieles a la estatuilla de los Oscars a cualquier tipo de *merchandising* de las películas del momento.

El trabajo era monótono, aunque no paraba en todo el día porque siempre había cola de clientes esperando para llevarse su café. Yo era el encargado de preparar la bebida, casi nunca me dejaban de cara al público porque no me aclaraba con el inglés, pero tomaba los vasos con el nombre del cliente escrito y los llenaba del preparado que hubiera elegido de entre la larga lista de posibilidades, donde no se encontraba el café como yo lo había entendido toda la vida.

Pasé de pensar que el café podía ser cortado, con leche, solo o descafeinado (de máquina o de sobre) para descubrir que podía saber a todo, y prepararse de mil formas, menos como había visto hacerlo en casa durante tres décadas todas las mañanas.

Los clientes pagaban gustosos los casi cinco dólares que costaba el brebaje más barato, incluso muchos de ellos dejaban uno extra como propina, y se marchaban escaldándose las manos y sorbiendo a través de una minúscula ranura en la tapa de plástico su poción mágica, con la que podían pasar un par de horas, hasta la próxima parada en un Starbucks.

La ubicación de mi primer puesto de trabajo en Los Ángeles, gracias a la cristalera que había cerca de donde tenía que preparar los cafés, me permitía ver desfilar dentro y fuera de la tienda a personajes tan variopintos como Batman, Spiderman, Lobezno, Marilyn Monroe con su vestido blanco de vuelo o el Capitán Sparrow. Todos eran clientes fieles de nuestra tienda, y en sus vasos se escribía el nombre del disfraz con el que se ganaban la vida haciéndose fotos con turistas en la calle con más estrellas en el suelo del mundo.

Con tal amalgama de disfraces en la calle, aún no me explico cómo la gente pagaba más de 20 dólares para entrar al Madame Tussauds que teñía al otro lado de la cafetería, porque por muy reales que aquellas figuras de cera parecieran, nunca podrían compararse con la jungla que se podía ver a sólo unos metros de las instalaciones de este famoso museo. Con la diferencia, además, de que los de la calle se movían e incluso algunos aceptaban besarse con el cliente que pagara una buena cantidad para hacerse la típica foto.

Dentro de lo malo que podía ser trabajar en Starbucks haciendo un café tras otro, conseguir un puesto justamente en aquel pequeño establecimiento, en uno de los lugares más turísticos de toda la ciudad, me permitió conocer a gente muy diferente de la que estaba acostumbrado en Madrid.

Spiderman era un señor barrigón cercano a los 40, enfundado en unas mallas blaugranas, que parecía cualquier cosa menos un superhéroe. A pesar de ello, era uno de los más solicitados por los curiosos que disfrutaban igualmente buscando a cualquier afamado actor en las estrellas del suelo, como con la mezcla de personajes disfrazados que llenan Hollywood Boulevard a cualquier hora del día.

Le gustaba cómo decía Spiderman cuando estaba listo su café, siempre un frapuchino helado con nata montada al que, además, le echaba luego canela por encima. Con el paso de las semanas empezamos a charlar cada vez más, utilizando un inglés que distaba mucho del que se estudia en academias, ya que yo era español y él un antiguo inmigrante de origen alemán.

—Llámame Peter —me dijo el día que le pregunté su verdadero nombre sin llegar nunca a saber si era el que aparecía escrito en su documentación o es que realmente sentía ser el álter ego del personaje que representaba.

Y así fue como conocí al primer superhéroe de mi vida en Estados Unidos, que aunque no sería el último, sí fue el único que llevaba mallas ajustadas.

Viernes

Hacía un mes que estaba en Los Ángeles. Aunque ya fuera mediados de octubre, no había visto llover ni un sólo día desde mi llegada y no había necesitado comprar ropa de abrigo. Con un par de sudaderas de GAP me las apañaba para cuando salía tarde de mi turno de noche de la cafetería. Casi no hacía vida social, aunque no falté en aquellas cuatro semanas a mi cita de los viernes en Alcohólicos Anónimos. Hubo un momento en el que me sentía más cómodo siendo Marcos que yo mismo.

Me inventé una historia sobre aquel personaje real, y a la vez tan ficticio, que de tanto repetirla acabé por hacérsela creer a todos y a mí mismo. Llevaba años bebiendo sin descanso, tenía en España deudas que me hacían imposible mi regreso, no tenía dónde caerme muerto y por eso decidí escapar a Estados Unidos, donde quería empezar de cero. Para conseguirlo, nada mejor que cortar de raíz con mi pasado y dejar para siempre el alcohol.

Cuando me preguntaban más de la cuenta decía que no quería recordar demasiado, que todo aquello se había quedado en Madrid y que no me pertenecía, porque de vez en cuando, hasta el más mentiroso dice alguna verdad.

Logan siempre me tenía preparado algún plan para después de la charla, alguna vez venía algún compañero más, aunque nunca se apuntaba la guapa conejita de Playboy. Apenas cruzaba con ella un par de miradas en cada sesión, y siempre bajaba la vista antes de que me desarmaran aquellos ojos verdes.

Con Logan descubrí la belleza del atardecer desde el observatorio Griffith, visité la playa de Malibú, nos colamos en el oceanográfico de Long Beach y jugamos a las trapaperras en un casino de San Pedro. Pero al mes de conocernos, un viernes de octubre, me dijo que no le acompañara, que el sitio donde iba no me convenía.

–Pídele a la rubia ir a algún sitio, he visto cómo la miras.

–No tengo ninguna posibilidad con ella, prefiero ir contigo.

–Hay cosas que no le he contado a nadie –me dijo como única explicación.

–Todos tenemos nuestros secretos.

–Quizá si te cuento los míos no quieras volver a saber nada de mí.

–Ponme a prueba –lo reté.

Y recogió el guante, me dejó acompañarlo como cualquier viernes, aunque aquella vez el destino no fue glamuroso, ni turístico, ni conocido.

Aparcó su Jeep en la trasera de un bar de Sunset Boulevard. Era un lugar oscuro para no dar mucha luz sobre la decadencia de un garito que no se había tocado en años. La barra estaba pegajosa, llena de vasos de cerveza a medio beber, y detrás de cada uno de ellos estaban hombres de lo más variopinto. Pocos venían en grupos, eran hombres solitarios demasiado apegados al alcohol.

Nos sentamos junto a ellos en la zona más alejada de la puerta, las mesas estaban medio vacías, y aunque la ocupación no era muy alta, la música casi no se escuchaba, ahogada por el murmullo de unos pocos y el sorber de otros tantos.

Detrás de la barra, una chica con un escote demasiado grande y un sujetador demasiado chico nos dio la bienvenida con una voz que denotaba un hartazgo evidente. Noté que conocía a Logan cuando le preguntó si quería una grande como siempre.

–Dos –contestó él –. Hoy vengo acompañado.

–Ya veo –dijo ella mientras posaba en mí por primera vez unos ojos grises que, sin duda, eran lo más destacado de aquella camarera de tugurio maloliente.

Cuando se fue, Logan empezó a hablar de forma pausada mirando al frente, como lo hacen aquellos que no son capaces de afrontar la verdad (y sé de lo que hablo), porque por muy veterano de guerra que seas, ser sincero a veces es más difícil que matar a insurgentes en Afganistán.

–Empecé a beber cuando me alisté, cuando no tenía aún edad para tomar alcohol pero sí para matar. Pero a nosotros nos levantaban la mano. Luego me fui a la guerra y allí nos bebíamos el alcohol de los botiquines mezclado con agua, porque era más fácil que encontrar cerveza. Cuando volví me tiré un mes casi sin dormir. La guerra me retumbaba en la cabeza cuando me acostaba y, por eso, empecé a ir a bares a horas en las que deberían estar cerrados. Descubrí éste hace un par de años, no sé porqué, pero después de tomar aquí dos o tres cervezas llegaba a casa y dormía como un bebé.

Me expulsaron del ejército por una pelea que tuve con un superior cuando estaba demasiado pedo como para recordar qué dije. Para no acabar en un consejo militar me tuve que apuntar a Alcohólicos Anónimos, de verdad que lo intenté, dejé de beber durante un tiempo, pero volví a no poder dormir por las noches. No sabes lo que es eso. Tener 24 horas al día para pensar y, encima, sobrio. Era algo que estaba acabando conmigo.

Volví a recorrer un buen puñado de bares en esta maldita ciudad, y mira que hay cientos, pero seguía sin conciliar el sueño. Hasta que un día, hace ahora casi un año, volví a este bar, y sin motivo aparente aquella noche dormí 10 horas del tirón.

Me hice un habitual, un borracho que va a Alcohólicos Anónimos un día a la semana, un mentiroso que no puede dejar ni una cosa ni la otra.

Llegó la camarera con dos pintas de cerveza, Logan sonrió más de lo habitual. Le excitaba tener alcohol tan cerca, pensé mientras él pegaba un largo trago a su vaso para aclarar su garganta y enturbiar sus ideas.

–¿Sabes por qué duermo cuando vengo aquí? –preguntó sin esperar respuesta–. Yo tampoco lo sabía, la cerveza que bebía aquí era igual a la de cualquier garito, y conozco muchos, te lo aseguro. Pero un día, hace unos meses, no sólo conseguí dormir a pierna suelta, sino que soñé, y por primera vez no eran pesadillas de guerra como las que tenía hace ya mucho tiempo. En aquel sueño aparecía ella –dijo él señalando con la barbilla en dirección a la camarera, una de las pocas mujeres, además, que había en el bar –. Descubrí por un sueño que estoy enamorado de una camarera que me emborracha cada noche, que me ha visto mearme en los pantalones, caerme de la silla, llorar como un niño, y que a pesar de todo, no sabe nada de mí. Por eso bebo, por eso vengo aquí casi cada noche, por eso digo que soy ex alcohólico y me sigo emborrachando. Porque cuando pierdes la dignidad, ya no tienes mucho más que perder.

Nos quedamos callados, no sabía qué decir. Me parecía patético, pero yo no era mucho mejor que él. Me apeteció abrazarlo aunque por supuesto no lo hice. En su lugar cogí mi pinta y me bebí la mitad de un trago.

–Iba a dejar las reuniones, pero apareciste tú. Me caes bien Marcos, *cheers!* –me dijo riendo y chocando su vaso contra el mío.

Transporte

En una ciudad como Los Ángeles, en la que las distancias (en millas o kilómetros) eran tan enormes, comprar una bicicleta vieja fue lo único que se me ocurrió hacer.

Entiendo que no es el mejor medio de transporte para un treintañero con unos kilos de más (el doble si hablamos en libras). Mi casa en Los Feliz me permitía ir hasta Hollywood a lomos de mi bicicleta Schwinn Excelsior azul oxidado y de frenos a contrapedal en unos 40 minutos, y cuando quería visitar las playas siempre podía coger uno de los autobuses de la red Metro (dotados siempre con espacio para transportar bicicletas en la parte delantera del carruaje) y acabar en Venice o Santa Mónica, dispuesto a pedalear por toda la costa angelina.

Lo habitual para alguien de mi edad era contar con un buen todoterreno, capaz de enfrentarse al maremágnum de autovías, la locura de los cambios de sentido en mitad de la calle, los giros a la izquierda en las intersecciones más transitadas, los adelantamientos por la derecha y sobre todo, los *drive thru* con los que podías sacar dinero de un cajero, comprar cualquier tipo de comida, o incluso casarte, sin necesidad de bajar del coche.

Logan me dejaba conducir a veces su viejo Jeep porque decía que además de aprender inglés tenía que saber conducir en aquella ciudad de locos.

–El día que hagas las dos cosas sin necesidad de diccionarios y GPS serás un auténtico americano –decía riendo.

Nunca he conseguido ni una cosa ni la otra y eso que conducir y saber inglés (aunque no hagas ninguna de las dos cosas bien) es algo imprescindible en una ciudad como Los Ángeles. Por ejemplo, necesitas tener unas nociones básicas del idioma para no acabar con una multa en el bolsillo. Los aparcamientos en toda la ciudad suponen un auténtico quebradero de cabeza. En cada calle hay plantado al menos un cartel en el que se indican las recomendaciones o prohibiciones para aparcar. A veces, en el mismo poste aparecen dos placas con indicaciones contradictorias que pueden hacer que una vez que hayas aparcado, prefirieras cambiar el coche de sitio.

El hecho de tener que lidiar sólo con una bicicleta me evitó tener que pagar un buen número de multas. De haber tenido coche nunca me hubiera quedado tranquilo al estacionarlo en cualquier sitio porque, aunque los días de la semana fue de lo primero que aprendí en inglés, aún me costaba distinguir el martes del jueves.

Conducir en Estados Unidos me daba pánico, el mismo que me daba acercarme a alguna mujer. Desde mi llegada, no había tenido acercamiento alguno a ellas si obviamos a la señora mayor que tenía por casera, las miradas que no era capaz de mantenerle a mi compañera de reuniones, las vistas de mi vecina cada vez que bajaba o subía de su edificio y yo estaba mirando por la ventana (una de mis costumbres más arraigadas desde que había llegado a aquella casa) y las manos de féminas que rozaba levemente cuando les entregaba a sus dueñas sus respectivos cafés en el trabajo.

No sabía manejar ni coches ni mujeres, algo que me gustaba especialmente durante mi vida en Madrid, cuando me enfrentaba a ambas cosas sin demasiada cabeza y que en más de una ocasión, las dos, me dieron algún susto que otro.

Me había vuelto retraído desde que me había montado en el avión, a modo de escudo, de caparazón de tortuga tras el que me camuflaba muchas veces gracias a no entender bien el idioma y, otras, por tal de no complicar más mi vida.

Peter me insistía en presentarme a alguna chica. Yo no me fiaba de su círculo de amigos, entre los que se encontraban Transformers, un puñado de Marilyn, algún Elvis que otro y hasta un Mickey Mouse.

Le decía que no estaba preparado, que no quería conocer a chicas por el momento.

–No serás marica, ¿no? –me preguntó Spiderman, para quien pensé que era de los que creía que no eras merecedor de la amistad de un superhéroe si te gustaban los hombres.

–No es eso, Peter. Ahora no tengo tiempo.

–¿No tienes tiempo? ¿Qué haces después de quemarte las manos de tanto servir cafés? –me preguntó.

Y no le contesté, no iba a contarle que me hacía llamar Marcos y que iba a charlas de Alcohólicos Anónimos, o que, además, había empezado a trabajar en Unión Station limpiando zapatos a elegantes ejecutivos, o que yo también había empezado a soñar con el escote de la camarera del tugurio que me había descubierto Logan unos días atrás.

Playa

No era del todo cierto que no tuviera tiempo, pero me gustaba pasarlo solo o con Logan porque eran momentos en los que sentía que podía ser yo mismo.

Cuando estaba solo me gustaba ir con la bicicleta hasta alguna de las playas de la zona. Mi preferida era Muscle Beach, entre Venice y Santa Mónica. Allí me situaba en la frontera entre los espacios reservados para los surfistas y los bañistas. Me gustaba ver la destreza con la que aquellos atletas se tumbaban encima de su tabla, se dirigían a brazadas hasta el interior, y a medio trayecto entre la arena y el horizonte, con la mirada fija en el mar, esperaban en fila a que llegara la ola más adecuada a su destreza física. Había verdaderos expertos que, pacientemente, esperaban hasta media hora para elegir la mejor, con la que levantarse sobre su tabla y llegar navegando empujados por la espuma del océano hasta la orilla.

También me gustaba bañarme de vez en cuando. Aunque la zona de bañistas estuviera menos en boga que la de los surfistas, porque aunque durante aquellos últimos meses del año hizo días realmente veraniegos, no había sol capaz de calentar el agua del Pacífico. Por eso, meterse hasta el fondo y nadar un buen rato, sin neopreno, era un auténtico acto de valentía o una temeridad propia de los turistas que no estaban dispuestos a regresar a sus países de origen sin darse un chapuzón bajo la atenta mirada de los Vigilantes de la Playa, que aunque no eran Mitch Buchanan ni Pamela Anderson, tenían su punto.

Yo siempre me situaba en la misma zona, anudaba mi bicicleta en el poste que indicaba que estábamos en zona de peligro de Tsunami, y con la toalla metida en la mochila que había traído de España, me quitaba las zapatillas y empezaba a andar sobre la arena para notar la sensación de libertad que sólo en momentos como aquellos sentía.

Hasta la playa iba dejando que mis dedos entraran con fuerza en la arena, permitiendo que el pie descansara después del esfuerzo que había realizado haciendo girar los pedales de mi modesto medio de transporte.

Siempre hacía lo mismo cuando llegaba allí, dejaba la mochila en el límite de la arena seca y mojada, y las zapatillas mirando hacía el agua. Antes incluso de sacar la toalla, prefería desprenderme de la camiseta y, ataviado únicamente con un bañador tipo bermuda que me llegaba hasta casi las rodillas, me sumergía de golpe en el agua antes de que una ola rompiera en mi pecho.

Cierto día de finales de octubre, después de mi turno de mañana en la cafetería, monté mi vieja Excelsior en un autobús de la red Metro y llegué hasta Palisades Park. Allí siempre miraba al horizonte hasta dejar de notar las prisas de la ciudad que tenía a mis espaldas y, luego, bajaba a lomos de mi bicicleta hasta el Pier de Santa Mónica, aunque ya no me detenía en él como durante mis primeras visitas, porque llega un momento en que dejas de sentirte turista y huyes de los lugares en los que se concentran más idiomas por metro cuadrado.

Giraba a la izquierda y me metía en el carril bici que cruza el muelle por debajo y, siguiéndolo en dirección sur, pedaleaba con fuerza hasta que llegaba al gimnasio en el que hace décadas entrenaba el que mucho después sería gobernador del Estado.

Era en aquel punto donde buscaba el poste para encadenar mi bicicleta y me desprendía del calzado.

Ya en la playa, nadaba hasta que dejaba de notar el frío, y sólo entonces me decidía a salir para tumbarme en la arena y empezar a disfrutar del paisaje de surfistas que a unos metros de allí se deslizaban sobre la espuma de las mismas olas que a mí me parecían un incordio cuando me bañaba.

Me quedaba de pie hasta que dejaba de caer un hilillo de agua desde el borde interior de mis bermudas hasta el suelo. Y sólo entonces, desabrochaba la cremallera de la mochila y sacaba la toalla que había comprado la primera vez que bajé a la playa en una tienda en Third Street Promenade.

Me tumbé boca abajo, y a pesar de que no era de los que se quedan dormidos en cualquier parte, el agotamiento que hacía días sentía hizo que acabara durmiendo durante casi media hora una plácida siesta playera.

Me desperté con la baba caída por un lateral de la boca y el sol picándome con fuerza en la espalda. Abajo, noté una leve erección que quedó remitida por la presión de la arena que había bajo la toalla. Cuando conseguí controlar la situación, me giré hacia la derecha, descubriendo a tan sólo cinco metros a dos chicas que debían estar en la veintena, charlando animadamente en un idioma que parecía italiano, y desnudas de cintura para arriba. Esta vez no pude contener la erección y tuve que recolocarme la bermuda para que el bulto no fuera obscenamente visible a metros de distancia.

No era el único que había notado la presencia de aquellas dos incautas jóvenes, aunque no todos las observaban con lascivia. Al contrario, la mayoría de aquellas miradas denotaban desaprobación y rechazo, algo que contrastaba de forma evidente con las risas y desinhibición de las chicas.

En menos tiempo del que tardó en bajar mi erección recordé que hablando de las costumbres americanas, Logan me había contado que hacer topless en Los Ángeles, estaba prohibido.

–Hay cosas en Estados Unidos que se escapan a toda lógica –me dijo.

–¿Como no poder beber hasta los 21? –le pregunté yo mientras hacía chocar mi cerveza con la suya.

–Sí, la moralidad en este país está muy por encima de la razón.

–Bueno, pero aquí se puede fumar con bastante facilidad marihuana –le contesté yo recordando los folletos que me habían dado a las puertas de sospechosos consultorios médicos durante mi primera caminata por el paseo marítimo de Venice Beach.

–A eso me refiero. Por ejemplo, se puede consumir droga para supuestos fines medicinales pero, en cambio, no se puede hacer topless en la playa.

–¿En serio?

–Claro, ¿no lo sabías? –me preguntó Logan–. Hay multas bastante altas para las turistas que de vez en cuando, y sin saber lo que hacen, ponen sus tetas al sol.

–¿Qué mal hace eso?

–Un mal moral, que es el más grave en esta sociedad. Imagina la que se lió cuando Janet Jackson enseñó un pezón en la Super Bowl. Aquí, en Los Ángeles, donde se lleva aquello del culto al cuerpo hasta límites insospechados, no está bien visto, sin embargo, enseñarlo tan libremente.

–Prefiero ver tetas que fumar marihuana –concluí notablemente borracho.

Así es que allí estaba yo, mirando a dos turistas jóvenes y hermosas que incumplían las leyes morales más rancias de aquel Estado. Incapaz de pensar en otra cosa que en sus aureolas rosadas en contraposición de una piel clara y poco acostumbrada al sol. Una notó que me había girado hacia ellas y me sonrió. Yo me sentí turbado y aparté mi vista de lo que mostraban sus cuerpos.

Al mirar para otro lado vi a una familia que cuchiaba bajo una sombrilla. La madre agarraba a un niño de unos tres años para que apartara la vista de aquella escena inapropiada, mientras que el marido, contrariado, hacía uso de su móvil.

Entendí que a aquellas chicas se les iba a caer el pelo con la misma facilidad que ellas habían hecho caer la parte de arriba de sus bikinis. Y pensé que tenía que hacer algo para evitar que las jóvenes tuvieran un mal recuerdo de unas vacaciones que seguramente llevaban mucho tiempo planeando.

Con una confianza que no recordaba en mí desde las noches madrileñas en las que era habitual que acabara acercándome a algún grupo de chicas, decidí levantarme de mi toalla (afortunadamente ya no había erección que disimular) y me dirigí hacia ellas intentando evitar que mi vista se posara en aquellas cuatro voluptuosidades.

La que momentos antes me había sonreído pareció encantada con mi aproximación, sus pechos, a los que a pesar de mi fuerza de voluntad eché un último vistazo cuando estaba bastante cerca de ellas, eran pequeños pero bien repartidos, y creí advertir que sus pezones se endurecían a medida que me había estado acercando. En

cambio, la otra, algo más tímida, se dio la vuelta y se puso boca abajo, permitiéndome comprobar cómo aquellas dos tetas que probablemente no podían ser abarcadas por dos manos normales, se descolgaban haciendo que dos hermosas ubres se estiraran desde el pecho hasta rozar la arena.

Me gustaban los pechos grandes, como aquellos segundos, y sólo pensar en que unos pezones tersos y oscuros como aquellos que estaba viendo se oprimieran contra alguna parte de mi cuerpo como hacían ahora contra la arena me turbaba la mente.

Pechos pequeños me saludó con una sonrisa y yo permanecí serio para evitar que pensarán que era un buitre dispuesto a ligar con ellas (aunque tampoco me hubiera importado).

En un inglés bastante malo conseguí tener una pequeña charla con ellas.

–Lo siento, chicas. Pero hacer topless en Los Angeles está prohibido. A mí no me molesta, pero si queréis evitar una multa será mejor que os vistáis.

–¿Eres policía? –me preguntó pechos grandes, aunque ya no se le veían.

–No, no lo soy. Pero quiero evitar que tengáis problemas. Estáis aquí de vacaciones, ¿verdad?

–Sí –contestó pechos pequeños –somos italianas. Hemos venido con visado de turista para encontrar trabajo, pero creo que lo tenemos complicado.

Al fondo vi como un todoterreno de los Baywatch se acercaba, ellas habían empezado a buscar sus sujetadores en el interior de la bolsa de playa.

–Rápido –les dije.

Pechos grandes encontró la parte compañera de la braguita que llevaba puesta, y de espaldas al coche que se dirigía a nosotros y frente a mí, se tapó dejándome echar por última vez un largo vistazo a aquellos dos oscuros objetos de deseo.

Pechos pequeños no parecía encontrar con qué taparse, así es que finalmente cogió una camiseta y se la colocó lo más rápido que pudo, con la etiqueta y las costuras por fuera. Y sus pezones, que seguían duros, marcándose bajo la fina tela.

Me senté para que aquella escena pareciera la de un grupo de amigos normal, y el coche pasó de largo, incapaz sus ocupantes de localizar a dos chicas solas que, según le habían comunicado por teléfono, estaban haciendo topless en aquella zona de la playa.

–Gracias –dijo pechos grandes estirando la mano hacia mí. –Soy María, y ella se llama Paola.

–De nada, yo me llamo Manolo y soy español.

–Anda –dijo Paola aún con la camiseta del revés–. ¿También estás de vacaciones?

–No, aunque vivo aquí desde hace poco. Tengo permiso de residencia y, la verdad, turismo no he hecho mucho en este tiempo.

Y así, medio en español, italiano e inglés, fuimos entendiéndonos. Ante su curiosidad, les conté lo de la Green Card y ellas me explicaron que eran diseñadoras de moda, pero que en Italia, la alta costura ya no era lo que solía ser, y a pesar de haber estudiado un máster en una de las escuelas de moda más reconocidas en el país, el mercado no daba el trabajo necesario para que ellas encontraran uno en Italia.

–En Italia, vestir bien era parte de la educación que se le daba a los niños desde que nacían. Ahora las cosas han cambiado mucho –dijo Paola.

–Se ha pasado del *pret a porter* a vestir de Zara –coincidió María.

–¡Cuánto daño han hecho los españoles en la moda! –rió Paola mirándome fijamente a los ojos.

–Ni en una tienda con diseños tan sencillos son capaces de contratarnos –me explicó María.

Como lo de la moda era un tema que a mí se me escapaba, ellas parecían muy animadas replicándose a cada frase y el peligro de que les cayera una multa parecía haber pasado, yo decidí levantarme y con una excusa, quitarme de en medio.

–Chicas, encantado de conoceros, pero me está picando la espalda de tanto sol. Voy a darme un baño.

–Gracias por salvarnos la vida –dijo María mientras Paola me sonreía llena de picardía.

Me levanté de la arena, me sacudí un poco y dirigí mis pasos hasta la orilla mientras escuchaba a aquellas dos preciosidades charlar animadamente en italiano. Desconecté de la conversación, aunque noté que paraba justo en el momento en el que yo rozaba el agua con la punta de los dedos de los pies.

–¿Me dejas bañarme contigo? –escuché a Paola decir en inglés a mi espalda.

–Claro, el Océano es lo suficientemente grande como para que quepamos los dos.

Me zambullí del tirón como acostumbra a hacer, aunque en esta ocasión lo hice para evitar la erección que volvía a notar bajo las bermudas.

Desde el interior del agua, oculto de cintura para abajo por el océano, me giré para observar a Paola entrando poco a poco en el mar.

Tenía unas piernas delgadas y largas que iban desapareciendo bajo el agua a medida que avanzaba, llegó hasta que el triángulo que formaba su braguita empezó a mojarse, noté como le recorría un escalofrío por todo el cuerpo cuando el frío le llegó a la parte más sensible de su cuerpo. Un par de metros más y estaría a mi altura, pero antes se sumergió de golpe durante un par de segundos. Salió con fuerza salpicando una suerte de gotas saladas que se desprendían de su cuerpo y volvían al origen. La camiseta, que aún estaba con las costuras hacia afuera, se pegó a su cintura, espalda y aquellos pechos pequeños que no podía quitarme de la cabeza. Allí estaban ellos, dos pezones duros como el hielo, que apuntaban firmemente hacia donde yo estaba, aunque afortunadamente, la baja temperatura del agua había surtido efecto en mi pene y lo había aletargado bajo el bañador.

Se acercó sonriente hasta mí, y cuando estábamos muy cerca, miró hacia la playa donde no había ni rastro de los vigilantes y se quitó la camiseta. Mis ojos bajaron de forma instintiva hasta allí, me hubiera gustado saborear la sal que estaba pegada a aquellas dos pequeñas redondeces acabadas en una aureola de pequeñas dimensiones, pero me limité a mirar, esta vez de forma mucho más descarada que como lo había hecho antes.

–Sabes, Manolo. Tienes mucha suerte, yo sé que aquí tendría el trabajo que siempre he soñado, pero sin un visado es imposible.

–No te creas que tengo tanta suerte, no siempre consigo lo que quiero –le dije mirando por última vez su pecho ya que en ese momento, después de darle la vuelta, se puso de nuevo la camiseta.

–Pues yo estaría dispuesta a cualquier cosa para poder quedarme aquí. Tenlo en cuenta –me dijo a modo de provocación.

Sin darme opción a replicarle, se zambulló y se dirigió hacia la orilla. Así, de espaldas, me di cuenta de que tampoco tenía mucho culo, pero sabía moverse como si desfilara en pasarela con uno de los diseños que ella habría ideado para una importante firma de moda.

Cuando conseguí dejar la mente en blanco gracias al frío del agua, decidí salir y dirigirme directo hasta mis pertenencias. Evité mirar a las chicas. Encima de mi toalla descubrí un papel doblado, y dentro de él, aparecía escrito el nombre de Paola y un número de teléfono. Lo guardé en la mochila, recogí mis cosas y me fui mojado hasta donde estaba mi bicicleta. Ni siquiera me despedí de ellas.

Zapatos

Ser limpiabotas en un lugar como Los Ángeles, donde las altas temperaturas hacen que las chancas sean el calzado más habitual en el que se posan los pies de los californianos, no es el mejor trabajo si lo que quieres es forrarte. Quizá por eso, nadie duraba demasiado en el puesto y era fácil encontrar una vacante en la empresa que tenía el monopolio en la zona de negocios de Los Ángeles, desde Union Station hasta el Staple Center, sede de Los Lakers.

Yo comencé mi segundo trabajo el primer día de noviembre, con una resaca monumental después de vivir mi primera noche de Halloween en una ciudad americana, y después de acostarme tarde y levantarme muy temprano para conseguir estar a tiempo en mi puesto.

Desde aquel día trabajaría por las mañanas en la estación de trenes más conocida de la ciudad, Union Station, un auténtico hervidero de hombres de negocios durante las primeras horas de la mañana, cuando salían presurosos del tren para acudir a sus oficinas en la zona donde se ubican los edificios más altos de la ciudad: Downtown.

Al contrario que yo, aquellos hombres entrajados lo máximo que habían hecho la noche anterior había sido ir junto a sus hijos a pedir caramelos a las casas del vecindario. Yo no tenía descendencia y por lo tanto opté por la segunda opción que ofrece la noche más terrorífica del año: fui hasta West Hollywood, donde miles de angelinos se concentran ataviados con disfraces de lo más variados y peculiares. Disfruté de algunos de los conciertos en directo que había a lo largo de toda la avenida, para después armarme de paciencia, hacer una larga cola y entrar en uno de los locales de moda de la zona con el único objetivo de intentar ligar con alguna chica disfrazada con la menor ropa posible.

En principio, yo no pensaba unirme a la moda de vestirme de alguien que no fuera yo, más que nada porque nunca me he considerado ingenioso como para inventarme algo original y porque, aunque hubiera cientos de tiendas que en esos días hacían su agosto vendiendo cualquier tipo de trajes, yo no estaba dispuesto a gastarme ni un sólo dólar por participar de aquella costumbre que consideraba totalmente ajena a mí.

–¿De qué te vas a disfrazar hoy? –me preguntó aquella tarde en la cafetería Spiderman.

–De nada, no tengo ni siquiera una careta. ¿Y tú? –le pregunté a pesar de lo absurda de la cuestión.

–Yo esta noche descanso, mi disfraz es ir de yo mismo. Si quieres puedo prestarte algo.

–¿Quieres que me convierta en Spiderman?

–No, por supuesto que no. Spiderman sólo soy yo. Pero antes de él fui Capitán América, hasta que me empecé a quedar calvo y tuve que optar por un superhéroe con máscara completa.

Me reí con ganas, me pareció la mejor razón posible para cambiar de uniforme. Y aunque yo no me veía con unas mallas pegadas a mis partes nobles y a mi barriga cervicera, acepté.

Cuando acabé mi turno a las ocho de la tarde me fui con Peter hasta su casa cerca de la playa de Will Rogers y aunque no entendía como las propinas de los turistas podían pagar todo aquello, no pregunté.

Allí, él se deshizo de su disfraz y yo me puse otro. Así salimos, un español vestido de Capitán América y un americano que prefería ir sólo con unos vaqueros y una camiseta en la única noche en la que no puedes distinguir quién va disfrazado y quién es así en su vida diaria.

Ni que decir tiene que las mallas me quedaban rematadamente mal, me sentía ridículo hasta decir basta, pero no podía decirle a mi compañero que estaba demasiado mayor y gordo para ir así vestido, teniendo en cuenta que él tenía diez años más que yo, y otros tantos kilos.

Los alrededores de Beverly Hills, habitualmente acostumbrada a ser una zona tranquila, era aquella noche un auténtico desmadre. Un hombre vestido de Tina Turner bailaba junto a una jovencita que con tan sólo un estrecho corpiño y unas bragas de lycra roja se había convertido en la versión más caliente del demonio. Un señor con el pelo castaño, una perfecta raya en medio y alisado hasta el extremo, portador sólo de una túnica blanca y unas sandalias de esparto, era la viva imagen de Jesucristo. Un joven con sudadera roja y el manillar de una bici con cesta en la que había metido un peluche de ET, era la versión adulta de Elliot, y una chica con calcetines largos y falda muy corta se hacía pasar por una auténtica *cheerleader* de los Galaxy. Ellos eran un ejemplo minúsculo de una jauría de personajes, ficticios y reales, que en su mayoría, y como si la noche de Halloween les permitiera darse una licencia, me dio la impresión de que salían más que para meter miedo, para conseguir meterse en la cama con alguien.

Yo al menos lo logré. Capitán América acabó con Frida Kahlo en una habitación mugrienta de uno de los cientos de edificios íntegramente habitados por estudiantes universitarios en una zona bastante próxima a la UCLA. Nos conocimos en la cola del Sur Lounge, un local cercano y especialmente decorado para la ocasión, aunque a esas alturas ya estaba harto de ver telarañas y calabazas por todos lados, como en el trabajo, donde incluso Starbucks había ideado el café de calabaza, que yo obviamente, me negué a probar.

A la que sí probé fue a Frida, una guapa mexicana con la que me entendía más hablando que en la cama. Conseguimos entrar en la sala cuando era la una de la mañana, por lo que no quedaba mucho para que la fiesta se acabara, porque en Estados Unidos, a las dos cierran todo. Y cuando digo cerrar es que a esa hora está todo el mundo en la calle y los de seguridad están echando el candado a la puerta, nada de cerrar por fuera y continuar dentro con la música y las copas, como sí es habitual en algunos bares de Madrid.

A la salida fuimos andando hasta su apartamento, yo iba deseando continuar lo que habíamos empezado en los baños y que era bastante difícil rematar debido a mis medias y a sus reparos. Parábamos de vez en cuando para besarnos entre los coches, saludar a otras parejas imposibles (Walter White con Beyoncé, Freddy Krueger con una enfermera con ligas o el hombre de hojalata con una galleta de jengibre) y contarnos cosas banales de nuestras respectivas vidas.

Llegamos a su casa poco antes de las tres, y en algo más de media hora yo estaba de nuevo en la calle, vestido de Capitán América, con el paquete aún más señalado de lo que lo había llevado toda la noche y con las ganas que traía del baño del garito donde conocí a Frida aún intactas.

La mexicana resultó ser igual de estrecha en la cama que su entrecejo. No llegamos a mayores, y de lo único que me sirvió el paseo fue para hablar en español un rato, algo que no hacía desde unos meses atrás de forma tan larga porque las conversaciones con los turistas de origen hispano en el trabajo duraban siempre menos de un minuto; sacar a pasear mi lengua por el cuerpo de una mujer, algo que no hacía desde mucho más tiempo que lo de hablar español; y acabar durmiendo solo, algo que hacía todas las noches.

Volví a casa en taxi, lo que acabó siendo lo más terrorífico de la noche, sobre todo al saber el precio que me cobraron por un trayecto no demasiado largo gracias a que ya casi no había tráfico, pero bastante tortuoso teniendo en cuenta que el conductor se empeñó en charlar más de la cuenta en un dialecto de americano del que no entendí una sola palabra.

Cuando le dije que no lo entendía porque era español, me miró indignado y muy despacio, en un tono más alto de lo normal, con toda la intención de que esta vez sí lo entendiera, me preguntó qué hacía entonces vestido de Capitán América.

–Cualquiera puede ser un héroe la noche de Halloween –le respondí.

Y tras verlo negar con la cabeza en la imagen que me devolvía el espejo retrovisor, por fin conseguí hacerlo callar.

A las cuatro estaba en casa. Aquella noche dormí con las mallas puestas, dispuesto a no perder el poco tiempo de sueño que me quedaba, ya que a las 5 había puesto el despertador para que me diera tiempo a llegar a mi nuevo puesto de trabajo. Fue entonces cuando me di cuenta de que en aquel país, un día puedes ser un héroe y al

día siguiente puede que tengas que arrodillarte ante un puñado de hombres de negocios. Y mientras yo limpiaba sus zapatos, ellos ensuciaban mi orgullo.

Downtown

Downtown me parecía una ciudad dentro de otra. Me impresionaba aquel centro financiero y administrativo de una metrópoli cuyos tentáculos llegan muchas millas más lejos. Aquellos rascacielos para mí eran los más altos del mundo, aunque imaginara que comparado con Nueva York, aquellos que veía cuando miraba hacia arriba eran sólo una anécdota.

Downtown es un lugar inmenso en el que la gente se mueve más deprisa de lo normal, aunque sea para ir a un concierto de música clásica en el Walt Disney Concert Hall. De los escasos dos meses que pasé allí cada mañana, las únicas veces que noté más tranquilidad fue cuando se cerraban al tráfico algunas de sus calles durante dos o tres días para rodar cuatro o cinco segundos de una película, algo, que además, era bastante habitual en la zona próxima al Ayuntamiento de la ciudad.

A pesar de los cientos de rincones de película que encierra aquella zona, yo casi no había visitado ninguno: no había estado en la Catedral, ni me había montado en el funicular Angel's Flight, ni había entrado en el MOCA, o en el *Edificio Bradbury* donde se rodó la mítica *Blade Runner* y que yo había visto un buen puñado de veces. No me quedaba tiempo para hacer turismo.

Me pasaba cuatro horas, desde antes de que amaneciera hasta ya entrada la mañana, trabajando en Union Station arrodillado ante un puñado de magnates que apenas me miraban mientras yo pulía su calzado.

Me sorprendía cómo en la zona donde más prisa se concentra por metro cuadrado de la ciudad, un buen puñado de serios hombres de negocios tenían tiempo para sentarse en aquellos asientos similares a los tronos de la realeza mientras un desconocido que apenas hablaba inglés les pasaba un trapo a sus zapatos. Claro está que en ese rato pocos se dirigían a mí, por lo que lo del idioma no era para nada un obstáculo y, además, todos utilizaban durante aquellos escasos cuatro minutos (un par de ellos por pie) su Iphone o Ipad para hacer a saber tú qué operación con la que probablemente ganaban más dinero que el que invertían para pagar por mis servicios como simple limpiabotas.

Lo bueno de aquel trabajo era que cobraba un buen sueldo en poco tiempo, con propinas que en algunos casos eran muy generosas. Me gustaba que no tenía que hablar casi nada con el cliente y que el espacio, a pesar de que estaba situado en el bullicioso paso entre la zona de la venta de billetes de tren y la salida, era cómodo.

Lo malo era que el contacto con las mujeres que pasaban a diario por allí, algunas de una belleza considerable, era nulo porque, claro está, ninguna estaba dispuesta a pagar para que le enlustraran unos tacones de infarto que en algunos casos, y gracias al clima, no eran más que un par de tiras diseñadas para crear una sandalia elegante, sencilla y cara.

Un día me di cuenta de que pasaba los ratos muertos que aquel trabajo me permitía mirando a las mujeres que llegaban cada mañana a Downtown. Llevaba varios meses en aquella ciudad y, a pesar de mi encuentro con Frida, o precisamente a causa de él, echaba de menos tener pareja. No es que en España estuviera acostumbrado a tenerla, pero pensé que si había que cambiar de vida de forma radical, había llegado el momento de echarme una novia.

Yo era un *Green Card Donor*, lo que traducido en el lenguaje llano significaba que era una especie muy apreciada por el sexo contrario (e incluso por el mismo sexo ya que estaba en un Estado donde se aceptaban los matrimonios gays) entre la población extranjera que buscaba cualquier medio para conseguir permanecer en el país de forma legal. Conseguir una novia, aunque en pocos meses me pidiera matrimonio con el único objetivo de ser beneficiaria de mi visado, debía ser incluso sencillo.

Sin embargo, yo no veía que mi suerte con las mujeres hubiera aumentado desde que ganara la lotería. Quizá era porque no iba mostrando la Tarjeta Verde a las mujeres que conocía, o precisamente fuera por eso, porque las que conocía eran escasas.

–El amor es interés. Lo ideal es que ese interés sea hacia ti, pero puede ser hacia tu Tarjeta Verde, tu dinero, tu descapotable o tu capacidad para hacerlas madre – decía el despechado Logan refiriéndose a mí, a él y a nadie en particular.

–Yo no quiero amor, pero tampoco estar toda la vida solo.

–Cuando estés con una mujer querrás estar solo. Siempre pasa.

Quizá fuera verdad, quizá nadie aprende a estar solo ni acompañado. Pero yo, al menos, quería tener la oportunidad para descubrir si sabía estar junto a alguien que no fuera un ex alcohólico en la barra de un bar.

Allí en Downtown sabía que no iba a encontrar a la mujer que necesitaba. Y menos limpiándole los zapatos a un puñado de ejecutivos que seguro que tenían mujer, amante y secretaria dispuesta a todo.

Actores

En la Meca del cine, cada día me encontraba de cara con un actor o con alguien que trabajara en la “industria”, como ellos lo llaman.

El lugar más habitual para que me topara con un buen puñado de actores eran los restaurantes de la ciudad, sobre todo los que se encuentran en la zona próxima a Hollywood. Cualquiera de los cientos de negocios de hostelería estaban llenos, incluso los más cutres. En todos, siempre, había un camarero que aseguraba ser actor.

Llevaba más de dos meses en Los Angeles, trabajando junto al teatro chino y nunca había reconocido a ninguno que con anterioridad hubiera visto en la gran pantalla. Sin embargo, era habitual encontrarme con gente que aseguraba que su profesión era la de intérprete, mientras eso sí, me servían una hamburguesa doble con queso.

Alguno de ellos tenía como gran logro haber participado de figurante en una película de serie B, otros incluso me enseñaban en sus móviles la foto que se habían hecho con éste o aquel actor, con quien aseguraban habían compartido escena, aunque fuera caracterizado de orco. Estaban, además, los que afirmaban estar a punto de firmar un papel que les haría pisar la alfombra roja del Dolby Theatre en los próximos años.

Ser actor en Los Ángeles es un auténtico modo de vida, principalmente porque para ganársela todos se dedican a algo radicalmente distinto a estar delante de una cámara. Me daba la impresión de que el mundo de la hostelería era el lugar que la mayoría elige para conseguir el papel de su vida, quizá esperando que Scorsese entrara por la puerta un día para ofrecerles el papel de su vida o, simplemente, porque aquí todos saben que las propinas son la única salvación que tienen para conseguir tener un sueño que quizá nunca se cumpla.

Una tarde me fui directo al Mel's que hay en Highland Avenue, casi en la esquina de Hollywood Boulevard, para tomar algo después de acabar mi turno en la cafetería. Había unos cuatro camareros, dos chicas y dos chicos, y fue una de ellas la que me atendió.

Era afroamericana y tenía un suave movimiento de caderas que haría enloquecer a cualquiera. Sin embargo, no parecía que sus encantos derritieran a los jefes de casting ante los que intentaba mostrar sus habilidades artísticas.

En lo que se tarda en pedir una hamburguesa con ensalada, patatas fritas y limonada como bebida, ella me contó que era de origen inglés, aunque hacía años que vivía en Estados Unidos, donde otro de los visados más habituales es el que piden los estudiantes de alguno de los afamados cursos de interpretación que normalmente se imparten en Nueva York. Después de vivir en la Gran Manzana y pasar sin pena ni gloria como figurante en dos o tres musicales de Broadway, había cambiado de costa para empezar a probar suerte en aquel mundo en el que la competencia, empezaba a intuir, era atroz.

Cuando volvió con la bebida me explicó que desde que había llegado allí hacía un año, había participado en aproximadamente 20 castings, pero que ninguno encajaba con su talento, aún por descubrir. La suerte, como siempre pasa en estos casos, estaba a punto de cambiar porque un colega de otro restaurante, guionista en ciernes, estaba buscando actores para rodar el piloto de una serie *freak* que había surgido de su mente, más rara aún, para conseguir un contrato multimillonario de la HBO o la Fox.

Fui muchas veces después a aquel restaurante y siempre estaba ella contando la misma historia, idéntica a la que contaban otros muchos camareros de aquella ciudad, a quienes se les negaba la oportunidad de oro con la que todos llegan a aquella ciudad, en la que como yo, no tienes que haber asistido a ninguna prestigiosa y cara escuela de arte dramático para interpretar una vida de película.

Viendo la cantidad de actores sirviendo mesas, me resultaba curioso que luego se conozcan pocos papeles de camareros que hayan pasado a la historia del cine, o al menos, yo no recordara ninguno.

Como yo trabajaba en algo parecido a ser camarero, aunque de una categoría muy inferior si atendemos al baremo de las propinas que recibían ellos en contraposición a las que ganaba yo a lo largo de una semana, decidí probar suerte como actor.

Nunca me lo había planteado, y más después de conocer historias como la de la camarera del Mel's, hasta que una mañana, mientras limpiaba a conciencia los zapatos italianos de un inmigrante venezolano que llevaba un traje de firma americana, escuché que mi cliente se dirigía a mí en español.

–Además de limpiar botas, ¿sabes actuar?

Paré inmediatamente mi tarea y alcé la vista, lo malo de aquel trabajo es que eso te hacía estar a la altura de los testículos de tu cliente, lo cual es casi peor que tener la vista pegada al calzado.

–Nunca me lo he planteado, pero no creo que se me diera mal.

–Pues deberías mirarte esto –me dijo dejándome el periódico que llevaba junto a mi caja de útiles–. Si es que sabes leer en inglés, claro.

–Claro, señor, y entiendo bastantes cosas –medio mentí.

–¡Pues agárralo, mijo!

Dejé el cepillo en el suelo y cogí el periódico. Descifré más o menos que buscaban actores desconocidos para el rodaje de una película. Cumplía todos los requisitos, buscaban personas con marcado acento y aspecto hispano. Yo cada vez estaba más moreno gracias al sol y eso me hacía parecer cada vez más sudamericano que español, sobre todo si teníamos en cuenta que era mediados de noviembre y que por esas fechas, en la madre patria, raro sería que alguien tuviera la piel tan bronceada como la tenía yo.

Le pregunté si me podía quedar con la página, donde además se detallaban las fechas, horarios y localización del casting, y al darme su permiso arranqué la hoja y le devolví el diario. Acabé mi trabajo con aquellos zapatos italianos y, además del precio por la limpieza, me dejó veinte dólares, una página de periódico y un cosquilleo en el estómago que quizá era el mismo que sienten los camareros cuando van a algún casting.

Casting

Un par de días después fui al *hall* del Hotel Roosevelt, un auténtico lugar de culto para el mundo del cine de Los Ángeles, y que para más inri a mí me pillaba casi en frente del primero de mis trabajos, así es que no me fue difícil acudir.

Los problemas llegaron cuando vi la cola. Cientos de aspirantes a actor, camareros en sus ratos libres, esperaban su turno para ser atendidos por un par de mujeres maduritas que eran las encargadas de darte un formulario para rellenar, algo que al menos, te hacía más llevadera la espera.

Pensé volver a ser Marcos, pero desistí usar el nombre con el que sin embargo era conocido los viernes por la tarde, porque si me daban el papel imaginaba que tendría que acreditar mi identidad, y en la Green Card de mi bolsillo no aparecía ese nombre. La verdad es que en ese aspecto no estuve muy acertado, porque allí los sobrenombres artísticos estaban a la orden del día, y está claro que Manuel Ramírez tiene poco o nada de gancho cinematográfico.

A pesar de ello cumplía con los requisitos de la productora. Mi aspecto de galán latino (exceptuando los kilos de más) era inmejorable; muy por encima de los rubieras guapos que acudieron con su título de la Actors Studio de Nueva York bajo el brazo para probar suerte en aquel casting.

Me hicieron algunas fotos nada más entregar el formulario completado, y me estuvieron preguntando algunas cuestiones rutinarias que ya estaban aclaradas en la documentación que acababa de rellenar pero que sin duda les servirían para hacer una primera criba.

La pasé y me dieron un folio con un diálogo en el que mis frases aparecían marcadas con un subrayador fosforescente. Tenía veinte minutos para aprenderme el texto y me pasaron a una sala en la que unos quince chicos morenos sujetaban un folio igual al mío.

Me quedé hipnotizado viendo cómo aquellos aspirantes ponían en práctica el método Stanislavski, mientras yo me aferraba al método Starbucks, que era el único nombre con el que estaba íntimamente ligado y que podía sonar a procedimiento dramático.

Cada dos o tres minutos iban llamando a los que ocupaban la sala antes que yo, y casi al mismo tiempo su hueco se rellenaba con un nuevo aspirante. Me dio tiempo a leer mi texto unas diez veces y a escucharlo en boca de mis compañeros otras tantas. Lo tenía totalmente en mi cabeza, hasta que me llamaron, me acompañaron por un pasillo hacia una sala grande con una tarima en el centro frente a la que había cuatro o cinco tipos sentados con sonrisa torcida y un montón de papeles delante.

Mi mente se quedó en blanco, como mi cara (a pesar del moreno del que presumía) cuando vi que sobre el escenario improvisado, dispuesta a darme la réplica, estaba Frida Kahlo, ya sin el poncho con el que la conocí y sin necesitar una depilación urgente de entrecejo.

Ella pareció no inmutarse ante mi presencia, como tampoco se había inmutado cuando me vio desnudo unas semanas antes en su habitación; y lanzó al aire la primera frase que había escrita en el papel que yo aún sujetaba, perdón, estrujaba, en una de mis manos.

El silencio se apoderó de la sala durante un par de largos segundos, porque hay segundos, está claro, que pesan más en el tiempo que otros, y al momento solté la primera frase sin dejar de mirar a los ojos de Frida, como preguntándole si no me reconocía, si no iba a saludarme, a pedirme perdón por la otra noche, a invitarme de nuevo a su casa y sobre todo a su cama.

Así fue el casting, ella recitando el guión como quien dice la lista de la compra, y yo contestándole desde mis labios con lo que ponía aquella hoja, perdón, gurrúño de papel; y con los ojos preguntándole cosas muy diferentes.

Fue mi primer casting y, también, el primer reencuentro con la única mujer con la que hasta la fecha había tenido algo más que palabras en Estados Unidos, aunque para ella estaba claro que yo había supuesto bien poco.

Nos despedimos con la mirada, y dispuesto a no volver a perder una oportunidad, me quedé a la salida del casting esperando. Una, dos, tres horas. Tiempo en el que pensaba que ella debía estar harta de ver a tipos como yo, que era demasiado guapa para un tipo normalucho, por mucho que jugara a ser galán de cine. Cuando estaba a punto de tirar la toalla, de volver a Los Feliz más triste que nunca, apareció ella por la puerta charlando animada con las mujeres que me habían dado el formulario en el *hall* del Roosevelt.

Me vio a lo lejos y se despidió de las maduritas señalando el camino contrario al que ellas tomaban. Sin embargo se quedó anclada a sus tacones, posados sobre la estrella de Johnny Depp, hasta que sus compañeras estaban demasiado lejos para poder oír cómo ella se dirigía enérgica hasta mí y me propinaba un sonoro bofetón.

Algún turista ávido inmortalizó el momento en su cámara, muchos rodearon su cabeza para presenciar aquella escena tan hollywoodiense, mientras que la mayoría cuchicheaba y se inventaba su propia película.

Yo, protagonista absoluto de la escena principal de mi vida, olvidé mi réplica y no supe encontrar una buena frase que contestar, como seguro hubiera hecho un buen actor de cine o, incluso, un camarero.

A falta de un gran guión, dejé que fuera ella la que comenzara el diálogo, pero ante mi impasibilidad, comenzó a andar decidida sobre un puñado de estrellas (literalmente). A los cinco metros se giró y me espetó: “¿Va a quedarse ahí todo el día?”. Y corrí hasta ponerme a su altura, dispuesto a seguir sus pasos hasta el fin del mundo.

Anduvimos durante cinco minutos sin hablar, sin dirigirnos una palabra ni una mirada. Ella orgullosa, yo incapaz de encontrar una frase que rompiera el hielo y la coraza en la que parecía estar envuelta. Llegamos a Camino Palmero, una empinada cuesta en la que ella había aparcado su coche, un Subaru Legacy bastante antiguo, aunque en su tiempo debió ser incluso bonito.

Metió la llave hasta el fondo de la cerradura y hundió su mirada, mucho más profunda que el cierre, en la mía.

—¿Ahora juega a ser actor? —me dijo.

—No es un juego, yo sólo quiero probar algo nuevo.

—No es más que un pobre camarero, como usted hay mil aquí. Hay que tener mucha suerte para conseguir un papel.

—Yo tengo mucha suerte, ¿sabes?

—¿Es afortunado por poner cafés en Starbucks? Le he visto hoy, antes de la audición, trabajando en la tienda del Teatro Chino.

—¿Por qué no has entrado a saludarme?

—No tengo que saludarle, casi no nos conocemos.

—Eso puede solucionarse.

—No va a volver a mi cama, la otra noche estaba borracha y triste por otra persona. Usted fue sólo un desahogo.

—Pues no te desahogaste bien. Me has tocado hoy más con esa torta que me has dado que la otra noche.

Le tuvo que hacer gracia, porque se dibujó una sonrisa en aquellos labios delgados que yo había besado hacía unas semanas.

—Bueno, me tengo que ir, con algo de suerte nos volveremos a ver.

—Ya te he dicho que tengo mucha, así es que seguro que volvemos a encontrarnos.

—Va a necesitar algo más que suerte, pero no está mal esa actitud. Bye Capitán América.

—Bye Frida.

Frida obviamente no se llamaba así. Tenía un nombre que yo no recordaba, aunque ahora ya no puedo quitármelo de la mente. Aún así, me gustaría guardarlo sólo

para mí, como si con eso consiguiera que ella también fuera sólo mía, como empecé a desear en el mismo momento en el que su mano cruzó mi cara.

Podría inventarme un nombre, como he hecho con el resto de los personajes de esta historia, pero ninguno sería el apropiado. Ya ven qué tontería, es sólo un nombre. Pero mantener una identidad acorde con los datos que aparecen en tu documentación es algo que no siempre es fácil. Por eso, en esta historia ella será sólo Frida.

Después del bofetón, de nuestro corto paseo hasta su coche y de nuestra pequeña conversación, se montó en su coche y desapareció en una ciudad con más de cinco millones de habitantes y miles de turistas diarios. Sería cuestión de tiempo volver a verla, estaba seguro.

Gracias

Que un país tan sumamente egocéntrico como Estados Unidos se paralice para dar las gracias, aunque sólo sea una vez al año, es algo que me sorprendió bastante.

El cuarto jueves de cada mes de noviembre se celebra con bastante devoción *Thanksgiving* en todo el país, que es sin duda una de las fiestas más tradicionales y familiares de una nación en la que en cualquier otra época del año se respira en el ambiente una gran independencia, por no decir pasotismo, entre personas con lazos de sangre.

Por eso, cuando llegas a un país en el que no conoces a nadie y donde no tienes ningún tipo de familia, estos días festivos suelen no diferenciarse mucho del resto. Son uno más del calendario aunque los más afortunados tengan el día libre. Yo trabajaba en una empresa que abre sus tiendas todos los días del año y a casi todas horas, por lo que no sólo me tocó ir a Starbucks, sino que me ofrecí voluntario para el turno de primera hora de la tarde. Gesto que fue aplaudido por un buen número de compañeros que vieron en mí un chollo al que poder pedir cambios de turno cuando se acercaran las Navidades.

Thanksgiving es una fecha para celebrar en familia y, cuando no la tienes, te aferras a tus amigos para no ser el raro que no come pavo en una fecha tan señalada. Para mí aquel día había pasado siempre desapercibido y, aquel año estaba dispuesto a que siguiera siendo igual de intrascendente en mi vida.

Logan tenía a toda su familia en Virginia, de donde además era originaria la tradición de reunirse para dar las gracias por la buena cosecha, pero no estaba dispuesto a irse tan lejos para comer pavo. Así es que juntaba a algunos amigos, ajenos al hecho de que se estuviera desenganchando de su adicción al alcohol, y asaba un ave de dimensiones exageradas en su casa.

Me pidió que fuera uno de sus invitados con la condición de que no comentara nada de las reuniones de los viernes por la tarde. Yo ya me había comprometido en el trabajo, no podía pedir volver a mi turno original y hacer que los aplausos que había recibido de mis compañeros se convirtieran en insultos a media voz (los americanos no son de gritar cuando se están cagando en tus muertos). Así es que rechacé la oferta.

Cuando le expliqué el motivo por el que no podía ir a su casa en una fecha tan señalada, me dijo “de bueno eres tonto” y me obligó a que me pasara cuando acabara el turno.

—Aún estaremos unos cuantos en casa viendo el partido y bebiendo cerveza, tú puedes hacer sólo lo primero si quieres, pero un día es un día.

Tenía gracia que me dijera aquello cuando desde que me confesó los motivos por los que bebía en el mismo bar inmundo en el que se había topado con el amor de su vida (porque esas cosas no sabes nunca dónde te las vas a encontrar) habíamos acabado bebiendo cada semana unas cantidades nada desdeñables para ser dos supuestos ex alcohólicos.

Así es que aquel jueves de finales de noviembre, con un tiempo bastante agradable, acabé mi turno en la cafetería y me dirigí, siguiendo el GPS en el que había introducido anteriormente la dirección que me había dado Logan, hasta su casa.

A pesar de nuestras largas conversaciones y de la amistad más que evidente que parecía que ya era un hecho entre nosotros, nunca antes me había invitado a su casa, y a penas sabía algo del trabajo con el que se ganaba la vida.

—Arreglo cosas —me contestó un día cuando le pregunté.

—¿Eres mecánico?

—Algo parecido —dijo para zanjar la conversación.

Seguendo las indicaciones del móvil me sorprendió llegar hasta un edificio cerca de la UCLA, el mismo al que aquella primera noche de ese mismo mes me había llevado Frida con tal calentón que había sido incapaz de encontrarlo de nuevo tras nuestro último encuentro en Hollywood, y no sería porque no lo había intentado veces dando vueltas por la zona a lomos de mi vieja bicicleta.

Todos mis intentos fueron en vano, pensé que el edificio de apartamentos, de los que hay miles a lo largo y ancho de Los Ángeles, se había desvanecido de la faz de la tierra en esta ciudad en la que es verdad que las cosas se ven diferentes de día que de noche.

Con un poco de suerte, pensé, es buena amiga de Logan y está invitada a su cena. Si hubiera sido aquello tal y como lo había imaginado, además de volver a tener un encuentro bastante novelero, hubiéramos tenido la oportunidad de hablar de una forma más distendida que la última vez. Dudaba mucho que me fuera a tratar con aquella arrogancia con la que lo había hecho hasta entonces, con bofetada como carta de presentación incluida, de haber estado invitada a una comida de aquellas características en casa de un vecino. Pero ya he dicho que el hecho de que hubiera pasado algo así era bastante improbable.

Frida no estaba en casa de Logan, ni lo estuvo en ningún momento de aquella noche. Cuando llegué allí cerca de las nueve de la noche quedaban sólo tres invitados y el anfitrión, los cuatro con un nivel de alcohol en sangre lo suficientemente alto como para que no sólo Logan fuera cada viernes a las reuniones de Alcohólicos Anónimos.

Nada más entrar, me di cuenta de que el apartamento olía a una mezcla de comida chamuscada, cerveza y humanidad. Y no precisamente por ese orden.

Sobre la mesa elegantemente adornada del comedor se encontraba un pavo totalmente envuelto en bacon, porque los americanos son muy dados a disfrazar un animal de otro para las grandes ocasiones. Gracias a que estaba bien empezado pude ver buena parte del relleno que alguien con bastante paciencia había introducido por su ano antes de asarlo, pero no pude averiguar de qué ingredientes estaba compuesta aquella amalgama viscosa.

Lo que quedaba de pavo estaba prácticamente carbonizado. Algo no tuvo que salir bien en aquel horno que ahora estaba abierto de par en par mostrando, a quien tuviera valor de acercarse, una apertura tan negra como el cráter de un volcán. Para evitar escuchar una historia larga y lastimera sobre los problemas del chef en una fecha tan señalada, evité preguntar nada.

Rodeando al pavo había una buena cantidad de platos de todo tipo, ensalada, judías verdes con piñones, revuelto de setas, frutos secos y un bol de puré de patatas con el que podría comer una familia entera desde esa fecha hasta final de año.

Los ‘cuatro fantásticos’ estaban tirados en el sofá, descalzos, tras una fila de botellas vacías de Pacific, una cerveza hawaiana a la que ya sabía que Logan era bastante aficionado, aunque en realidad no le hiciera ascos a ninguna. Miraban fijamente a un gran televisor de pantalla plana en el que parecía que ponían un programa resumen de los partidos de fútbol americano que suelen llenar la parrilla televisiva en un día tan señalado. Algo en lo que, por otra parte, también son bastante diferentes de lo habitual en España, donde hay fútbol casi todos los días del año, menos en los días más festivos, como por ejemplo en Navidad.

Logan me presentó al resto de invitados como Marcos, nombre bajo el que seguía asistiendo los viernes a aquellas reuniones. Aún no había tenido el valor suficiente para contarle la verdad sobre mi identidad a mi amigo de terapia, porque él entendía que todos podemos tener nuestros secretos y así me lo había hecho saber en alguna ocasión.

Lo que menos me interesaba era entablar conversación con aquellos tres ocupantes de sofá porque no creía que tuviéramos nada en común y porque, probablemente, no hubiera entendido ni media de lo que me decían con ese lenguaje en el que se arrastran consonantes y se alargan las palabras hasta convertirlas en frases inconexas. Mi inglés, aunque había avanzado mucho, aún no daba para tanto.

Tampoco me apetecía comer nada de lo que aquella mesa ofrecía en abundancia, tal y como me insistía Logan.

—¡Come algo, Marcos! Que es tu primer día de Acción de Gracias en América, tienes que probar el pavo hoy.

—Tiene todo una pinta maravillosa —mentí—. Pero ya he picado algo en la cafetería —volví a mentir.

–Venga hombre, ¿te trincho un poco?

–Tranquilo, Logan. No es necesario.

–Toma una cerveza al menos –me dijo sacando otra ronda de la nevera.

La acepté encantado. Pero en vez de sentarme junto a aquellos tres gangosos, cogí a Logan del brazo y lo arrastré hasta la cocina con disimulo.

–Logan, ¿te acuerdas de lo que te conté de Frida?

–Sí, claro, la que te dejó a medias la noche de Halloween. Eso sí que es que te den calabazas –rió de forma forzada.

–Pues resulta que es tu vecina.

–¡No jodas! ¿cuál?

–No lo sé, Logan. Pensaba que tú me podías ayudar a saber cuál es. ¿Tantas tienes?

–Pues sí, la verdad es que aquí casi todos son estudiantes. De hecho algunos de ellos pinesan que yo también lo soy. Así es que chicas hay muchas.

–Esta es especial, Logan. Es mexicana, con el pelo largo y negro muy oscuro, bajita, morena de piel.

–Vamos, lo normal en una mexicana –dijo Logan.

–Pero ella es distinta, es el tipo de mujer que me gusta.

–La verdad es que ando despistado con el tipo de mujer que te gusta, Marcos. Reconoce que eres un poco cerrado para eso. Al principio, cuando te conocí, incluso pensé que eras gay y que mirabas a la rubia de las reuniones sólo para aparentar.

–Pues no lo soy, Logan. Si quieres buscamos a tu vecina Frida y le preguntas.

–Vale, vale. Tranquilo machito. Dime qué piso es el de tu amada cejuda.

–¿Si lo recordara crees que hubiera llamado a tu puerta en vez de a la suya?

–Pues tenemos un problema. La única solución es que te plantes en la puerta del edificio a esperar a que Frida salga de su casa.

–¿Eso no queda un poco acosador?

–Bueno, quizá así cuando te vea tenga motivos para plantarte otra bofetada.

Y así, entre las risas de los dos nos fuimos acabando una cerveza tras otra, hablando de cómo las mujeres de nuestra vida se habían empeñado en no ponernos las cosas demasiado fáciles.

Estábamos en un edificio con casi cien apartamentos. Todas las puertas eran iguales y los pasillos eran un laberinto en el que se recomendaba usar brújula. Así es que Frida podía estar detrás de alguna de ese centenar de puertas, o cenando con su familia en cualquier otro punto de la ciudad, o incluso haberse reconciliado con el novio y estar acabando con él lo que no terminó conmigo en el baño de aquel bar ni en su casa.

Me hubiera encantado aporrear las cien puertas del edificio, gritar el nombre que había conseguido recordar después de repasar mentalmente todo el santoral en mis noches de insomnio y, cuando me abriera su puerta, pedirle la oportunidad que creía que me merecía por haberla vuelto a encontrar.

Logan, con la lucidez que tienen algunos borrachos justo minutos antes de caer inconscientes, me dijo que aquello era una locura y que, además, podían acabar echándolo a él como inquilino de aquel bloque de apartamentos. Tal y como me lo dijo creo que tenía alguna advertencia sobre el tema debido a alguna juerga anterior en la que tuvo que armar bastante más jaleo que el que hacen los universitarios en sus fiestas semanales, así es que decidí no hacer ninguna locura.

–No puedes actuar como un acosador, tienes que ser más sutil –me dijo él.

–¿Quieres que en vez de aporrear las puertas las acaricie?

–No es eso, creo que ahora tienes la sartén por el mango. Tú decides cuándo y en qué situación quieres volver a verla.

–Ya lo tengo claro, quiero verla hoy, ahora, y no creo que tenga que explicarte la situación que quiero tener con ella.

–Marcos, hazme caso. Si persigues a una mujer, ella huirá de ti. Ligar, como jugar al poker, es todo estrategia. Lo importante no es tener la mejor mano, sino hacer creer que la tienes, aunque tengas sólo una pareja de doses.

–¿Y cuál es la mano que tengo yo ahora?

–Mala, muy mala, te lo aseguro. Trabajas en un Starbucks y limpiando zapatos, compartes piso, hablas inglés como el culo, tienes una cuenta corriente muy escasa, vas a terapia de Alcohólicos Anónimos pero te emborrachas cada fin de semana, cuentas con una vieja bici como único medio de transporte y estás deseando tener novia.

–Visto así... –dije yo después de escuchar en boca de otro mis miserias.

–Haz que ella tire sus cartas, que crea que contra las tuyas ella no puede hacer nada. Lanza un farol y deja que ella decida si rechazarlo o creerlo y dejar sus cartas a la vista, sobre el tapete.

–Ella juega con las cartas bien tapadas. ¿Y si tiene *Full* desde el principio y aguanta la mano hasta el final?

–Entonces habrás perdido hasta los calzoncillos. Ella no sólo te habrá ganado, sino que además te habrá vapuleado.

–Juguemos al poker entonces, puede que acabe mal, pero no voy a retirarme hasta que juegue todas mis cartas.

–Bien dicho –concluyó Logan a la vez que terminaba otra *Pacífico*–. Hagan sus apuestas, señores.

Después de media decena de cervezas, y sin nada en el estómago, decidí volverme a casa. Había llegado en bicicleta y pensaba volverme en ella a pesar de que ya era noche cerrada y de que yo ya estaba poco acostumbrado al frío que hacía a esas horas.

Logan me insistió en que me quedara, pero trabajaba temprano al día siguiente en Union Station y, además, estaba totalmente convencido de que me iba a encontrar a Frida en los pasillos de aquel edificio nada más salir de casa de mi anfitrión.

Por supuesto, no tuve tanta suerte, y a pesar de que me crucé con un par de jóvenes estudiantes muy guapas que volvían de hacer la colada en la lavandería que había en el sótano del edificio (porque lavar la ropa no entiende de festivos) no tuve la suerte que creía que me acompañaba desde hacía meses. Quizá la estaba empezando a perder o es que, simplemente, esas casualidades eran más dignas de un guión malo de Hollywood que de la vida real, por muy mala que ésta fuera también.

Coincidir tres veces en menos de un mes con la misma persona en una ciudad como Los Ángeles era algo, desde luego, que solo podría pasar en las películas de Serie B.

Diciembre

El mes de diciembre pasó lento, como las cosas que no te gustan. Todo se preparaba para celebrar la Navidad, una fecha que nunca me había entusiasmado especialmente y que presentía que ese año iba a odiar aún más.

Sería la primera que pasaría completamente solo, aunque mis compañeros de trabajo ya me habían cambiado los suficientes turnos como para saber que ese año al menos no tendría mucho tiempo para pensar en lo que solía hacer en aquellas fechas en España.

En el fondo, doblar turnos no me importaba. Aquel mes ganaría un buen pellizco como extra y, de rebote, no tendría que cenar con Alex y su madre, quienes ya me habían invitado a pasar la noche del 24 de diciembre en la casa familiar que los Ivanov tenían en el Valle de San Fernando.

Las casas por las que pasaba desde Los Feliz hasta llegar a mi trabajo en la cafetería estaban adornadas con motivos navideños desde el día siguiente de Acción de Gracias, porque no sólo para Halloween los americanos sacaban su creatividad a relucir con el objetivo de tener el patio más recargado del vecindario. Para Navidad las casas se llenaban de luces, renos y papa noeles (con trineo y todo), aunque el buen tiempo que hacía por aquella época no me recordara al frío que solía hacer en Madrid cuando la calle Preciados se adornaba y las tiendas de Serrano lucían escaparates especiales con motivo de esas fechas.

Los lugares donde hasta el momento había visto que vendían sólo calabazas se convirtieron en establecimientos en los que podías comprar un abeto natural para adornar el salón de tu casa. Me sorprendió el número de todoterrenos que llegué a ver los últimos días de noviembre cargando con uno de aquellos gigantescos árboles en su baca.

Yo en casa, de niño, nunca había tenido un árbol de Navidad de verdad, ni había conocido a nadie que lo tuviera. Nos conformábamos con uno comprado en unos chinos, de plástico y plegable, que ocupaba poco y manchaba aún menos. Los adornos eran bolas de diferentes colores y tamaños que mágicamente iban desapareciendo de un año para otro, hasta acabar con cuatro esferas con el color descascarillado y una estrella que había que pegar con celofán a lo alto del árbol para que no se cayera cada dos por tres.

Yum, un día, nos preguntó a Alex y a mí si queríamos poner un poco más de dinero en el apartado de gastos comunes y colocar un árbol natural en una esquina del salón. Cabe decir que nuestra sala común no era excesivamente grande y que el espacio no sobraba precisamente, pero a pesar de eso, y aprovechado el habitual silencio de Alex, yo me atreví a decir que estaba de acuerdo con la idea. Así es que, con la mayoría de los habitantes del piso a favor, aquella misma tarde fuimos a un Home Depot a comprar el abeto más barato.

Admito que aunque mi espíritu navideño fuera nulo en aquellos días, me divertí colocándole a nuestro árbol todo tipo de adornos, algunos antiguos que ya tenía Yum de pasados años y otros nuevos que compramos en un Target.

La estrella, que se iluminaba a la vez que las luces que pusimos alrededor del abeto, encajaba perfectamente en lo alto del frondoso árbol que ocupó desde principios de diciembre nuestro salón de Los Feliz.

Como ya he dicho, el día 24 de diciembre evité ir a cenar a casa de los Ivanov porque aquella tarde trabajé hasta tarde en la cafetería, donde a pesar de la fecha hubo un goteo intermitente de clientes. La madre de Alex me pidió perdón una y mil veces, pero me dijo que no podían esperar a que acabara mi turno para llevarme con ellos a El Valle, ya que había que preparar muchas cosas en casa. Yo obviamente no podía ir hasta allí en bicicleta, así es que no necesité ninguna de las excusas que tenía planeadas para evitar aquella cena familiar en la que yo no pintaba nada.

Con Logan tampoco podía contar aquel día porque había decidido ir a Virginia a pasar aquellas fechas señaladas con su familia, a la que aseguraba, veía sólo una vez al año.

–Y me sobra, te lo aseguro–. Me dijo con cara de disgusto.

Para su padre, un militar con muchas estrellas en la pechera, que hubieran echado a su hijo del ejército después de estar tan solo en una guerra y haber vuelto sano y salvo de ella, era un deshonor. Él había perdido una pierna en la Guerra del Golfo a principios de la década de los 90, herida por la que regresó antes de que se acabara un par de meses después aquella contienda, descubriendo a su llegada a Virginia que su novia de toda la vida había quedado embarazada después de la efusiva despedida que se dieron en la trasera de su primer coche.

Logan llegó al mundo en mayo de 1991, y desde que fue concebido hasta que nació, pasó más tiempo que el que duró aquella guerra, tiempo suficiente para que su padre perdiera una pierna y ganara una esposa con la que tuvo que casarse cuando ya había claras evidencias del embarazo.

Con él no podía contar y la verdad es que no me importó. Desde aquella cena de Acción de Gracias, y sabiendo que Frida vivía allí, había pasado muchas noches en casa de Logan con la vana esperanza de cruzármela algún día. Mi grado de alcohol en sangre había llegado hasta niveles cercanos a la alcoholemia, pero nunca llegué a ver allí a la que por aquellos días pensaba que era el amor de mi vida. Las cosas trascendentales que llegas a pensar cuando estás demasiado solo y borracho, ya ves.

Frida era un espejismo, un sueño que de no ser por los besos que me dio en West Hollywood y la bofetada que me plantó a las puertas del hotel Roosevelt hubiera llegado a creer como producto de mi imaginación.

A esas alturas de la jugada estaba convencido de que era improbable volver a encontrármela por casualidad en aquella ciudad, no sólo por las dimensiones de Los Ángeles, sino porque yo apenas hacía algo distinto que ir a ganarme la vida a mis dos puestos de trabajo, disfrutar de la playa alguno de mis escasos días libres, ir a las reuniones de los viernes por la tarde y de bares (de esos a los que ella seguro que no iba nunca) con Logan cualquier noche de la semana.

Así es que pasé Nochebuena solo en casa. Alex estaba en El Valle y Yum había desaparecido también sin darme ningún tipo de explicación, a lo que no estaba obligado, pero que en una fecha como aquella me hubiera gustado recibir, aunque sólo fuera porque quería pensar que se preocupaba más por sus compañeros de piso que por sus músculos. Me equivocaba.

Llegué al apartamento pasadas las ocho de la tarde, en la casa de mis caseros se veían luces, algo que era inhabitual en ellos a aquellas horas en las que solían estar y acostados, rigiendo sus horas de sueño por la luz solar y no por lo que marcan los relojes. Tendrían familia invitada a la mesa, pensé, y me metí en mi pequeño apartamento dispuesto a encender las luces del árbol y quedarme horas mirándolas.

Aquel día, después de más de tres meses allí, lloré como un niño pequeño y me acordé de lo poco que había dejado en España y de lo poco que había conseguido tener en Estados Unidos, si aquella noche hubiera puesto ambas escaseces en una balanza, no sé cuál de las dos partes hubiera pesado menos.

Me quedé dormido en el sofá con la ropa del trabajo y cuando me desperté era aún de noche, así es que decidí desvestirme y meterme en mi cama, no tenía ganas de que llegara Yum con alguna de sus jóvenes conquistas (nunca se acostaba con una chica mayor de treinta) y tener que ver en directo cómo para algunos la noche fue realmente buena.

Unas horas después me levanté con un hambre descomunal. No había cenado nada la noche de antes, y tras darme una ducha decidí ir a desayunar a uno de mis sitios preferidos en la ciudad: Maxwell's, un bar grasiento en el que te servían el mejor bacon que jamás haya probado y su tradicional café en tazas marrones descascarilladas.

Así, el día de Navidad, mientras en las casas de Los Ángeles los niños abrían los juguetes que les había traído Santa Claus, yo estaba tomando un café aguado y unos huevos revueltos con bacon y tortitas cerca del *pier* de Venice.

Cuando hube dado buena cuenta de aquel desayuno, bajé hasta la playa para comprobar cómo incluso en aquel día tan señalado había gente tomando el sol sobre la

arena. me acordé de los topless de las italianas y de que aún debía tener el teléfono de Paola en algún sitio, aunque nunca hubiera tenido deseos de llamarla.

Comencé a andar hasta Santa Mónica y, desde Main Street, tomé un autobús de vuelta a casa, dispuesto a prepararme para hacer el turno de tarde en el Starbucks y acabar el día de Navidad como cualquier otro, aburrido y solo.

Afortunadamente no fue otro día triste en la vida de un camarero de cafetería. Serían las seis de la tarde cuando mi compañero de la caja me pasó un vaso con el nombre de Frida escrito con un rotulador negro y el símbolo que indicaba que había que rellenarlo con un capuchino.

Miré al frente como si en mi cuello hubiera un resorte y allí estaba ella. Después de estar un mes buscándola sin descanso, había sido Frida la que había venido a verme. No estaba preparado para jugar una mano de poker en la que mi oponente tuviera tanta ventaja.

Gracias a que en aquel momento no había muchos clientes en la tienda, cuando Frida recogió su café del mostrador, me rozó la mano con la que acababa de dejar el vaso en la encimera y aunque por aquel entonces tenía siempre las yemas quemadas de servir cafés hirviendo, noté otro tipo de calor mucho más abrasador.

–Feliz Navidad –me dijo.

–Feliz Navidad, me alegra volver a verte.

–Viendo que no era capaz de encontrarme he decidido ponerle las cosas fáciles, al final puede que sí sea usted un tipo con mucha suerte.

–No te creas que no te he buscado, pero no consigo acordarme del número de tu apartamento.

–¿Mi apartamento? ¿cómo sabe dónde vivo?

–Estuvimos allí una noche, no sé si te acuerdas...

–Ese no era mi apartamento, era el de una amiga universitaria con la que estaba pasando unos días.

–Entonces he buscado en el sitio equivocado.

–Eso parece, pero me alegra saber que ha pensado en mí.

–Más de lo que te imaginas, pero ahora tengo que seguir trabajando, lo siento—. Le dije cuando vi que se me acumulaban los vasos vacíos a la espera de ser llenados.

–¿No tiene un descanso?

–Hasta dentro de media hora no, si puedes esperar hablamos de lo que quieras.

–Espero, estaré ahí fuera –dijo señalando las dos mesas que había a las puertas de la cafetería.

Aquel día tuve que esperar a que pasara la media hora más larga de toda mi vida. Pensé mucho en lo que iba a decirle cuando tuviera la oportunidad de sentarme a su lado. Me sorprendía que ella hubiera venido hasta mí en son de paz, que incluso aceptara esperarme, que se alegrara de que hubiera pensado en ella y que estuviera fuera echándole miradas de refilón mientras sorbía su capuchino. ¿Qué jugada de cartas escondían sus ojos? Me preguntaba yo incapaz de descubrir la verdad.

Media hora después, con un discurso totalmente estructurado en la mente que nunca llegué a pronunciar, salí a su encuentro. La noté nerviosa. Llevaba un vestido veraniego muy acorde con el día soleado que estábamos viviendo aquel 25 de diciembre, tenía un escote que dejaba entrever unos pechos que no recordaba tan voluminosos, evité mirarlos para no recibir otra bofetada, aunque era evidente que me gustaba lo que veía.

–Pues tú dirás –le lancé yo para intentar saber qué cartas jugaba ella.

–Vengo a pedirle perdón.

–No me has hecho nada, así es que no entiendo porqué me vas a pedir perdón.

–Por la bofetada, por ejemplo.

–Bueno, eso ya casi lo he olvidado—. Dije acariciándome la cara como si aún me doliera.

Ella sonrió y miró al suelo. Aquel simple gesto era algo raro en ella. Recordaba que las dos veces que la había visto había sido muy decidida y, desde luego, nunca antes había parecido tener miedo a mirarme a la cara.

–Nos conocimos en muy mal momento.

–La noche de Halloween es una locura, sí, pero para mí no fue un mal momento, al contrario.

–Mire, quizá es mejor que sea directa, tampoco creo que tenga mucho tiempo.

–Quince minutos –dije yo.

–Entonces mejor decirle las cosas claras: estoy embarazada.

–Pues mío no puede ser, eso seguro—. Fue lo primero que pude decir después de conseguir salir de mi estado de *shock*.

–Qué gracioso. Desde luego que no es suyo, sé muy bien quien es el padre, y él también lo sabe, aunque le importe poco.

–Bueno, yo no me quiero meter en medio de una pareja, y menos si están esperando un hijo.

–No hay pareja, ese es el problema. Pensaba que era el amor de mi vida pero no lo es.

–Yo pensaba lo mismo de ti, pero quizá tampoco lo seas.

–¿Por qué estoy embarazada?

–No, porque no sé muy bien qué pinto yo en todo esto. Está claro que sé demasiado poco de tu vida como para pensar que podemos ser compatibles.

–No pretendo que sea mi pareja ni nada de eso, sería pedirle demasiado. Pero sí quería decirselo para que entendiera porqué aquella noche le llevé a aquel piso y luego no pasó nada. Me hubiera encantado, pero acababa de enterarme de que estaba embarazada y mi novio me había dejado. Aquella noche me emborraché por última vez y usted me gustó, pero cuando me vi con usted en la cama, entendí que aquello no estaba bien.

–Me alegra saber que no fue porque me viste desnudo.

–Tranquilo, no miré mucho –rió ella.

–¿Y cuando nos vimos en el casting?

–Allí simplemente me sorprendió verle, pensé que era un loco que quería algo más de mí. Me asusté, sólo eso. Pero aquel día me gustó más que en Halloween.

–No deberías pegar a la gente que te gusta.

–Perdone, son las hormonas.

–¿Y hoy?

–He pasado varias veces por aquí, le veía por la cristalera, y me empezó a gustar.

–Así que la loca eres tú. No está bien vigilar a la gente en su trabajo.

–Lo sé, pero no tenía valor para entrar.

–¿Y hoy sí?

–Hoy es Navidad, salí de casa pensando que si le veía hoy trabajando le saludaría. Quizá es una tontería, o será el espíritu de la Navidad.

–O las hormonas.

–Exacto.

–Me alegra verte, Frida. Pero tengo que volver a trabajar.

–Gracias por escucharme, Capitán América.

–Llámame Marcos y tutéame, por favor –le dije volviendo a sacar aquel nombre a relucir, convencido de que nunca antes le había dicho que me llamara Manolo y amparado en que en mi placa de empleado de Starbucks ponía M. Ramírez como única identificación.

–¿Podemos volver a vernos algún día?

–Claro, si pasas por aquí, entra siempre a saludarme. No esperes a que sea otra vez Navidad.

Me dio un beso en la mejilla y noté el roce de su cuerpo. Dentro de ella se estaba gestando una nueva vida y se notaba en su cara que aquel embarazo era deseado y rechazado a la vez.

–Así es que vas a ser madre, Frida –dije en voz baja cuando ella ya estaba lo suficientemente lejos como para no escucharme.

Y volví a trabajar como si el amor de mi vida se hubiera evaporado. Convencido de no estar dispuesto a volver a ocupar un lugar que no me pertenecía, ni a vivir una

vida que no estaba destinada para mí.

Por eso y por cobardía, para qué engañarnos, aquel día me propuse dejar de soñar con la idea de tener algo más con Frida. Pero no lo conseguí.

Navidad

Volví a casa de noche. A pesar de la buena temperatura del día, no podía olvidar que era diciembre y anocheceía terriblemente pronto en aquella ciudad, dando paso a un frío llegado del Pacífico que por primera vez me hizo sentir que estaba en el día de Navidad. “Menudo regalo me has dado, Frida”, pensaba aún sin poder asimilar lo que había pasado aquella tarde.

No entendía qué quería a esas alturas de la película Frida de mí. Tampoco tenía claro los sentimientos que yo tenía hacia ella y mucho menos hacia el hijo que esperaba. Los hombres somos muy egoístas, es cierto, pero también es verdad que cuando algo no es nuestro, tampoco lo queremos. Y eso que yo había aceptado aquella Green Card que sentía que no me pertenecía, pero aquello era muy distinto.

No tenía fuerzas para pensar, tenía las manos muy calientes por el café y la cabeza hirviendo de tanto darle vueltas a aquello. Necesitaba sentarme y dejar la mente en blanco, quizá, al llegar a casa pudiera encender las luces del árbol y mirarlo durante horas como había hecho la noche anterior.

Cuando estaba llegando hasta el apartamento me di cuenta de que aquello no iba a poder ser posible. El abeto, junto al de otros vecinos, estaba tirado delante del contenedor de basura.

Cuando entré en casa le pregunté a Yum por qué había tirado el árbol.

–Qué querías que hiciera con él, ¿congelarlo como a Walt Disney?

–Podrías haberlo dejado hasta después de Reyes, como en España.

–¿Reyes? Te recuerdo que aunque ahora no gobiernen los Republicanos, aquí no hay reyes.

–Los Reyes de Oriente, los que traen los regalos a los niños.

–Aquí ya ha llegado Santa Claus, los niños ya tienen sus regalos y, por cierto, tranquilo que debajo del árbol no había ninguno para ti. Lo siento.

–Para ti tampoco –le dije visiblemente molesto.

Definitivamente, en Estados Unidos había pasado la Navidad. Habían acabado los turnos maratonianos en la cafetería y todo había vuelto a la normalidad, aunque en mi caso nada hubiera cambiado aquellos días, ni siquiera después de la visita de Frida.

El siguiente viernes, aquel 27 de diciembre, acudí a la reunión de Alcohólicos Anónimos esperanzado en ver de nuevo a Logan, pero no estaba. “No habrá vuelto aún de Virginia”, me dije a mí mismo.

Me pasé la sesión mirando a la chica Playboy, pensando si sería capaz algún día de decirle algo ingenioso con lo que poder iniciar una conversación con ella y quizá, quién sabe, algo más.

No me atreví a hacerlo aquella tarde, quizá el siguiente viernes estuviera más preparado, me decía a veces para excusar la cobardía que me caracterizaba desde mi llegada al país.

Así es que cuando acabó la charla, a la que yo cada vez le hacía menos caso, y los compañeros de grupo empezaron a desalojar el salón de actos de aquella vieja iglesia, me quedé de nuevo solo y sin saber qué hacer. Por primera vez desde que estaba en Estados Unidos estaba realmente cansado, una fatiga de las que nacen desde dentro y que aunque no sea visible exteriormente, quien la sufre la nota como si hubiera corrido una maratón.

Lo achaqué a aquel *planning* laboral de infarto, a cómo conseguía compaginar los dos trabajos con los que pagaba mis facturas sobradamente, a mis madrugones, a las horas de sueño, a las prisas, a sentir que a pesar de tantos esfuerzos, no tenía ninguna recompensa.

–Marcos, ¿te pasa algo? –oí a mi espalda hablar a Mike, el *coach* del grupo, con el que no compartía demasiado y al que consideraba poco menos que un charlatán con título.

–Nada, gracias. Estaba pensando lo rápido que pasa el tiempo.

–No pienses en lo fugaz del tiempo, sino en los avances que hacemos. Tú por ejemplo ahora hablas mucho mejor inglés. Recuerdo cuando llegaste, que no podías expresar lo que sentías y ahora eres capaz de hacerte entender.

–No me quedaba otra opción –le dije.

Era verdad, en aquellos meses había avanzado mucho con el idioma. Ya era capaz de entenderlo casi todo gracias a mis largas charlas con Logan y Peter. A los esfuerzos que la señora Ivanova, que en otro tiempo debió ser maestra, hacía por explicarme gramática inglesa y, sobre todo, al día a día en una ciudad en la que los diccionarios sobran.

Afortunadamente, la amalgama de personas que componen Los Ángeles me permitía hablar en mi idioma materno cuando lo necesitaba. Siempre había hispanohablantes (fundamentalmente mexicanos) atendiendo las mesas de cualquier restaurante, aunque también hablaba con algunos de los turistas que pedían café en mi trabajo, con los dependientes del supermercado, con algunos compañeros del grupo de ex alcohólicos, pero sobre todo, con Frida, con la que desde aquel día de Navidad empecé a pasar mis descansos por las tardes.

Me despedí con delicadeza de aquel *speaker* profesional, alegando una fatiga que no era falsa, y aunque debí haberme ido a casa directo, cogí un autobús y acabé en el tugurio donde bebí cerveza por primera vez con Logan.

Aunque habían sido muchas las veces que había acompañado a mi amigo a aquel bar, aquella fue la primera vez (y la última) que lo hice solo. Dispuesto a beber sin compañía, como lo hacen los borrachos de verdad, porque quizá yo estaba empezando a serlo.

La camarera de escote grande se dirigió hacia mí en cuanto hube tomado asiento en una de aquellas banquetas incómodas que había detrás de la barra.

–Hola guapo, ¿y tu amigo?

–Hoy no ha podido venir, pero seguro que le hubiera encantado estar aquí contigo –le dije convencido de que era verdad.

–Bueno, por mí mejor así. Creo que tú eres más interesante que él, y me encanta tu acento–. Me dijo con media sonrisa.

Yo me quedé paralizado, no podía ser que la camarera con la que soñaba mi mejor amigo, y con la que yo mismo lo hacía de vez en cuando, me estuviera tirando los trastos aprovechando su ausencia. Intenté poner en una balanza qué necesitaba más en aquel momento: un polvo o un amigo.

Por eso, cuando tomé dos o tres cervezas, pagué mi cuenta y dije que me iba, decliné su oferta de acompañarme a casa. No podía permitir que la mujer que había hecho que un ex alcohólico volviera a beber acabara aquella noche en mi cama.

Propósitos

Acababa 2013. Un año tan importante para mí que hubiera preferido olvidarlo. Quizá no estaba preparado para asumir un cambio tan importante como el que tuve que dar el 13 de septiembre, un viernes trece en el que pensé que al fin había tenido buena suerte.

Quizá no sea políticamente correcto decirlo, pero echaba de menos mi vida del pasado, aquella triste existencia embutida en crisis que no era mucho mejor que la que tenía a un paso de empezar 2014.

Echaba de menos a la persona que había sido en el pasado, a poder expresarme libremente en mi propio idioma, a tomarme unos cubatas sin tener que esconderme como lo hacía con Logan, a tener un trabajo apropiado para un treintañero que busca algo más en la vida que poner cafés que saben a cualquier cosa menos a eso. Echaba de menos a aquel que fui, que dejé en España y que ya no podía volver a ser, nunca más.

Me había estrellado en la idea de tener algo con Frida, aunque sonriera cada vez que recordaba que había venido a buscarme y aunque quisiera ocultar el hecho de que sentía algo más por ella de lo que estaba dispuesto a admitir.

Logan, a pesar de todas las cosas que ocultaba y de no ser un ejemplo a seguir, se había convertido en pocos meses en mi mejor amigo y cuando estaba con él notaba entre nosotros una conexión única.

Peter era alguien con el que podía salir de vez en cuando, aunque sólo hablara de superhéroes y a veces pensara que estaría más cómodo trabajando en el museo de los *freaks* de Venice que en Hollywood Boulevard haciéndose fotos con los turistas.

El resto eran conocidos que lejos de ponerme las cosas fáciles, consideraba que eran personas a las que tarde o temprano debía dejar de lado.

Pensé que era hora de hacer propósitos para el año que comenzaba. Que una vez superada aquella primera toma de contacto era tiempo para tomar las riendas de mi vida.

Así, mientras en España dejaban de servir copas en los cotillones y amanecía por primera vez en 2014, yo, a 10.000 kilómetros estaba esperando, con una lista de buenos propósitos en la mano, a que dieran las doce de la noche para empezar un nuevo año. Qué iluso era entonces, cuando creía que podía manejar a mi antojo una vida que no me pertenecía, cuando pensaba que éste iba a ser mi año, sin imaginar lo que sé ahora: que, probablemente, ni siquiera lo acabe.

La primera decisión fue dejar el trabajo de limpiabotas en Union Station. Aquella semana había llamado a mi jefe para decirle que dejaba el puesto a partir de primeros de año. Que necesitaba limpiar mi orgullo con el mismo esmero con el que limpiaba los zapatos a los ejecutivos. Las horas extra que había trabajado en las últimas semanas en la cafetería me habían hecho ganar una buena suma de dinero con el que podía permitirme un par de meses con sólo un trabajo y ocupar el resto del tiempo en buscar algo más acorde con mi formación y sobre todo con mi edad.

Necesitaba tomarme un descanso. Los horarios de infarto, mis viajes en bicicleta y, sobre todo, la falta de jamón y mantecados, habían hecho que por primera vez en mi vida adelgazara en Navidad.

Frida no sabía que tenía dos trabajos, aunque le comenté la idea de buscar uno nuevo. Me cogió las manos que por entonces estaban siempre rojas a causa del calor de aquellas bebidas recién traídas del infierno que servía en la barra de un Starbucks y me aconsejó con aquella voz dulce con acento de ranchera que aún hoy me desarma al oírla.

–Lo que querás menos hacerte actor –me dijo Frida una tarde de principios de enero, cuando ya había conseguido que me tuteara.

–Te sorprendería lo bien que interpreto –le contesté.

–Te recuerdo que te di la réplica en aquel casting, y sinceramente, no fuiste convincente.

–Sería porque estaba nervioso de actuar delante de ti. Pero ahora ya se me han quitado los miedos.

–Mejor busca algo con menos competencia.

–Si te enteras de algo, avisa.

Otro de los propósitos que me planteé fue dejar de estar solo. Para ello no se me ocurrió mejor idea que proponerme dejar de mentir. Notaba sobre mis hombros el peso de una condena, no la liberación que supuse que aquella Tarjeta Verde me daría.

Aquel punto era demasiado complicado de llevar a cabo, y sobre todo dudaba de la efectividad de su puesta en práctica. Podía conseguir ser yo mismo, pero quizá aquello, lejos de permitirme dejar de estar solo hiciera que los pocos que tenía a mi lado acabaran dándome la espalda.

También decidí dejar de beber. Desde octubre solía salir al menos dos veces a la semana con Logan y, acabáramos o no en el bar en el que la camarera que a él le gustaba y a mí me tiraba los trastos nos ponía una cerveza tras otra, siempre terminábamos con una buena melopea.

Escribí seis o siete propósitos más, entre los que incluí comprar un coche, aprender a hablar perfectamente inglés, irme a vivir a un apartamento cerca de la playa, pedirle una cita a la rubia de las reuniones de Alcohólicos Anónimos o ir al Cañón del Colorado.

El mismo uno de enero, después de tener clara la lista con mis propósitos de Año Nuevo, Logan apareció en el Starbucks, esperó a que acabara el turno y me llevó, ya de noche, hasta Hollywood Forever, un cementerio en el que no puedes ser enterrado a no ser que seas famoso o tengas demasiado dinero.

Allí, entre auténticos mausoleos, césped bien abonado y un lago central con el agua cristalina, mi tétrico compañero de escapadas nocturnas sacó un par de cervezas que guardaba en la mochila con la que había aparecido, y me invitó a brindar por el nuevo año, y yo, claro, lo hice.

Mientras bebíamos le hablé de Frida, de mi árbol de Navidad, de Yum y de mis turnos maratonianos en el trabajo. Él casi no abrió la boca, lo cual debió hacerme sospechar que algo no iba bien.

Finalmente se disculpó por no haber llegado a tiempo para la reunión de aquel pasado viernes.

–Mi vuelo se retrasó.

–No pasa nada, tampoco te perdiste gran cosa–. Le aseguré.

–Ya, pero me hubiera gustado traerte aquí aquel día. ¿Qué hiciste después de la reunión?

–Nada, estaba cansado y me fui directo a casa. –Mentí.

Fue así como aquella noche, con Logan, incumplí los dos principales propósitos que me hice para 2014. Cuando llegué a casa los taché de aquella lista, pero como siempre pasa en estos casos, y como ya habréis imaginado, no fueron los únicos.

Frida

Frida comenzó a venir cada tarde a la cafetería. Trabajaba cerca, en una academia de actores para extranjeros, una empresa que no tenía ningún prestigio en el mundillo, pero a la que se apuntaban muchos aspirantes a estrella venidos de cualquier parte del mundo. El éxito del negocio hizo que contrataran a una chica como Frida: guapa, joven y con experiencia en castings, donde trabajaba de vez en cuando para dar la réplica a los candidatos de habla hispana.

A la salida de su trabajo, en el que tenía un horario bastante flexible, se pasaba por el mío y aprovechaba mis quince minutos de descanso contándome cosas sobre su vida en México. Sobre todo hablábamos de lo que le había costado adaptarse a la ciudad que ahora compartíamos. Me gustaban aquellas charlas distendidas, en español y en las que descubrí que teníamos muchas cosas en común al ser dos inmigrantes en un país extraño, aunque hubiera también claras diferencias entre nosotros. Ella había llegado con su familia cuando pasaba de la niñez a la adolescencia, y yo había aterrizado allí a mis treinta y pocos, más solo que la una.

A pesar de mi rechazo inicial, cada día veía como iban creciendo mis deseos hacia ella, a la vez que lo hacía su barriga.

En un mes, su estado de gestación pasó del desagradable momento en el que un embarazo parece un exceso de gula, a cuando definitivamente la curva de la tripa, la posición de las caderas, la forma de andar y el aumento de pecho dejan clara la evidencia.

Cuando Frida dejaba a un lado la coraza con la que se protegía, sus miedos y su aparente frialdad inicial, se convertía en una mujer abierta, divertida, madura a la fuerza e infantil por convicción propia.

–Serás buena madre –le dije un día.

Ruborizada y con el miedo a lo desconocido en su mirada me dijo que le hubiera gustado seguir siendo una niña más tiempo.

A mí nunca me pareció que los casi diez años de ventaja que le llevaba fueran un impedimento para empezar una relación con ella. Sin embargo, el hecho de que fuera a ser madre me paralizaba. No porque no me hubiera gustado ser padre, o porque no quisiera serlo con ella, sino por el hecho de ocupar un lugar que sabía que no me pertenecía.

Ella conocía mis reparos aunque, sin saber los verdaderos motivos, imaginaba que tenía miedo al compromiso y a formar una familia.

–Quien me quiera a mí tiene que quererlo a él –decía acariciándose la curva que le nacía desde debajo del pecho.

Y cuando decía aquello, yo pensaba que querer de golpe a dos personas con la misma intensidad no debía ser nada fácil.

Ahora que han pasado unos meses desde aquellas charlas, estoy convencido de que a Frida la he querido como nunca he querido a nadie. Sin embargo, en este tiempo, ella nunca me ha demostrado que yo pudiera ser algo más que un padre para su hijo. No la culpo, yo en su situación quizá también hubiera buscado más estabilidad y menos amor.

–Lamentablemente los hombres no se quedan embarazados –me dijo un día –si lo hicierais quizá el mundo sería más humano.

–Lo dudo –le contesté–. Si nosotros fuéramos los únicos que trajéramos a nuestros hijos a este mundo, la especie se hubiera extinguido en la segunda o tercera generación de la humanidad. Los hombres somos demasiado egoístas.

–¿Tú lo eres? –preguntó.

Le dije que no, porque es lo que hay que contestar en esos casos. Como cuando contestas que no vas a matar al presidente de los EEUU en el cuestionario que tienes que rellenar antes de entrar en el país. Es de esas preguntas que sabes la respuesta correcta que puntúa para nota en el examen, aunque te gustaría contestar otra cosa, o simplemente la verdad. Y no es que tuviera ganas de matar a ningún presidente americano, que conste, pero lo de ser egoísta es muy distinto.

Por eso contesté que no, porque era lo que Frida quería oír, a pesar de que yo siempre he tenido claro que soy muy egoísta. Lo soy porque no puedo soportar la idea de que Frida se enamorara de otro antes que de mí y porque no soporto la idea de saber que en el caso de que hubiera decidido empezar una relación con Frida, fuera a pasar a segundo plano desde el mismo momento en el que ella tuviera a su bebé en brazos.

Soy egoísta por eso y porque hay cosas que aunque sepas que no te pertenecen, quieres que sean sólo tuyas y si eso no es posible, prefieres renunciar a ellas antes que conformarte con sólo una parte. Será por eso, quien sabe, por lo que creía que nunca volvería a hablar con el amigo que dejé en España sin la Green Card.

Fue así como, a pesar de deseársela como nunca me ha pasado con nadie, no me involucré demasiado con ella. Hasta que una tarde, a finales de enero, me propuso quedar fuera de aquella cafetería, pasar conmigo más de los 15 minutos de mi descanso, en los que además, como un tic nervioso, yo miraba la hora constantemente.

–Hoy acabas pronto, si quieres te llevo a un sitio –me dijo un viernes.

–Hoy no puedo, pero mañana tengo todo el día libre–. Le dije sin especificarle a dónde iba aquellos viernes por la tarde en los que pedía en el trabajo el turno que acababa a las cuatro.

–De acuerdo, pues mañana podemos pasar todo el día juntos. Quiero llevarte a mi lugar favorito en ésta ciudad.

–¿Dónde?

–Es sorpresa –me dijo–. Sólo dime que vas a acompañarme y que vas a dejar ese maldito reloj en casa.

–De acuerdo, mañana haremos lo que tú digas. Lo que yo quiero hacer contigo no creo que me dejaras –bromeé.

–A las 10 de la mañana te espero en Union Station. ¿Sabes Llegar?

–Claro –contesté sin detallarle que había trabajado allí un par de meses limpiando zapatos.

Yo volví al trabajo y ella imaginó que se iría a casa para organizar la visita que me tenía preparada.

Al día siguiente ella estaría a las 10, puntual, esperándome en la estación para llevarme a Placita Olvera. El lugar donde ella se sentía como en casa gracias a las raíces hispanas que aún permanecen en aquel pequeño espacio que parece estar detenido en el tiempo. Aquel lugar, ubicado entre Downtown, Chinatown y Little Tokio, era su favorito como lo era el mío Palisades Park. Aquel lugar donde quién sabe si tenía pensado decirme que me quería.

Nunca sabré que hubiera pasado aquel día porque yo no aparecí.

Ciénaga

Era 25 de enero, el primer sábado que libraba en aquel año que aún estaba casi por estrenar y había quedado con ella, la única persona con la que me hubiera gustado estar aquel día, pero la tarde de antes había tenido reunión con los del grupo y después de la misma salí con Logan.

En aquella ocasión vinieron algunos más, así es que la noche no estuvo aderezada del alcohol que él y yo acostumbábamos a ingerir en cantidades industriales cuando íbamos solos. Esa noche, además, vino por primera vez la conejita Playboy, animada por la chapa que le dio previamente Logan en el receso del café, quien a estas alturas no creo que haga falta que diga que es muy convincente cuando se propone algo.

Ella se llamaba Samantha, con hache intercalada, y a pesar de mis elucubraciones, no trabajaba a las ordenes de Hugh Hefner. En su vida diaria era recepcionista en la consulta de un dentista en Citadel, un barrio que yo ni siquiera sabía ubicar en un mapa.

Aquella noche fuimos de visita a La Ciénaga. Un parque con poco verde en el que huele a fuel gracias a las charcas en las que es posible ver el burbujeo del petróleo en su intento por salir a la superficie. Un lugar que debería ser un punto negro en mitad de esta inmensa ciudad y que, sin embargo, tiene un encanto único que se ha sabido explotar como lugar recomendado en las guías de viajes.

Allí, junto a las vallas que rodean las zonas en las que borbotea el gas y el fuel, me atreví a hablar por primera vez, cara a cara, con aquella chica que quería creer que era algo más que un cuerpo de escándalo en proceso de desintoxicación.

–Bonito sitio –le dije dispuesto a romper el hielo con una frase absurda.

–¿Has estado alguna vez aquí antes? –preguntó ella.

–Nunca –le dije mirando a los animales de piedra que dan un toque de irrealidad a aquellos estanques –¿Y tú?

Ella rió con ganas debido a lo absurdo de la cuestión, con esa dentadura perfecta que sin duda era la mejor carta de presentación del dentista para el que trabajaba.

–Claro que he venido antes. De hecho vivo ahí enfrente, en Park La Brea.

–Pues entonces me he buscado buena guía para que me enseñe esto.

–Esto tiene poco que ver. Aquel edificio de allí es el museo de Historia Natural, y detrás está el lugar con más farolas por metro cuadrado del mundo.

–¿En serio?

–Déjame que te lo enseñe y lo entenderás –me dijo cogiéndome de la mano y alejándose del grupo.

Al fondo noté la mirada de Logan en aquellas manos entrelazadas, no sabía si era de envidia o de aprobación, pero me dejó marchar con la rubia.

A pocos metros de aquel parque, en una explanada a la vuelta de aquel edificio de diseño que alberga en su interior obras de arte que yo nunca contemplaré, Samantha me mostró un bosque de farolas encendidas en la noche angelina. Cientos de turistas se hacían fotos en aquel enjambre de luces y, en el medio, una pareja de recién casados se dejaba immortalizar en poses poco naturales por un fotógrafo que con sus focos iluminaba aún más aquel espacio cuya factura eléctrica debía ser de infarto.

Samantha insistió en hacerme una foto colgado a lo Gene Kelly de una farola aprovechando que tenía dónde elegir. Me tomó una instantánea con su móvil plateado, aunque cuando le pedí que me la enseñara me dijo que salía muy guapo pero rehusó a mostrármela. No era más que una chiquilla disfrutando con un nuevo juguete y yo me dejaba hacer rendido a sus encantos.

Apareció el grupo de cuatro o cinco que nos acompañaba aquella noche y se rompió la complicidad que en pocos minutos se había creado entre nosotros. Samantha guardó su móvil en el bolso y yo guardé las ganas de acostarme con ella aquella noche para otro día. Porque aunque no pudiera quitarme a Frida de la cabeza, los hombres somos así.

En lo más profundo de mi inconsciencia justificaba un posible polvo con Samantha como algo de lo que Frida no podría reprocharme nada ya que a la rubia la había conocido antes. También es verdad que de haber pasado algo, tampoco hubiera ido corriendo a contárselo a ella.

Samantha me sorprendió aquella noche por la decisión con la que hacía las cosas, a pesar de que en las reuniones pareciera de las más tímidas y rara vez abriera la boca. No me la imaginaba bebiendo hasta la extenuación como había visto ya en alguna ocasión a Logan, pero está claro que en eso del alcohol hay diferentes formas de emborracharse.

–Perdona, pero nunca he escuchado tu historia en las reuniones, no te imagino bebiendo sola en un bar.

–Porque no lo he hecho nunca. Una chica como yo está pocas veces sola en un bar. Siempre aparece un hombre dispuesto a invitar a una copa.

–Nadie se convierte en alcohólico porque le inviten a una copa.

–Y yo no lo hice. Cuando empecé a dejarme invitar a copas ya era una alcohólica. Llevo desde pequeña en concursos de belleza, es una vida estresante, te lo aseguro.

Hay niñas que con solo trece o catorce años ya fuman para no engordar.

–¿Y les funciona?

–A esas edades los cambios hormonales pueden echar por tierra cualquier carrera. Yo cuando desarrollé tenía el pecho demasiado grande para una niña y muchas curvas, o eso me decían antes de rechazarme para cualquier concurso o desfile. Con 13 años mi carrera estaba acabada, eso me marcó para toda la vida.

–¿Y empezaste a beber a esa edad?

–No, claro que no.

–¿Entonces?

–Luego llegó el instituto y tampoco fui aceptada como *cheerleader*, ni era de las guapas y exitosas del colegio. Estuve cuatro años deseando que pasara aquella etapa para ir a la universidad, pero no me aceptaron en la UCLA para hacer enfermería, que era mi sueño. Cuando desde los 13 hasta los 18 la palabra que más has escuchado es 'no', la bebida te parece lo menos malo que te puede pasar.

–Pues yo te veo perfecta –le confesé.

–Y como tú cientos, pero ya es demasiado tarde, ¿no crees? Me he gastado miles de dólares en operaciones estéticas para conseguir la aprobación que no conseguí hace años, ¿pero sabes por qué empecé a beber?

–Por los rechazos, ¿no?

–No exactamente, empecé a beber porque llegó un momento, cuando todo el mundo se giraba para contemplarme a mi paso, en que yo seguía sin aceptarme a mí misma. Y contra eso, no hay operación que valga. Pero el alcohol, al menos, te hace olvidar.

Poco después, Samantha se despidió de nosotros, cruzó la calle y durmió sola en su apartamento de La Brea. El resto también acabó yéndose, quedándonos Logan y yo dispuestos a echar unas cervezas.

Fuimos a cenar al Farmers Market que hay no muy lejos de allí y, aunque los mostradores ofrecían un buen puñado de deliciosos platos, bebimos más que comimos.

Le conté a Logan que había quedado con Frida al día siguiente.

–Pues con la rubia te he visto muy centrado esta noche –me dijo.

–No me hubiera importado, la verdad –le dije.

—Normal, a esa yo sí que le hacía un buen bombo.

Y los dos reímos como lo hacen los borrachos cuando hablan de mujeres. Aunque quizá de haber estado sobrios hubiéramos reído igual, la verdad.

Al día siguiente no aparecí a mi cita con Frida. Me levanté con fiebre y un dolor de cabeza que achacé al alcohol. No tenía su móvil ni forma de ponerme en contacto con ella.

Era la primera vez desde que estaba en Estados Unidos que me ponía malo y tuvo que ser justo en mi día libre, cuando había quedado con la me obligaba a pensar que no era la mujer de mi vida, pero que se le acercaba bastante.

Cama

En vez de estar paseando por Placita Olvera con Frida, estuve todo el día en la cama, donde realmente sí que me hubiera gustado que ella me acompañara.

No pude avisarla porque aunque lleváramos un mes hablando casi a diario no había conseguido que Frida me diera su número de teléfono, porque a veces, la mexicana era muy suya para algunas cosas.

—A ti no te da su teléfono y sin embargo a otro le deja que le haga un hijo. Desde luego que no tienes nada que hacer con ella —me dijo Logan cuando lo llamé para contarle que estaba malo en la cama.

No tenía manera de llamarla, avisarla de que no me esperara en Union Station, donde ya no pensaba limpiar zapatos nunca más y donde ella se preguntaría por qué le había dejado plantada.

Cuando descubres que el padre del hijo que estás engendrando te ha engañado, confiar en otro hombre debe ser difícil. Yo le había sido sincero desde primera hora aunque, poco a poco, mis actos no reflejaran mi rechazo inicial a la posibilidad de ser algo más que amigos. Ahora, en el primer día que íbamos a pasar juntos, en el día en el que yo tendría que aclarar mis sentimientos; el nuevo hombre que ella había dejado entrar en su vida la decepcionaría haciendo que algo en su interior cambiara para siempre, volviendo a protegerse por una coraza que otro tendría que romper con sus mejores armas en un futuro, y no lo tendría fácil, de eso podía estar seguro.

Quizá, si aquel día hubiera podido levantarme de la cama y si hubiera llegado a la hora acordada a Union Station, las cosas entre ella y yo hubieran cambiado. Yo sabía que aquel día iba a ser determinante en nuestra relación, pero nunca pensé que lo sería de aquella manera.

Al principio creí que era la cobardía la que me obligaba a estar en la cama, pero cuando empecé a vomitar sin que me diera tiempo a llegar al baño me di cuenta de que estaba de verdad enfermo.

Por lo menos tenía suerte de que fuera mi día libre, pensé. Así pude quedarme todo el día en la cama, acordándome de Frida a ratos, durmiendo otros y sintiéndome realmente mal la mayor parte del tiempo.

Me tomé un par de ibuprofenos que me ayudaron a sobrellevar los dolores de estómago de la mejor manera posible, no comí nada en todo el día, además de porque no tenía hambre, porque me veía incapaz de prepararme cualquier cosa.

Por la noche, con la excusa de que era sábado, la señora Ivanova estuvo en el piso un par de horas y después de preguntarle a su hijo por mí, y éste contestar que no había salido del cuarto en todo el día, exceptuando algunas rápidas escapadas para ir a vomitar al baño, ella, siempre solícita y preocupada por lo que pasara en aquella casa, entró sin llamar a la puerta en mi espacio personal y después de tomarme la temperatura con el envés de su mano rechoncha (la que sin duda es una medida más fiable que los Fahrenheit y Celsius) constató que no me encontraba nada bien y corrió a la cocina a prepararme una sopa rusa que aún hoy no sé de qué estaba compuesta pero que me devolvió las ganas de vivir.

Al día siguiente, como si el día anterior no hubiera sido más que una pesadilla, me levanté totalmente nuevo después de haber sudado en la cama como si hubiera corrido una maratón. Tomé una ducha y un café que yo procuraba preparar bien prensado y con más sabor que en cualquiera cafetería de la ciudad, y me fui en mi vieja bici hasta el trabajo deseando que apareciera Frida para que me dejara darle las explicaciones que sin duda merecía.

No la vi aquel día, ni tampoco el siguiente, ni el otro. Pasó toda una semana en la que yo trabajaba sin descanso aunque no dejara de mirar a la puerta para ver si ella entraba como solía hacer antes de mi plantón. Nada.

Yo hacía esfuerzos sobrehumanos por ir a trabajar aunque cada día me sintiera más cansado y ya nunca me apeteciera ir. Sólo lo hacía pensando que ella vendría a que yo le explicara, que me perdonaría y que volveríamos a quedar para pasar un día juntos.

Peter venía a diario y me preguntaba por la chica que había visto charlar conmigo más de una tarde en mis descansos.

—No creo que venga más, Peter.

—No te preocupes, me decía. Ahora que sé que no eres gay si quieres te puedo presentar a alguna compañera.

—Quizá eso sería lo mejor.

Sin embargo, nunca dejé que me presentara a ninguna de las mujeres disfrazadas que paseaban por un asfalto de estrellas a diario. Algunas empezaron a venir con más asiduidad, otras incluso me abordaban a la salida del trabajo dejándome claro que eran amigas de Peter, y las más osadas llegaron a dejarme el teléfono escrito en servilletas de la cafetería. Spiderman lo intentó, pero la tela de araña que construía a mi alrededor era demasiado endeble como para mantenerme atento a otra cosa que no fuera la vana esperanza de ver aparecer a Frida.

Una semana después de mi desplante, el primer día de un mes de febrero que aparecía tímido y que preveía que sería igual que los meses anteriores, aunque a la postre fuera el mes en el que cambió todo, apareció Frida con su barriga incipiente, sus mejillas rosadas y su pelo oscuro suelto reposando sobre su espalda.

Vino directa hacia mí, como un Miura sale del chiquero a la plaza, dispuesta a enfrentarse conmigo cara a cara, aunque con esa mirada que tienen los que saben que llevan la victoria de antemano.

Mano, la izquierda porque era zurda, que volvió a plantar en mi mejilla a modo de bofetada como lo había hecho en la segunda ocasión que nos vimos, aunque ésta vez sí supe el motivo por el que lo hacía.

Allí, delante de un público atento pero no asombrado, porque sin duda en la Meca del cine la gente se emociona más con las imágenes proyectadas en pantalla grande que con una escena de la vida diaria de un pobre camarero, Frida me dejó claro sin decir nada que todo había cambiado entre nosotros.

Aquel saludo fue bastante para entender el grado de su cabreo, en el que en esta ocasión quizá yo tuve más que ver que sus hormonas.

Se dio la vuelta lo suficientemente pronto como para que no pudiera ver la lágrima que empezaba a rodar por su mejilla, aquella reacción sí creo que fue hormonal, y yo salí de la barra para acercarme a ella y decirle las cosas que había pensado a lo largo de aquella semana que le diría para explicarle todo, pero no tuve fuerzas para hacerlo.

Me tuve que sentar en una silla, cansado por los cinco metros de carrera que había hecho desde detrás de la barra hasta casi llegar a la puerta por la que ella ya había escapado un par de segundos antes.

Los clientes comenzaron a volver a hacer sus pedidos, y aquella escena cinematográfica que acababan de vivir pasó rápidamente al olvido en sus mentes, como algo que se ve todos los días y ante lo que no hay que darle demasiada importancia.

No volví a verla hasta hace unos días, cuando Logan le contó lo que me pasaba y ella, compasiva, vino a verme a casa de Edgar, con quien paso los últimos días que me quedan en América.

Día libre

Me levanté temprano, era mi día libre, el siguiente que no tenía nada que hacer desde aquel en el que me había quedado en la cama en vez de acudir a la cita que tenía con Frida, de quien aún tenía sus dedos marcados en la cara después de su última bofetada un par de días atrás.

Era un lunes soleado de principios de febrero, un día tan bueno como cualquier otro para olvidar mi último fracaso amoroso. Pensé en ir a la playa, a ver si veía a alguna turista distraída haciendo topless en la arena, y hasta allí me dirigí pedaleando a ritmo constante mi vieja bicicleta.

Era también el primer día desde hacía más de una semana en el que me levantaba con ánimo y con unas fuerzas que pensaba que me habían abandonado para siempre.

Me puse un bañador y una camiseta, si el agua no estaba fría pensaba pegarme un chapuzón. Metí la documentación, una toalla, un libro y una botella de agua en la mochila que a esas alturas de la película era una de las pocas cosas que aún mantenía de España, junto con la Tarjeta Verde y mi mala suerte.

El día era lo opuesto a lo que cualquier madrileño entiende por un lunes de febrero. Fuera hacía más de 70 grados, el sol picaba, las calles irradiaban vida, la gente seguía luciendo su eterno moreno, el ambiente olía a protector solar y yo era ajeno a que me enfrentaba al peor día de mi vida.

Decidí salir sólo con la bici, porque a la muerte, o a algo que se le parece bastante, se la encuentra uno mejor cuando está más desprotegido.

Aquel día elegí bajar hasta Venice, de allí, rodear el puerto de Marina del Rey y seguir el carril bici que va desde Playa del Rey, pasando por Segundo, Manhattan Beach, Hermosa y Redondo, donde el esfuerzo seguro que me hacía comerme un buen surtido de marisco en el bullicioso mercado que existe en su muelle.

Paré a mitad de camino dispuesto a bañarme, pero afortunadamente el agua del Océano estaba helada y decidí no mojarme nada más que los pies. De haberlo hecho, probablemente no estaría aquí contándolo.

Me encontraba cerca del *pier* de Hermosa, un lugar muy transitado gracias a la multitud de pistas de vóley que existen en su arena y a un paseo marítimo lleno de tiendas y restaurantes, además de preciosas casitas (muchas ellas de diseño) con vistas al mar.

Allí, mientras iba en bici, noté que todas mis fuerzas se venían abajo y, como si alguien me hubiera apagado un interruptor vital, mi cuerpo dejó de pertenecerme, aunque seguí pedaleando producto de la inercia, durante cinco, quizá diez segundos, antes de perder el control de mi bici y de mi vida.

Caí de forma estrepitosa en mitad del paseo, se dobló el manillar y me di de bruces contra el suelo, resultado: la bici, aquella Schwinn Excelsior azul oxidado a la que tanto cariño tenía quedó totalmente retorcida bajo mi cuerpo laxo, y yo acabé con dos dientes menos después de dar de bruces (literalmente hablando) contra el asfalto del paseo marítimo.

Nadie se acercó a ayudarme en un primer momento, veía con la cara pegada al cemento la mirada de horror de algunos, o cómo otros se pegaban disimuladamente un codazo para echar a andar rápido como si aquí no hubiera pasado nada.

Alguien al fondo gritó la cinematográfica frase de “llamen a una ambulancia” y vi a una mujer rebuscar en un bolso demasiado grande y demasiado caro, para sacar al fin el Iphone con el que pedir ayuda.

Fue entonces cuando perdí el conocimiento, como si hubiera querido esperar mi cerebro a ver que todo estaba encarrilado para salvarme antes de decidir, él también, que era hora de desconectar.

Desperté no sé cuánto tiempo después con la misma sensación que meses antes había tenido a causa del Jet Lag, por un segundo pensé que me habían montado en un avión y estaba en Madrid, pero la habitación del hospital en el que me encontraba era individual, por lo que descarté la idea.

Estaba casi inmóvil, notaba algún cable saliendo o entrando en mi cuerpo, rodeado de máquinas, de nuevo solo en un lugar al que esta vez no había pedido venir. Me sentía terriblemente cansado, quizá fuera por la bicicleta, aunque imaginaba que aquello habría pasado hacía horas, ¿quizá días?, imposible, no estaría tan fatigado si hubiera dormido tanto.

Una de las máquinas emitió un pitido, me asusté y me mordí la lengua, noté algo raro, mis dientes, me faltaban al menos dos, pero su ausencia no era lo que más me dolía en aquel momento.

Entraron un par de mujeres enfundadas en bata blanca. Una era muy guapa y lo primero que pensé fue que era imposible ligármela postrado en una cama de hospital y mellado, la otra era visiblemente más mayor, gorda sin llegar a obesa; con cara seria cogió mi historial mientras la guapa miraba el monitor y tocaba algunos botones. En condiciones normales quizá hubiera logrado empalmarme estando en una cama con una joven enfermera con piernas de infarto a mi lado, pero estaba demasiado agotado para semejante esfuerzo.

Mi inglés ya era algo mejor, aunque la doctora Reese (que era como se llamaba la gorda) me tuvo que repetir varias veces los resultados de las pruebas preliminares que me habían hecho aprovechando mi inconsciencia.

–Tiene usted hemocromatosis, una enfermedad hereditaria que le está destrozado el hígado por acumulación de hierro en el organismo.

Es curioso que mis padres, a quienes hacía tanto que no veía, me hubieran dejado un recuerdo en los genes tan jodido, es curioso que justo dos personas con la misma enfermedad impregnada en sus genes se juntaran para hacer que su fallo genético se hiciera visible en el único hijo que tuvieron. Era irónico, además, que sin ser un alcohólico, tal y como hacía creer a un grupo de ex adictos los viernes por la tarde, tuviera el mismo órgano echado a perder que alguno de ellos.

Gracias precisamente a aquellas reuniones sabía la palabra que designaba a aquel órgano en inglés, por lo que no me costó entender que necesitaba *a new liver*. Necesitaba un trasplante de hígado o dudaban que pudiera seguir haciendo una vida normal durante mucho tiempo.

A pesar de que aún había que hacer unas pruebas, el cuadro clínico previo hacía temer que estaba en el estadio 3 de la enfermedad, cuando ya no hay marcha atrás, cuando el hígado ya es un órgano casi inútil y hay que darse prisa en actuar para que no se vean dañadas otras zonas del organismo.

Aunque tenían bastantes pocas esperanzas de que el hígado fuera recuperable, era necesario que me viera un hematólogo, quien me tendría que someter a una biopsia hepática para detallar el daño sufrido en aquel órgano del que ahora dependía mi vida.

Me dijeron que tenía algunos de los rasgos propios de la enfermedad y que no entendían cómo no había ido antes al médico.

–Porque no tengo seguro –dije en español y bien bajito.

Parece que ninguna de las dos me escuchó, porque esta vez, la guapa, la enfermera Crag, me explicó que además del agotamiento que llevaba tiempo padeciendo, tenía la piel excesivamente morena, signo claro de sufrir hiperpigmentación, uno de los factores del cuadro clínico de la enfermedad y que además parecía tener principio de diabetes. Cojonudo, pensé.

Como justificación, intentando vanamente que me dieran la razón y que me pidieran perdón por el error de diagnóstico que estaban cometiendo, les dije que estaba cansado porque trabajaba muchas horas y que tenía aquel tono de piel porque tomaba mucho el sol, que estábamos en Los Ángeles y que no era raro que estuviera moreno a pesar de estar en febrero.

–Nadie pierde el conocimiento por estar muy moreno –me dijo totalmente seria la doctora–. Le hemos hecho análisis de sangre mientras ha estado inconsciente, tiene saturación de transferrina y su hígado no funciona correctamente.

–Es usted alcohólico, ¿verdad? –me cuestionó la joven, que ya me parecía menos guapa.

–Quizá he bebido algo más de la cuenta en los últimos meses, pero lo controlo –dije repitiendo la frase de mi amigo Logan.

–Su hígado lo controla ahora, y esa máquina que ve ahí. Beber no ha hecho más que acelerar la enfermedad que estaba latente en su organismo. Pasaré mañana a primera hora con el hematólogo y, después, lo llevaremos a quirófano para hacerle la biopsia –sentenció la doctora Reese a modo de despedida.

A pesar de estar medio muerto, de todo lo que me acababan de decir y de saber que tenía una enfermedad en fase muy avanzada, lo que más me preocupó fue lo que me dijo la enfermera antes de salir de la habitación.

–Después pasarán a tomarle los datos de su seguro, el hombre que lo trajo indicó que éste era su hospital de referencia, pero no hemos encontrado sus datos en el sistema. No se preocupe, puede ser un fallo informático –dijo para autoconvencerme de que aquella joven al fin y al cabo no era mi tipo.

–Seguro –contesté yo por decir algo.

Seguro

Tener un seguro médico en Estados Unidos es algo necesario y muy caro. Lo malo de la Tarjeta Verde es que no te la regalan con un seguro asociado a ella. Porque aunque sabes que la sanidad en América es privada, nunca piensas que acabarás en un hospital.

Recuerdo que aquel gay de Kentucky que me hizo la entrevista en el consulado en España me preguntó si pensaba sacarme un seguro en Estados Unidos, e incluso me dio algunos folletos con información (y los precios elevadísimos) de los más conocidos. Yo le contesté que por supuesto, pero ya dije que en aquella entrevista mentí como un bellaco.

Cuando ya tienes una enfermedad como la que me acababan de diagnosticar es imposible contratar uno, ya estaba metido en un pozo del que la única manera de salir era volver a España y conseguir que me trataran allí, aunque con eso perdiera la Green Card y dejara una deuda en aquel hospital que seguro que ya ascendía a miles de dólares.

Cuando tienes una enfermedad terminal, una deuda monumental, una máquina enganchada a ti y un moreno producido por un problema en el hígado, no piensas con claridad. Decidí levantarme, recoger mis cosas, vestirme, bajar como quien no quiere la cosa hasta el hall del hospital, pedir un taxi, ir hasta mi casa en Los Feliz (aunque yo fuera un desgraciado), recoger lo imprescindible, sacar todo el dinero de mi cuenta americana, ir al aeropuerto y volar directo a cualquier punto de España.

Me caí redondo en cuanto puse un pie en el suelo, esta vez no me partí ningún diente pero la máquina a la que estaba unido se volcó también, afortunadamente no pareció sufrir daño alguno porque cayó sobre la cama, y empezó a pitar como una loca.

Vinieron dos o tres enfermeros y celadores para ver qué pasaba, me encontraron en el suelo, con el camión medio abierto, la mirada asustada y la culpa impregnada en la piel. Me levantaron y me pusieron en la cama, acomodaron la máquina y me preguntaron que a dónde pensaba ir. No les iba a contestar que a España, claro, así es que les dije que quería buscar mi mochila, necesitaba mi móvil para hacer una llamada.

–¿En qué hospital estoy? –pregunté al último celador que salía de la habitación después de que me hubieran dado mi teléfono.

–En el UCLA Medical Center, en Santa Mónica –me contestó extrañado de que no supiera ni dónde estaba.

Y así es como al final conseguí tener una habitación en Santa Mónica, tal y como había planeado con el que por entonces era mi mejor amigo un año antes, cuando aún no sabíamos qué nos deparaba el destino.

Tenia poco tiempo para escapar, pero no tenía fuerzas y tenía enganchada una máquina que no sabía cómo desconectar para que no pitara cuando me sacara aquellos cables.

Con el móvil en la mano, me di cuenta de que conocía a tan poca gente allí que no era muy difícil decidir a quién llamar. Rápidamente pensé en Peter, el Spiderman de pega, convencido de que era el encargo apropiado para un superhéroe y, que por lo tanto, estaría encantado de ayudarme en una empresa tan arriesgada. Lo llamé repetidas veces pero no me contestó, estaría trabajando con las mallas ajustadas frente al teatro chino de Hollywood, quizá se habría preocupado al ver que no estaba en mi puesto de camarero del Starbucks. Pensé que me llamaría, seguro, cuando los turistas le dejaran un momento o cuando fuera a tomarse un café que yo no le prepararía nunca más.

Cuando estaba valorando la posibilidad de llamar a Logan, llamaron a la puerta. Estados Unidos es así, cuando buscas un superhéroe, aparece otro sin saber bien de dónde.

Era martes 4 de febrero, hacía más de 24 horas desde que me había caído inconsciente de mi bici en Hermosa Beach, desde que un hombre al que no pude verle la cara había pedido una ambulancia y le había indicado a su conductor que me llevara a aquel hospital en el que ahora me encontraba. Eran las cuatro de la tarde cuando golpearon con los nudillos a la puerta, algo que no hacía el equipo médico que entraba en la habitación con total libertad. Como no esperaba visita porque nadie de mi escaso círculo de amigos sabía que estaba hospitalizado, pensé que serían los de admisiones para pedirme los datos de un seguro que no tenía.

–Pase –dije tímidamente.

Y apareció un señor entrajado, atractivo y canoso que podría ser mi padre por aquello de la edad, pero que no tenía nada que ver con él. Entró con decisión, la que dan unos zapatos de mil dólares y un porte de seguridad que no enseñan en las facultades españolas pero quizá sí en las americanas.

Se llamaba Edgar Durant, de madre mexicana y padre canadiense, tenía pasaporte americano y un importante puesto como productor en unos conocidos estudios cinematográficos situados en Burbank. Vivía en una preciosa casa cerca de Bel Air con su mujer y sus dos hijas, con edades aproximadas a la mía.

La casualidad, porque me niego a llamarlo suerte, quiso que Edgar fuera testigo de mi caída el día anterior mientras paseaba con su amante por el paseo marítimo de Hermosa, no dudó en dejarla sola en su día libre para acompañarme en mi viaje en ambulancia, para dar sus datos como único aval durante mi ingreso, para convertirse a partir de aquel día, queriéndolo o no, en mi mecenas.

Pidió que lo llamaran cuando despertara, tal y como seguro había hecho alguna enfermera a la que había dado un billete de 20 dólares en compensación, porque Edgar era de esas personas que piensan que algo de dinero, dado en el momento justo, te puede abrir muchas puertas, pero claro, cuando no tienes mucho *cash* en la cartera cumplir con aquella premisa es bastante difícil.

Así fue como entró en mi vida el segundo superhéroe con el que me topaba en mi corta trayectoria en Estados Unidos, porque aunque tenía una enfermedad en estado avanzado, en algún lugar del universo, alguien quería que no me muriera en la miseria.

–Ayúdeme a escapar –le dije al que por entonces era un completo desconocido.

–¿Escapar? Tú sabes que te estás muriendo, ¿verdad?

–Quizá es mejor eso que acabar en la cárcel.

–¿La cárcel? ¿No me digas que no tienes papeles? –preguntó él al notar en mi acento que no hablaba demasiado bien inglés.

–Peor, no tengo seguro médico.

–¿Pero estás aquí legal? Eres cubano, portorriqueño o haitiano, ¿verdad?

¿De verdad estaba tan moreno como para que pensarán que era caribeño? Me asusté, lo mío tenía que estar ya en un estado muy avanzado.

–Soy español, pero tengo la Green Card, me tocó en la lotería, pero no tengo dinero para pagar ningún tratamiento.

–¿Que te tocó en una lotería? Me estás jodiendo ¿verdad? ¿Eso ahora se regala?

–Se lo juro, puedo enseñarle los documentos que me dieron en la embajada, ya ve la suerte que tengo –le dije señalando la máquina de los pitidos.

–Bueno, por ahora no te preocupes por el seguro, veré qué puedo hacer, ¿ok? No cometas la locura de salir de aquí, mejor ser pobre que no vivir para contarlo.

–Ojalá pudiera contarlo todo, le aseguro que tengo una gran historia, pero creo que es hora de poner aquí el punto y final.

Miró el reloj, lo noté nervioso, sacó el móvil y escribió algo en él. Supe que se marchaba antes de que lo dijera.

–Me encantaría escuchar esa historia, pero ahora es tarde, es difícil atender el trabajo, a mi mujer, a mis hijas y a mi amante –me contó como excusa –. Pero vamos a hacer una cosa ¿ok? Te propongo trabajar para mí para pagar tus facturas. Te voy a hacer una prueba, si la pasas te daré el dinero suficiente para estar aquí sin que te preocupes de tener o no seguro.

–¿Qué trabajo voy a poder hacer desde esta cama? Usted mismo lo ha dicho antes, me estoy muriendo.

–Lo primero, no me llames de usted, me llamo Edgar. Lo segundo, es cierto que te estás muriendo, pero no creo que sea algo que vaya a suceder de hoy para mañana, por eso creo que debes aprovechar la vida. Quizá no puedas correr o saltar en paracaídas, pero puedes contar esa gran historia que dices que tienes, los que trabajamos en la industria del cine estamos deseando encontrar precisamente eso, algo que merezca la pena ser contado y si está basado en hechos reales, mejor. Mandaré que te traigan una libreta y un bolígrafo ¿ok?, tendrás que escribir eso de la Green Card, hazlo como si se lo contaras a un amigo, seguro que es una historia divertida, o triste, no sé. Sorpréndeme. Intentaré venir a final de la semana y lo leeremos juntos, ¿trato hecho?

–Pero si yo sólo soy contable, no tengo ni idea de cómo escribir eso.

–Un contable sin dinero me sirve de poco ahora mismo, necesito un buen guión y tú has dicho tienes algo interesante que contar ¿verdad? así es que, ¿trato hecho?

–Hecho, pero escribiré en español –le dije.

Con el gesto afirmativo de su cabeza fue como quedó firmado el contrato laboral que aún nos une, el que a mis treinta y pocos años ha sido el más importante de mi vida.

Así fue como empecé a escribir esta historia, en una habitación de hospital que no podía pagar, con una enfermedad terminal, a diez mil kilómetros de mi casa y sin saber cuál era el final. Ya he dicho que yo sólo era contable.

Pruebas

Aquella tarde no vino nadie de admisiones para pedirme los datos del seguro que no tenía, imaginé que mi mecenas había cumplido con su parte. La que sí volvió fue la enfermera Crag para sacarme sangre, recoger la orina que había almacenado la sonda que llevaba puesta, y repasar los cables que entraban y salían de aquella máquina infernal. Me quedé dormido sin recibir llamada de Peter y sin tener conciencia de que me esperaba una semana de pruebas muy dura.

La primera llegó a primera hora de la mañana, unos grandullones me llevaron en camilla a través de los pasillos hasta un pequeño quirófano con algunos útiles médicos perfectamente colocados sobre una bandeja.

Me extirparon tejido del hígado para analizar el estado del órgano, y yo asistí a la operación con anestesia local, escuchando el trajinar de la doctora Reese, del jefe de hematología del hospital y de otros colegas que no paraban de charlar en un inglés demasiado técnico como para enterarme de algo.

Me subieron a mi habitación unas horas después y sobre la mesa, justo al lado de la Biblia, había un cuaderno de tapas duras y un bolígrafo Parker plateado.

En la primera página, escrita en español y en tinta negra pude leer la frase “Un escritor es sólo alguien que tiene algo que contar, aunque diga que es contable” me hizo sonreír y cagarme de miedo, tenía otra prueba pendiente con Edgar, las dos podían tener un resultado lamentable y, entonces, sí que tendría claro el final de esta historia que me disponía a empezar.

Así, mientras en un laboratorio analizaban parte de mi tejido para decidir cuánto tiempo le quedaba a mi hígado para dejar de funcionar, yo empezaba a escribir este libro para responder al encargo que había prometido cumplir. No hace falta contar por dónde decidí empezar la historia porque, si has llegado hasta aquí, ya lo habrás leído.

La primera semana de febrero fue en la que, además, me quedé sin trabajo. Mi jefe me llamó el jueves para decirme directamente que no volviera a pisar nunca un Starbucks a no ser que quisiera hacerlo como cliente, claro. No me dio tiempo a explicarle la situación aunque tampoco creo que contándoselo me hubiera guardado el puesto, así es que me evité la conversación, le di las gracias por avisarme y colgué.

El viernes por la tarde sentí una punzada en el corazón cuando dieron las cinco y media de la tarde y no estaba en mi reunión semanal de Alcohólicos Anónimos. Pensé que debía haber llamado a Logan hacía días, pero ya era tarde.

Lo hizo él dos horas después, visiblemente preocupado por mi ausencia. Le conté que estaba algo resfriado, pero que no era grave, mentí como ya era costumbre que hiciera cuando hablaba con Logan. Que iría la semana siguiente sin falta, volví a mentir, que se tomara una cerveza a mi salud, y esta vez sí dije la verdad.

Las cosas se pusieron aún más interesantes cuando aquel sábado, con muchos días pasados desde principios de febrero, me llamó el vietnamita que tenía como compañero de piso. Al principio pensé que Yum se había preocupado por mi larga ausencia, más aún cuando me vio irme el lunes montado en bicicleta y no había vuelto desde entonces. Muy considerado llamar casi una semana después, pensé.

Me equivocaba, no me preguntó dónde estaba, ni si me encontraba bien, ni si tenía algún problema, o si necesitaba unos cuantos miles de dólares para pagar facturas médicas. Me llamaba simplemente para recordarme que teníamos que pagar a nuestros caseros, necesitaban mis 700 dólares y otro buen pico para pagar recibos diversos.

Le dije que aquella misma tarde pasaría por casa para pagar lo que fuera necesario. Colgué y apagué el teléfono, dispuesto a no encenderlo más hasta que no fuera estrictamente necesario. Y así fue como me quedé por segunda vez en menos de seis meses con una vieja mochila como única pertenencia.

Lo único bueno de aquella semana fueron los ratos que pasé escribiendo. La morfina hacía su efecto y, como los viejos escritores dipsómanos, yo tenía aquel ejercicio literario como droga creativa.

Pasé largas horas pensando, tachando, rehaciendo, arrancando hojas enteras de aquella libreta de tapas verdes, ¡qué casualidad! Escribir por encargo es una manera como cualquier otra de convertirse en escritor, yo era más bien un biógrafo de mi propia existencia, dispuesto a dejar constancia de una vida que de otra manera hubiera pasado sin pena ni gloria por este mundo.

Completé los dos primeros capítulos, los releí mil veces y me autoconvencí de que eran buenos, hasta que llegó Edgar el sábado por la tarde y los leímos juntos. Tenía un buen nivel de español gracias a su herencia materna, por lo que nuestro trabajo con aquellas pocas cuartillas fue más fácil.

Me pidió que leyera aquellas páginas en voz alta, porque así, me dijo, se ven mejor los errores y las mentiras. Descubrió un buen puñado de ambas cosas en aquellos dos capítulos y se enfadó bastante conmigo.

–Este no es el trato al que habíamos llegado –me dijo.

–Lo he intentado, pero ya le dije que no soy escritor.

–¿Y para qué has venido a Estados Unidos entonces? ¿sólo para morirte?

Me derrumbé. Y fue entonces cuando le conté mi historia, la verdadera, la que prometí un 13 de septiembre no contar nunca a nadie y que, sin embargo, ahora ya no me importaba incumplir, ¿qué podía perder ya?

Durant me iba preguntando detalles para comprobar si aquella historia era cierta o falsa. Tuvimos una charla larga en la que creo que le quedó claro lo que significaba para mí estar allí; y al final, Edgar me miró fijamente y me pidió que contara aquella historia otra vez en mi libreta, pero esta vez sin que se notaran tanto mis mentiras.

–Que quien lo lea intente averiguar la verdad, habla más de Manolo y menos de Marcos, ¿ok? –me dijo.

Se lo prometí sin saber si sería capaz de lograrlo.

Antes de desaparecer, después de mirar por octava vez aquella tarde su Iphone, me preguntó si necesitaba algo. Viendo su dependencia del móvil, me acordé de que yo no podía utilizar el mío y le pedí una nueva tarjeta para el teléfono.

Era hora de empezar una nueva vida. Otra vez.

Diagnóstico

A mediados de febrero llegaron los resultados de las pruebas. Aquellos que yo no podía falsear, aunque lo intentara, como había hecho con toda mi vida.

Desde el día en el que había ingresado en el UCLA Medical Center, casi dos semanas antes, se me había hinchado levemente el vientre, seguía controlado por máquinas y por el personal sanitario de aquel hospital en el que, a pesar de la cercanía del Océano, no olía a mar, sino a lo que huelen todos los centros médicos, a éste lado del charco y al otro.

Yo había estado muchas veces con mi padre en centros parecidos en España, quizá menos limpios, pero sí con más azulejos azules en las paredes a modo de zócalo. Desde que me habían notificado la enfermedad que finalmente confirmó el resultado de la biopsia, me había acordado mucho de él, de mi padre, de aquel Alzheimer que ahora sabía que era producto de aquella enfermedad que en su caso sólo era latente, pero que a mí me llegó con la fuerza que da la unión con otra persona que tiene el mismo gen durmiendo en su cadena cromosómica.

De mi madre, en cambio, ya casi no me acordaba, aunque estuviera muchas veces en mi mente. Sólo recordaba con nitidez cómo ocultaba el miedo que le daba que estuviera solo, cuando ella ya estaba enferma y yo no lo sabía. Cómo me dejó enfrentarme a este mundo sin instrucciones cuando yo aún no era un hombre. Y sobre todo, cómo lloraba el día que la vi por última vez, aunque hiciera ya mucho tiempo de aquello. Ella al menos se pudo despedir de mí, a mi padre, en cambio, no pude decirle adiós porque fue todo demasiado rápido.

Me dieron un informe del que no entendía nada, había que ser personal sanitario para descifrar aquel puñado de palabras técnicas y en inglés, con las que estaban escritos aquellos folios. Sin embargo, no necesité haber estudiado medicina para entender lo que significaba la cara de preocupación de la doctora Reese.

–Necesitaría un traductor para entender estos documentos.

–Puedo hacer que venga algún médico hispano para que le detalle todo con precisión.

–No hace falta, prefiero no entrar en detalles, sólo dígame si tengo posibilidad de salvarme.

–No, se ha descartado incluirlo en el programa de trasplantes. Ya está demasiado avanzada la enfermedad y pronto empezarán a fallar otros órganos.

–Entonces, ¿cuánto me queda de vida?

–No le podemos decir la fecha exacta, no somos adivinos. Depende de los cuidados y tratamientos a los que se someta a partir de ahora. Podemos paliar los dolores que empezará a sufrir y alargar lo máximo posible su vida.

–¿Cuánto? -volví a insistir.

–En el mejor de los casos no vivirá usted más de tres o cuatro meses, lo siento.

Me eché a llorar como un niño, cosas así es imposible afrontarlas con la entereza que había visto que mostraban los actores de Hollywood cuando les dicen que van a morir en la ficción.

Yo no necesitaba ganar ningún Oscar, era el Leonardo di Caprio de la vulgaridad. Nunca conseguiría ganar nada, siempre habría alguien mejor que yo que recibiría más aplausos.

Mudanza

Después de conocer el diagnóstico de mi enfermedad, no me quedaba mucho más que hacer en esta vida que esperar a la muerte. En aquel momento me di cuenta de que no tenía mucha gente de la que despedirme, y de que la poca que conocía ni siquiera sabía que probablemente no viviría mi primer verano en Los Ángeles.

Me concentré en escribir este libro y en repasarlo con la hija mayor de Edgar: Lucy, quien se había convertido en mi correctora improvisada, y a la postre, en una de las únicas personas con las que tenía alguna relación, alguna posibilidad de hablar de algo que no incluyera un puñado de palabras médicas que no entendía, ni en mi idioma ni en ningún otro.

Lucy tenía 30 años recién cumplidos y el porte elegante heredado de su padre. Su español era algo peor, pero se defendía lo suficiente como para leer lo que yo escribía y decirme sin tapujos que tenía que cambiar esto o aquello.

El primer día que apareció por la puerta de mi habitación la confundí con la amante de Edgar, sin embargo, Lucy era algo mayor que aquella niña que se revolcaba con su padre, quien a pesar de intentar mantener en secreto su relación extramatrimonial, no lograba engañar a sus hijas.

Aquella chica bajita, aparentemente más joven de lo que indicaba su carnet de conducir, con el pelo tostado por el sol y un flequillo perfectamente recto que delineaba sus cejas oscuras, era agradable en el trato aunque al principio me hablara con cierta distancia. Yo, al fin y al cabo, era un encargo de su padre y un moribundo encerrado en una habitación de hospital.

Ella venía cada dos días para leer las nuevas páginas que yo escribía en mi libreta de tapas verdes. Además, me solía traer cuanto yo necesitara, ya fuera la tarjeta de teléfono que le pedí a su padre y que aún no había llegado a utilizar para llamar a Logan, calzoncillos, algunas revistas para matar el tiempo, o pollo a la naranja de mi chino favorito en Lincoln Avenue.

Me preguntaba muchas cosas sobre lo que leía, quizá para descubrir si era verdad o sólo porque le gustaba que le contara mi vida más que leerla. Alguna vez, después de escucharme atentamente, me miraba fijamente con aquellos ojos verdes heredados de su familia canadiense y me decía: “vuelve a escribir este capítulo, pero ahora como me lo has contado a mí”.

Yo tachaba y retachaba, como hacía con los días del calendario que tenía encima de la mesa de mi habitación (y que también me trajo Lucy después de pedírselo) sabiendo que no iba a lograr marcar más de 50 o 60 cruces. Porque cuando te queda poco tiempo es más fácil contarlos, igual que pasa con el dinero.

A pesar del esfuerzo de las últimas semanas, y de que me gusta cumplir con lo que prometo aunque no siempre lo consigo, puede que finalmente no acabe este libro por encargo. Quizá se quede a medias y al final, solo Lucy y su padre lean estas páginas que no servirán para pagar una factura médica que debe tener muchos ceros.

Precisamente para no seguir incrementando la cuenta que otro pagará por mí, decidí dejar el hospital. A principios de marzo, viendo que hacía ya un mes que no olía a mar, que no respiraba aire puro y que mi caso no tenía mayor solución, le pregunté a la doctora Reese si era posible que viviera sin aquella máquina de pitidos que aún tenía unida a mí.

—Claro, esto sólo nos ayuda a ver cómo funcionan sus órganos vitales y a controlarlo mejor.

—¿Podría entonces dejar el hospital?

—Se lo desaconsejo, señor Ramírez. Aquí está atendido las 24 horas al día, le suministramos la medicación necesaria para mitigar los dolores y le aseguramos un final tranquilo.

—Lo sé, pero no puedo pagar todo esto y no quiero desaprovechar mis últimos días.

—¿Y dónde va a ir?

—Pues no lo sé, la verdad. Tengo que pensar en algo, pero cuando lo tenga decidido pediré el alta voluntaria.

—No cometa la locura de irse a vivir sólo, en su estado, necesitará ayuda.

—Lo tendré en cuenta. Gracias.

Efectivamente necesitaba ayuda y algunos cuidados médicos especiales. Habían empezado a hacerme sangrías, y no precisamente de las que se toman en verano en las terracitas de los bares en España. Cada semana me sacaban una buena cantidad de sangre para rebajar los altos niveles de hierro y evitar que el cuadro médico originara una diabetes para la que ya estaba preparado. Además había empezado a usar oxígeno durante tres o cuatro horas al día para evitar la fatiga y la dificultad respiratoria que acarreaba.

Sin embargo, no quería pasar mis últimos días encerrado en aquel hospital, por muy en Santa Mónica que estuviera. Pensé en llamar a Logan y pedirle alojamiento para los próximos meses, o semanas, o días. Algo de cordura se instaló en mi mente y me desaconsejó hacer aquella locura, irme con una enfermedad terminal a vivir a casa de un alcoholico no era buena idea, además, aún no había sido capaz de hablar con él.

Aquella tarde le pedí a Lucy que me buscara un piso compartido en una zona no demasiado alejada para que pudiera volver cada semana a hacerme las famosas sangrías, que pidiera una botella de oxígeno portátil y que me comprara un par de pantalones y sudaderas de un par de tallas menos de las que estaba acostumbrado. Le prometí seguir con el encargo, pero no quería acabar escribiendo un libro encerrado en un hospital. Necesitaba sentirme vivo, ahora más que nunca.

Dos días después apareció Edgar en mi habitación. Traía una pequeña maleta de viaje, dentro había una botella portátil de oxígeno y algo de ropa de Old Navy. Además, traía la promesa hecha a su hija de que me daría alojamiento en su casa de Bel Air, donde desde luego hay espacio suficiente incluso para un moribundo.

Aquel día, después de que me fuera aprobada el alta voluntaria, me di cuenta de que cuando no tienes nada, hacer una mudanza es sólo una forma de hablar.

Desde entonces estoy aquí. En un cuarto de invitados con una cama *queen size* que no necesito porque sigo estando igual de solo que cuando dormí la primera noche que pasé en esta ciudad, en aquel Super 8 de Culver City. Cuando aún tenía sueños que cumplir y una vida sin fecha de caducidad.

Feliz

Hace más de un mes desde que dejé Los Feliz y en ningún momento he echado de menos a Yum o a Alex (quizá sí un poco a su madre). A pesar de todo, ahora que vivo en Bel Air siento que no tengo un espacio totalmente mío en esta casa. Allí lo tuve, y aunque aquí vivo de prestado, la diferencia es que en este nuevo lugar estoy empezando a ser feliz y allí no llegué a conseguirlo. ¡Qué ironía!

En una ocasión, hace ya meses, cuando entre café y café le contaba a Peter las pequeñas rutinas de mi día a día, más para desahogarme y practicar inglés que porque pensara que podían interesar a alguien, él me cortó a mitad de una frase y me dijo: “tienes la vida de un pesimista, si fueras más optimista serías feliz”. Aquello me hizo pensar, me hizo plantearme cambiar la manera en la que miraba a la vida. Pero cuando todo se te tuerce, al final, por muy optimista que te propongas ser, se te quitan las ganas de ponerle una sonrisa a las adversidades.

Ahora, cuando ya no tengo nada que perder, cuando la vida me ha dado el revés más grande, es sin duda cuando he empezado a disfrutar y a ver el lado positivo de las cosas, aunque quizá sea también por los porros de marihuana que me fumo, con fines medicinales claro, para paliar el dolor que me quema por dentro.

Las noches las paso a duermevela, conectado a una bombona de oxígeno de la que ya dependo ocho horas al día. No fue un impedimento para irme hace unos días a Las Vegas con Logan, a quien al final llamé para hacer una última escapada, “por los viejos tiempos”, me dijo después de estar casi dos meses sin vernos.

Las Vegas lo ha cambiado todo y, afortunadamente, ahora tengo una manera distinta de ver las cosas. Ahora le veo un sentido a lo que queda de mi vida, tenemos un plan que va a hacer que de alguna manera, cuando todo esto acabe, yo siga en Estados Unidos. Tal y como soñamos dos amigos aquella lejana tarde de hace un par de otoños en un piso de Madrid.

Al fin he dejado de mentirle a Logan. Le he dicho la verdad y él me ha contado la suya. Me ha explicado que aquella tarde de finales de diciembre en la que él no llegó a tiempo para la reunión de los viernes se fue directo desde el aeropuerto hasta el tugurio en el que la mujer de sus sueños aquella noche, además de poner copas, me tiraba los trastos.

Me vio sentado en un taburete de la barra, charlando con ella y mirando sus tetas, lo cual era inevitable teniendo en cuenta que te las ponía a la altura de la cara cuando hablaba contigo. Se marchó a emborracharse a otro bar, y cuando unos días después, en el cementerio, me preguntó qué había hecho después de la reunión y le menté, él entendió que había pasado algo más entre la camarera y yo.

Gracias a aquello, hoy he vuelto a ver de nuevo a Frida.

Como revancha a la clara certeza que él tenía de que su camarera había sido la primera mujer con la que me había acostado en Estados Unidos, un mes después, cuando le conté que había quedado con Frida pero no podía moverme de la cama, él decidió presentarse a la cita que tenía con ella en Union Station.

–No fue difícil encontrarla, era la única chica con rasgos mexicanos, embarazada y mirando continuamente el reloj.

–¿Le dijiste que estaba malo?

–Le dije que era amigo de Marcos y que tú no podías venir. No le di ninguna explicación más.

–¿Y qué pasó?

–No ha pasado nada, Marcos. Te lo juro. Me hubiera gustado aprovecharme de ella, como tú hiciste de la camarera, bueno, como yo imaginaba que tú habías hecho con ella. Pero no pude.

–Bueno, ya me da igual. Tampoco puedo hacer mucho, es demasiado tarde para mí y no puedo contactar con ella.

–Sí puedes –respondió él –le pedí el teléfono, pensaba dártelo para que la llamaras y te disculparas, pero no sabía cómo explicarte cómo lo había conseguido. Además, tú dejaste de aparecer por las reuniones...

–No puedo llamarla así, ¿tú has visto como estoy?

–Ya la he llamado yo, no te preocupes. Quiere venir a verte, le dije que lo hablaría contigo antes de darle la dirección. Me dijo que te convenciera, promete no volver a abofetearte –rió.

Me quedé paralizado. Al final, había ganado la partida de poker. Sólo me quedaba decidir si pasar con aquella mano o arriesgarme y jugar mis cartas. Acepté porque ya he dicho que empecé a ver la vida como una oportunidad y no como una prueba.

Hoy ha venido: guapa, radiante, embarazadísima. La he visto feliz aunque en sus ojos se notara que estaba triste por mí. Logan nos ha dejado solos, hemos paseado por el jardín de la casa de Edgar y ella ha vuelto a hablarme como lo hacen los amigos que no se ven en un tiempo, como si no hubieran pasado tantos días desde que venía por las tardes a los descansos que tenía en el Starbucks.

Me ha hablado mucho del hijo que espera. Dice que es un niño, que está deseando tenerlo en sus brazos y que ya sueña con verle la cara. Es curioso que parezca tan natural hablar de una nueva vida con un moribundo.

Yo le he pedido que me cuente dónde me hubiera llevado el día en el que no acudí a mi cita con ella. Me ha detallado hasta el último rincón de Placita Olvera, con esa pasión que le pone a cualquier cosa menos a dar la réplica en los casting.

Me ha prometido venir todos los días para contarme detalles de los sitios más bonitos de esta ciudad en la que nunca hice más turismo que el que me programaba Logan en nuestras escapadas de los viernes.

–Te puedo traer fotos –me ha dicho.

–No, prefiero imaginarme esos lugares tal y como tú los describes. No hace falta saber cómo es Placita Olvera para soñar que ya he estado allí contigo.

Me ha dado un beso en la misma mejilla que tantas veces antes ha marcado con su mano, y se ha despedido hasta mañana.

Ser feliz es eso. Es imaginar que lo has sido aunque sólo haya sido un sueño.

Despedida

Estoy débil, noto cómo la vida se me escapa a cada respiración. Es una sensación extraña y a la vez bastante plácida. Me ayuda a aguantar el dolor, aunque también recibo cantidades ingentes de medicación que me mantienen adormecido, así es que lo mismo son las drogas las que me proporcionan esta ligereza que siento ahora.

Ya todo está preparado para cuando muera. Logan ha conseguido tener listo nuestro plan antes de que llegue la hora, que presiento que no está lejos. Tenerlo todo a punto no le ha impedido estar a mi lado casi en todo momento desde que le conté hace una semana lo que me pasaba, en aquel viaje a Las Vegas que lo cambió todo. Ahora está en el aeropuerto, esperando a quien me ha dado tanto en estos meses.

En mi idea de compensar a todos los que me han permitido vivir este tiempo en Estados Unidos, a mi regreso de Las Vegas decidí hacer algo por mi cuenta.

A la vuelta, estuve rebuscando en los bolsillos de la mochila que aún conservo desde Madrid, mi más preciada pertenencia, aunque también sea prestada. Allí encontré el papel en el que Paola me dejó apuntado su número de teléfono y, aunque la imaginaba de vuelta en Italia, la llamé hace unos días.

Marqué su móvil americano, el único medio de contacto que tenía con ella y que no había utilizado desde nuestro encuentro en la playa, en aquel soleado mes de octubre que yo ahora veía tan lejano. Al otro lado de la línea contestó su voz en un correcto inglés con acento italiano.

Cuando le conté quién era se mostró sorprendida de mi llamada, aunque pareció recordarme.

—¿Cómo es posible que lleves tantos meses aquí? —le pregunté.

—Cuando faltaba una semana para que se cumpliera mi visado de turista fui hasta San Diego, crucé la frontera, pasé en Jalisco un par de días y volví a entrar. Así conseguí tres meses más de visado, pero me han recomendado no hacer la misma jugada más veces o llegará el día en que me quede atrapada en México. Así es que tengo que volver a Italia la semana que viene ¿Recuerdas a María? Ella se volvió a casa en Navidad.

Claro que la recordaba, y a sus pechos grandes aplastados contra la toalla tendida en la arena y su espalda desnuda.

—¿Aún estás dispuesta a cualquier cosa para conseguir una Green Card? —le pregunté obviando su pregunta sobre su compañera de viaje.

—Lo que sea —respondió.

—Tienes pocas opciones, casarte con un Green Card Donor es la más fácil y es la que yo te quiero proponer. ¿Qué te parece la idea?

—Estaría dispuesta.

—Lo imaginaba.

—Dime fecha y hora y allí estaré con un vestido blanco.

Me hizo gracia aquella respuesta, yo le estaba proponiendo casarse por interés, y ella pensando en su vestido nupcial, como buena diseñadora seguro que tenía ideado desde hace tiempo su propio traje de novia.

—Antes necesito que aceptes unas condiciones.

—Estoy dispuesta a negociar.

—No, las condiciones son innegociables, las aceptas o las rechazas. No hay más opciones —le dije con firmeza, y al escuchar el silencio como respuesta, continué—. Tendrás que abrir una cuenta conjunta. A tu nombre y al de Manuel Ramírez con 10.000 dólares. Además, quiero que una vez casados saques un seguro médico en el que ambos seáis beneficiarios y, por último, tendrás que permitir que tu nuevo marido viva contigo durante un par de meses, lo que además, os ayudará a evitar que se considere un fraude este matrimonio.

—En mi casa sólo tengo una habitación—. Puso como única objeción.

—Donde duerma tu marido no es asunto mío. Puedes meterlo en tu cama o dejarlo en el sofá.

—No eres feo, españolito, pero no meto a cualquiera en mi cama. Tendrás que ganártelo.

—Yo no estoy ya para muchos trotes, tranquila. Además, tu futuro marido no soy yo.

—¿Y con quién me voy a casar si puede saberse? —preguntó algo contrariada.

—Te lo explicaré el día de la boda. Aunque no hay demasiado tiempo para entrar en detalles, sólo te puedo asegurar que tú conseguirás lo que buscas.

—De acuerdo. Trato hecho.

—Pasado mañana, a las 12 de mediodía, en el Ayuntamiento de Beverly Hills. Sé puntual.

—¿Tan pronto?

—¿No es lo que querías?

—Claro, sólo que...

—Abre la cuenta con el máximo dinero que consigas entre hoy y mañana. Necesito una muestra de que puedo confiar en ti antes de dar el sí quiero —le interrumpí.

—¿Y los anillos?

—Trae unos bonitos pero sencillos, no te gastes mucho dinero en eso -y colgué.

El día de la boda le pedí un traje a Edgar que me venía grande. Después de mi escapada a Las Vegas me había dicho que en su casa era él quien mandaba pero que yo no era su prisionero, así es que para salir podía hacerlo sin necesidad de escapar en plena noche. Me hizo prometer que lo avisaría de mis movimientos, “por si pasa algo” me dijo sin querer expresar con palabras lo que pensaba realmente.

Por eso decidí contarle lo de la boda y él no sólo lo vio bien sino que me ayudó a elegir el modelito con el que iba a pasar por el altar, e incluso me acompañó hasta el Ayuntamiento para ejercer de testigo de aquella farsa, él y Lucy aceptaron acompañarme a aquella boda, no sé si temerosos de que me cayera redondo al suelo en cualquier momento o simplemente por el hecho de ser parte de la historia que estaban leyendo cada vez con más interés.

Del vestidor de Edgar tomé prestado un pantalón negro, una camisa inmaculada y una chaqueta de traje blanca. A pesar de que el conjunto era básicamente el que le había visto a Jared Leto en la entrega de los Oscars un par de semanas antes, vestido así, yo parecía más un camarero que un actor de cine.

Todo me venía grande, había adelgazado bastante, tenía el cuerpo contraído como si me estrujaran por dentro y mi cara, a pesar del moreno que me proporcionaba aquella enfermedad que me estaba matando, hacía tiempo que era la de un hombre que ya no tiene identidad alguna.

He perdido cualquier atisbo de expresividad, aunque a decir verdad, nunca he tenido demasiada. Creo que la última vez que mi cara reflejó con total transparencia lo que pensaba fue cuando leí en aquella pantalla de ordenador el resultado de mi sorteo de la Green Card, pero claro, nadie vio aquella imagen, ni siquiera yo.

En la ceremonia ella estaba radiante, pensé que estaba más guapa vestida que semidesnuda, aunque tampoco me hubiera importado volver a verla casi sin ropa. Venía enfundada en un vestido sencillo pero que le quedaba como un guante, de ese tipo de blanco que no es exactamente blanco y que se lleva tanto en los trajes de novia (perdón por mis nulos conocimientos de moda) y traía unos anillos de plata que sirvieron como alianzas a pesar de que el mío me venía demasiado grande. Daba igual, pronto lo cambiaría de mano.

Cumplió su palabra, trajo un justificante de una cuenta en Bank of America con 10.000 dólares de saldo y los dos nombres impresos.

Me sorprendió que hubiera reunido aquella cantidad de dinero en tan poco tiempo.

–Pensaba operarme las tetas antes de irme de Estados Unidos con el dinero que he estado ganando trabajando sin papeles diseñando camisetas para una marca cutre. Me pagan suficiente como para hacer frente a las facturas y ahorrar un buen pellizco. Ya habrá tiempo de aumentar la talla de sujetador cuando vuelva a juntar un poco de dinero con el fantástico trabajo que voy a conseguir cuando tenga la Green Card.

Me la imaginé con un par de tallas más de pecho y no pude evitar recrear aquella imagen suya en la playa unos meses antes. Lástima que estuviera prohibido hacer topless en Los Ángeles y que yo no fuera a ver el resultado de aquella operación.

–Tienes que ir al banco a firmar para que la cuenta se valide –me dijo al oído.

–No te preocupes, dentro de un par de días estará hecho–. Y le conté por encima toda la historia.

No hizo demasiadas preguntas y me juró cumplir con su parte del trato.

–Más te vale, no se le miente a un moribundo –le dije.

Y me dio un cálido beso en la mejilla, no sé si para sellar nuestro pacto o simplemente por compasión. “El beso de Judas”, pensé, aunque no le di demasiada importancia.

Media hora después, Manuel Ramírez estaba oficialmente casado en Estados Unidos.

De eso hace ahora dos días, y puedo asegurar que no he consumado un matrimonio que es tan falso como los besos que Paola me dio delante del juez que ofició la ceremonia.

La boda no ha cambiado el hecho de que siga pensando en Frida todos los días antes de dormirme, lo que me da una sensación de paz inmensa al saber que cuando cierre definitivamente los ojos soñaré eternamente con ella y quizá entonces sea por primera vez mía. No como te pertenece algo que compras en un supermercado, sino como lo hace aquello que es parte de ti. Sin embargo entiendo que ya es demasiado tarde, sobre todo para mí.

Ella tiene un hijo en camino y toda la vida por delante para buscar a alguien que la sepa querer mejor que yo. Quizá ya lo haya encontrado, veo cómo él la mira, una mirada que ya le he visto otras veces aunque su receptora fuera otra. Yo me hago el distraído, cierro los ojos para no ver y pienso que es mejor, quizá, que ellos sean felices mientras yo me muero. Puede que al final sea verdad que he conseguido pagar todas las cuentas que tenía pendientes en esta vida.

Quizá haya sido poco tiempo, o sólo es que no he sabido aprovecharlo bien. Esto no es una despedida porque sé que la vida sigue, y yo, voy a devolverle la suya a quien de verdad le pertenece.

SEGUNDA PARTE

Cenizas

Era un desapacible lunes de abril, cosa inusual en Los Ángeles, cuando incineramos el cuerpo del Manolo que había vivido hasta entonces en Estados Unidos. Sólo éramos cinco los que llorábamos en su último adiós, tal y como habíamos acordado.

Yo estaba recién llegado, tenía Jet Lag y casi no hablaba inglés. Como herencia me quedaba con unas altas deudas hospitalarias que había prometido pagar acabando un libro sobre la historia que me había hecho llegar a Estados Unidos (con unos meses de retraso); una Tarjeta Verde a mi nombre, que me pertenecía aunque había cedido meses atrás a mi mejor amigo; y un puñado de personas que creían haberme conocido, aunque en realidad no sabían nada de mí.

Nunca hubiera esperado aquel final cuando un 13 de septiembre de 2013, de camino al aeropuerto, dispuesto a cambiar de vida, recibí un mensaje de Marcos en mi móvil: “No sabes lo que daría por estar en tu lugar, me alegro de que al menos le tocara a uno de nosotros”.

No contesté, pedí al taxista que cambiara el destino, me planté a las puertas de un conocido hipermercado de las afueras de Madrid, que aún no estaba abierto aunque sus trabajadores ya estaban descargando camiones. Me acerqué a ellos portando una maleta que no iba a embarcar hacia ningún sitio, un sueño que no iba a cumplir, y un billete que pensaba cambiar de manos.

Le conté mi idea a Marcos: había decidido regalarle una vida en Estados Unidos. Sólo tenía que conseguir pasar los controles, no sería difícil, le dije, “yo tampoco me parezco mucho al borracho de esta foto en blanco y negro”, y le entregué el pasaporte y la Tarjeta Verde.

—Tienes toda la documentación aquí, no necesitas nada más, hay un hotel reservado a mi nombre en la dirección que hay impresa ahí, sólo tienes que llegar y construir una nueva vida.

—Estás loco, esto no va a salir bien.

—Te gustaría estar en mi lugar ¿verdad? Pues no tienes nada que pensar. El avión sale en tres horas.

Le di a Marcos una mochila como único equipaje, la que aún conserva en casa de Edgar; y una vida por hacer, la que su enfermedad le obligó a dejar a medias. Yo me volví a casa, con mi madre, a la que le dije que me había arrepentido, que no pintaba nada en Estados Unidos y que había decidido quedarme con ella en Madrid.

Ya buscaría un trabajo de contable donde fuera. Ahora en plena crisis se necesitaba a mucha gente que supiera maquillar números, y yo era un experto en maquillar vidas completas, ya ves.

No supe nada más de Marcos hasta hace casi dos semanas, cuando me llamó desde un casino de Las Vegas y me pidió que retomara mi vida.

—Yo ya no la voy a necesitar —me dijo.

Y al principio no lo entendí. No lo entendí porque las decisiones, sobre todo una tan importante como ceder mi Tarjeta Verde, no tienen vuelta atrás tan fácilmente, y porque Marcos estaba totalmente borracho cuando me llamó por teléfono en mitad de la noche (mitad de la mañana en España) para devolverme la vida que él llevaba viviendo por mí desde hacía meses en Estados Unidos.

Sueño americano

Imagino que ahora no entenderán nada, es normal. Pero les aseguro que mi intención no era jugar con ustedes al escribir esta novela, sino cumplir un encargo heredado y, de paso, conocer un poco más de la vida que supuestamente había llevado meses atrás en Estados Unidos y que yo ahora tenía que retomar como quién no quiere la cosa.

Ya les he contado que en el último momento, mientras me dirigía al aeropuerto, con la maleta hecha, decidí cederle la Tarjeta Verde a mi amigo Marcos. Alguno de ustedes quizá piense que soy un gran amigo, que tengo un corazón de oro o que estoy simplemente loco. Pero la verdad es que lo hice por el motivo más egoísta que puedan imaginar: estaba cagado de miedo.

Llevaba varios días sin dormir, no sólo por las juergas que me corrí las últimas noches pensando que serían las últimas que pasaría en Madrid, también porque al cerrar los ojos me daba cuenta de que no podía imaginar qué sería de mí en el futuro.

Me daba miedo llegar a aquel país con las puertas abiertas y desperdiciar la oportunidad que, en el fondo, sentía que le había robado a Marcos. El mensaje que recibí de él cuando iba camino del aeropuerto fue sólo la excusa que usé para hacer caso a mi cobardía y dar un giro a una situación en la que pensé que ganábamos todos.

Desde aquel 13 de septiembre dejé de tener cualquier tipo de contacto con Marcos, decidimos que sería lo más sensato. Al no saber nada de él y no volver a cruzármelo por el barrio entendí que había conseguido entrar a Estados Unidos bajo el nombre de Manuel Ramírez, un nombre lo suficientemente común como para que en España hubiera otro con la misma identidad y su misma cara (o parecida), nadie iba a investigar algo así, pensé.

Y efectivamente no pasó nada hasta hace unas semanas. Mi vida hasta entonces había sido la normal de un parado en España, pasaba las mañanas buscando en Infojobs un trabajo de contable al principio, y de lo que fuera a medida que pasaban los meses sin ningún resultado.

Cobraba del Estado un sueldo que desde el mes de febrero, cuando había cumplido los seis meses apuntado al INEM, había bajado al 50% de mi base de cotización, o para entendernos todo el mundo, una mierda con la que tenía para ayudar algo en casa, pagar bonos de transporte a precios estratosféricos (el coche se lo había vendido al vecino) y unas clases de inglés en las que decidí invertir un buen pellizco sin saber que a la larga podrían serme útiles.

Mientras, Marcos estaba bastante enfermo aunque yo no lo sabía. Había abandonado hacía un mes el hospital para no seguir incrementando una factura que reconozco que ya era demasiado abultada. La generosidad de Edgar y la intercesión de su hija mayor le permitieron pasar sus últimos días en la fastuosa casa que el productor de cine tenía en Bel Air y donde yo tuve la oportunidad de despedirme de Marcos.

Los días para él eran demasiado largos, algo irónico teniendo en cuenta que se trataba de un enfermo terminal. Porque allí, Marcos notaba que mientras el tiempo mejoraba cada día, él empeoraba sin remedio.

Pasó más de un mes sin tener ningún tipo de relación con nadie fuera de la familia Durant. Echaba de menos a Logan, a Spiderman y sobre todo a Frida. ¿Quién se lo iba a decir unos meses atrás cuando llegó con sólo una mochila prestada al aeropuerto?

Se dio cuenta de que había vivido demasiado poco en aquel país, que el sueño americano había sido una simple cabezada dada en el sofá después de comer. Que casi no había visto la ciudad donde los dos habíamos decidido instalarnos cuando nos tocara aquella lotería en la que creíamos ciegamente, que necesitaba hacer un último viaje para despedirse a lo grande de aquella oportunidad prestada.

Por eso, casi tres semanas antes de su muerte, Marcos decidió llamar por fin a Logan. Le contestó la voz profunda de su amigo veterano de guerra, quien no se imaginaba realmente quién era aquel chico español que había llegado meses atrás a una ciudad extranjera y se había inscrito en un grupo de ayuda a alcohólicos con el único propósito de conocer a alguien.

–Perdona, Logan. He estado estas últimas semanas bastante liado.

–Ya tío, pensaba que te había pasado algo. Pero me alegro de que al fin me llames.

–Te debo una buena explicación, si quieres podemos vernos esta semana y hablamos.

–Yo ya no voy a las reuniones de los viernes, colega. Tendremos que vernos en otro sitio –me dijo él.

–Perfecto, yo tampoco quiero volver allí, ¡el café es horrible! –dijo Marcos en un intento de cortar la tensión que se palpaba a ambos lados de la línea telefónica.

–Pues tú me dirás.

–Logan, quizá te parezca una locura lo que te voy a pedir, pero me encantaría que vinieras conmigo a Las Vegas.

Silencio, nadie al otro lado parecía respirar.

–¿Logan?

–Joder, tío. Desde luego que tú sabes aprovechar bien las reuniones de ex alcohólicos, ¿no podías elegir un lugar menos peligroso para nosotros? –rió sincero.

–Te puedo explicar todo en el camino. Creo que hay sólo cuatro horas en coche. ¿Aceptas?

–Claro, tío. A Las Vegas no hay que decirle nunca que no.

Y así fue como diez días antes de morir, Logan recogió a Marcos en casa de Edgar sin que este último supiera nada. Con apenas un par de pantalones, dos camisetas, unas cuantas mudas, una máquina portátil de oxígeno y un puñado de billetes arrugados en el bolsillo comenzó un viaje en el que se fraguó la idea de que yo debía volver para vivir el futuro que Marcos dejaba a medias.

Road trip

Un viaje en coche desde Los Angeles hasta Las Vegas puede ser una oportunidad estupenda, como cualquier otra, para confesar una historia que puede parecer imposible.

Son cuatro horas (más el tráfico que inevitablemente siempre llena las autovías de salida de la ciudad) en las que el copiloto tiene tiempo suficiente para contarle al conductor, que además tendrá la mitad de su concentración puesta en la carretera, una historia lo suficientemente complicada como para darla por buena sin plantearse que ha estado siendo engañado durante meses.

A mi llegada a Estados Unidos le pregunté muchas veces a Logan sobre lo que pasó en aquel viaje (al que los americanos les gusta llamar *road trip*) y siempre me miraba con esos ojos que parecen haber visto más de lo que deberían a su edad y como única respuesta me decía totalmente serio: “Me contó lo que yo ya sabía desde el día en que lo conocí, que se llamaba Marcos”.

Él, Frida y los Durant fueron los únicos que conocieron la verdad a medias. Logan fue el primero, quizá por despiste o por rebeldía. Porque cuando Marcos tuvo que rellenar aquellos papeles media hora antes de empezar su primera reunión de ex alcohólicos, no sé si de forma inconsciente o totalmente a propósito, escribió su verdadero nombre, el que le dije que jamás debía volver a utilizar si no quería que nos acabaran pillando a los dos.

Con el tiempo he podido entender que le gustasen tanto aquellas tardes de viernes en las que a pesar de asistir a reuniones de ex alcohólicos con una fauna un tanto curiosa, podía seguir siendo lo más parecido a él mismo, algo que ya no sucedería nunca más.

Me gusta pensar que aquel 13 de septiembre le regalé un futuro a Marcos, taponando la idea que muchas veces viene a mi mente de que lo que de verdad hice fue robarle un pasado que añoraría más veces de las confesables.

Aquel viaje, para un enfermo como lo estaba él, fue una locura. Pero precisamente por eso, porque tenía claro que aquel era el final, decidí irse a Las Vegas con su mejor amigo, el que hacía muchos meses que yo había dejado de ser, y contarle la verdad que llevaba tiempo deseando revelar.

A pesar de que he intentado ser lo más fidedigno posible a lo que realmente pasó, para lo que me he entrevistado con un buen puñado de las personas que conocieron aquí a Marcos (sin darles mi verdadera identidad, claro está) no he conseguido sacar ni un sólo detalle de la conversación que ocurrió en la tarde del 28 de marzo en el todoterreno de Logan camino a Las Vegas.

Supongo que Marcos, con esa timidez que le caracterizaba cuando estaba en Madrid, habría empezado a contarle a Logan la verdad mirando al frente, al punto fijo en el que la carretera iba cambiando a cada segundo debido a la velocidad constante a la que el conductor se dirigía hacia su destino.

–Logan, te voy a contar la verdad porque ya no tengo nada que perder.

–Vas a perder más de lo que tengas en los casinos, amigo. Te lo advierto.

–No me refiero a eso. Logan, probablemente este sea el primer y el último viaje que hagamos juntos.

–Si roncas está claro que sí -le replicaría Logan quitando hierro al asunto.

–Estoy enfermo, he estado ingresado mucho tiempo en un hospital y mi hígado está empezando a dejar de funcionar. Me muero, Logan.

–¿Qué dices, tío?

–Lo único que te he dicho de verdad desde que nos conocemos es que me llamo Marcos. Y ni siquiera eso debería habértelo contado.

–¿Qué más da un nombre? En esas reuniones no eres el primero que da uno falso, somos anónimos, ¿recuerdas?

–No es el nombre, es la identidad. La Tarjeta Verde que te conté que me tocó, no es mía.

–¿Y a quién se la has robado?

–No se la he robado a nadie, de eso puedes estar seguro. Me la dio un colega de Madrid, la pedimos los dos, pero le tocó solo a él. En el último momento, antes de montarse en el avión, me la cedió y desde entonces en Estados Unidos soy Manolo Ramírez. Marcos hace tiempo que no existe, ni en España ni aquí. Y pronto va a pasar de verdad, joder, me muero -y empezaría a llorar.

Algo así debió pasar, y a pesar de la confesión, por la naturalidad con la que Logan me esquivaba esas horas de la vida de Marcos, imagino que para él no supuso ninguna brecha en la amistad que hacía tiempo que habían forjado y que probablemente había superado hacía mucho tiempo a la mía.

Un pacto de silencio que probablemente nunca existió, porque Marcos no era de esas cosas aunque hubiera hecho uno conmigo hacía unos meses en la trasera de un supermercado, pero imagino que el celo con el que Logan guarda esas horas responde más bien a un lazo de amistad en el que no quiere que entre un escritor por encargo bajo ningún concepto.

Yo lo respeto, aunque no puedo negar que he querido imaginar mil veces cómo fue el viaje donde comenzó a decidirse que era el momento perfecto para que yo retomara la vida que me había tocado en una lotería.

Las Vegas

Ya de noche, Logan y Marcos dejaron el estado de California y entraron en el de Nevada. No sé si existe algún cartel que indique la frontera como si lo hacen las cientos de luces que brillan en el primer casino de carretera que tuvieron que ver aquellos dos compañeros de viaje hasta su destino. Fue gracias a ellas cuando las dudas quedaron despejadas y otras más grandes aparecieron.

Allí, en aquella línea imaginaria que supone cualquier frontera del mundo, aunque algunas estén llenas de vallas de espinos, quizá fue donde le pidió Marcos a Logan que quedara en secreto la historia que acababa de confiarle a modo de herencia. Y él cumplió su parte sólo conmigo, no salió de su boca ninguna explicación de aquella conversación, por lo que yo sólo puedo contar aquí una aproximación a la verdad, o incluso puede que todo lo que aparezca en las próximas páginas sea falso, por eso, al menos, intentaré contar una bonita historia.

Aquella tarde-noche de viernes era diferente a aquellas otras que pasaron juntos. Ese día debía comenzar la voluntad última a la que incluso un condenado a muerte tiene derecho, y que Marcos había elegido que tuviera lugar en la ciudad más falsa de toda la faz de la Tierra. Quizá porque como en Las Vegas, él había construido sobre el desierto una obra majestuosa que no era más que una copia de cartón piedra de lo que quiso haber sido y no fue.

Logan, aunque respetaba sus deseos, porque quién era él para negarle unos últimos días de diversión a un enfermo terminal, comenzó a darle vueltas en su cabeza a las posibilidades que tenía Marcos de sobrevivir a su inevitable destino.

Fue así, en la mente de Logan, como nació la idea de devolverme la Green Card una vez que mi amigo no la necesitara más, “al César, lo que es del César”, me diría una vez el propio Marcos cuando le pregunté porqué había decidido devolverme aquella oportunidad. Y yo no tuve mucho más que argumentarle.

Después de cuatro horas de viaje, en las que seguro hubo un buen puñado de confesiones y alguna lágrima, Las Vegas recibió a un moribundo agotado por el trayecto en coche y a un alcohólico con ganas de empezar a quemar la ciudad.

Se alojaron en el Excalibur, un hotel con forma de castillo de Lego situado entre una Pirámide de Egipto y la réplica de la Estatua de la Libertad. Como siempre ocurre cuando llegas por primera vez a Las Vegas, a Marcos le sorprendía que para registrarse en aquel hotel tuvieran que pasar por mitad del casino, donde ya pudieron ver cómo la gente fumaba y bebía en silencio mientras sólo tenían ojos para las máquinas que devoraban sus billetes sin compasión.

Les dieron una habitación con dos camas *queen size* en la planta siete, con una ventana desde la que se veía la inmensidad de la ciudad y los pocos miedos que tenían al recibo de la luz. Logan bajó de inmediato a por la primera cerveza, Marcos pidió que le diera un tiempo, necesitaba refrescarse y recargar las pocas pilas que le quedaban.

Después de la ducha, se conectó a la máquina de oxígeno y cayó rendido sobre la cama con la única compañía de una toalla rodeando su cintura. Mientras, Logan estaría bebiendo y trazando el plan que finalmente me traería casi siete meses después de aquel viernes 13 de septiembre en el que debí volar por primera vez a Estados Unidos.

En honor a la verdad, tengo que decir que de haber sabido que la idea de aquel plan descabellado había salido de la mente de un alcohólico veinteañero en una noche de perversión en Las Vegas, seguramente no hubiera tenido los arrestos necesarios para montarme en el avión que tuvo que traerme aquí hace ahora unas semanas y que pudo acabar con mis huesos en la cárcel.

Logan bajó primero al casino del hotel donde se hospedaban y, donde siete pisos más arriba Marcos ya roncaba. Allí, se sentó en la ruleta electrónica e introdujo en la máquina 20 dólares para empezar a apostar a rojos o negros, una apuesta poco arriesgada para empezar pero que le aseguraba no acabar pelado en las primeras partidas. A su lado se sentó un hombre de mediana edad, de procedencia árabe, que empezó a sacar billetes de cien y a dárselos como alimento a aquella máquina que podía ser una auténtica perdición. Vio pasar delante de él hasta diez veces la cara de Benjamin Franklin, y ambos comenzaron a jugar al mismo juego aunque las apuestas de cada uno estuvieran a años luz del otro.

Allí, mientras cada uno de los participantes de aquella mesa trasladaba sus palpitos a la pantalla táctil que tenían delante, mientras cada uno se gastaba o ganaba una buena cantidad de dinero dependiendo de su suerte, su riesgo y su inversión, desfilaban ante ellos camareras embutidas en estrechos vestidos y medias de rejilla. Como único instrumento llevaban una bandeja llena de bebidas, un bloc de notas y un vaso de plástico con un par de bolígrafos y la propina que les iban dado mientras repartían, gratis, un buen puñado de cervezas, cócteles con más hielo que alcohol y botellitas de agua.

Logan, por supuesto, sabía que aquellas consumiciones las acabaría pagando con lo que perdiera en las máquinas, pero a pesar de ello y más teniendo en cuenta los problemas con el alcohol que no había logrado solucionar por muchas reuniones de los viernes a las que fuera, él sólo veía bebida gratis, y claro, el resultado de la noche no era difícil de averiguar.

El árabe fundió sus mil dólares a la vez que Logan acababa de malgastar sus segundos veinte en jugadas estúpidas al 27, su número de la suerte. A pesar de la mala fortuna que parecía haber acompañado a ambos, cuando vieron que tenían cero en sus marcadores de ganancias, brindaron con la tercera Corona que les acababan de traer, porque allí, en Las Vegas, no está mal visto que los ex alcohólicos y los árabes beban cerveza.

Logan nunca me ha dicho el nombre de aquel compañero involuntario que surgió en la mesa de una ruleta en un casino de Las Vegas. Para mí eso no es un problema, al igual que Marcos y yo hemos hecho al contar toda esta historia, utilizaré un nombre falso para evitar que ninguno de los que participó en el plan de restauración de mi identidad se vea perjudicado. Llamaremos al árabe Omar, sólo porque es más corto que Mohammed, que ha sido mi primera opción, y por huir de tópicos.

Omar tenía la tez morena, no tanto como la que la enfermedad de Marcos le había hecho portador. Ojos color azabache y pelo negro zaino. El prototipo árabe con dinero proveniente de algún país exportador de petróleo, con ropa cara sin llegar a ser ostentosa, aunque eso sí, portaba un reloj Richard Mille que podría costar perfectamente medio millón de dólares, un modelo exclusivo fabricado con titanio y lital, una aleación poco frecuente y que sin embargo permitía que el cronógrafo no pesara más de 30 gramos.

Como las manecillas de aquella verdadera obra maestra de la ingeniería, la exactitud de los movimientos de Omar era digna de resaltar. Elegante, metódico, tranquilo y seguro, así se movía aquel compañero casual de viaje tanto por la moqueta del hotel como por la fría pasarela que une aquel hotel con el New York, New York, otro alojamiento mítico del Strip de Las Vegas, y al que se dirigieron ambos después de que la ruleta los desplumara en el Excalibur.

A su lado, la tosquedad de aquel ex combatiente americano resaltaba como un mal guardaespaldas destaca ante su protegido. Y precisamente esa era la imagen que daban, porque aunque aquella noche Omar no llevara ningún escolta (al menos no de forma visible) se notaba que allí en su país estaba acostumbrado a su compañía, a ver ante él la forma musculosa de un hombre que con su cuerpo y con una pistola semiautomática atacaría cualquier peligro contra el que se encontraran.

Era alguien influyente, sin duda. De esas personas que pasan desapercibidas en una reunión y que, a pesar de eso, no se hace nada en ella sin que él no lo haya autorizado y donde, al final, su opinión es la única válida.

Logan pensó que sería un buen compañero de juerga, sólo eso, porque en un primer momento no se imaginó que pudiera serle útil para la historia que empezaba a rondar en su cabeza. Unas cuantas jugadas después, cientos de dólares malgastados más tarde y, sobre todo, tras una cantidad de cervezas demasiado elevada como para llevar la cuenta final, Logan le contó a aquel extraño la historia que a mí no me ha querido contar nunca, a pesar de que involuntariamente soy una parte destacada de ella.

Fueron de casino en casino, hablando, sobre todo Logan, de tonterías de borrachos que en muchos casos no tenían sentido. Omar se interesaba mucho por sus escasos años de experiencia en sus distintos destinos militares y él, encantado, le contaba mil y una batallitas con todo lujo de detalles.

Por la calle, mientras andaban iluminados por las miles de luces de neón que te hacen olvidar la hora que es, un buen puñado de chavales les llenaban las manos de tarjetas que mostraban a chicas en posturas igual de sugerentes que la lencería con la que estaban vestidas, en el caso de que lo estuvieran, claro. Logan planteó ir a uno de aquellos espectáculos, decía que ir a Las Vegas para ver una de las muchas funciones que El Circo del Sol representa en los más destacados teatros de los hoteles era una elección pésima teniendo en cuenta que por incluso menos dinero puedes ver a mujeres con menos ropa demostrando toda una suerte de elasticidades.

En cambio, Omar rechazó la sugerencia de ir a ver a aquellas chicas en un espectáculo público.

—Esas cosas hay que hacerlas en privado, Logan. Nunca hay que demostrar en público tus debilidades.

—No creo que ninguna chica de éstas, a no ser que le pague bastante dinero, quiera hacerme un pase privado en mi habitación. Además que no podría ser.

—¿Cómo que no podría ser?

Y ahí fue cuando le contó que había venido acompañado de Marcos, aunque él se había preferido quedar en el hotel y no salir aquella primera noche.

—Mañana puede que lo conozcas.

—En Las Vegas todo es posible, que conozca a tu amigo y que tú tengas un pase privado de una de estas chicas.

Las dos cosas se cumplieron en aquellos tres días que estuvieron en Las Vegas. La primera al día siguiente, cuando los tres quedaron para comer y tomar unos cócteles en uno de los restaurantes más caros de la ciudad, ubicado en el hotel Wynn, donde se alojaba aquel árabe misterioso. La segunda, la última noche, cuando una mujer de una belleza extrema aceptó subir con Logan a su habitación mientras Marcos se quedaba con Omar jugando al Blackjack. Pero como “lo que pasa en Las Vegas, se queda en Las Vegas”, he decidido que no voy a desvelar lo que sucedió en aquel encuentro íntimo, y eso que Logan, a pesar de sus secretismos, nunca ha tenido reparos en contarme aquella parte de la historia de Las Vegas con todo lujo de detalles.

Antes de aquello, en esa primera noche. Cuando Logan andaba dándole vueltas a la posibilidad de devolverme mi visado y mi vida de una manera fácil y sin levantar sospechas, llegó la pregunta con la que comenzaría a trazarse un plan en el que yo entraba a formar parte, aunque en aquel momento estuviera totalmente ajeno a él en Madrid, echando mi enésimo currículum a una empresa que a cambio de 500 euros pedía poco más que un Máster del Universo.

—¿Tú qué clase de visado tienes para estar en Estados Unidos? —le acabaría preguntando Logan.

—Bueno, tengo mis contactos —le contestaría Omar con ese tono suave y misterioso que tan bien concordaba con su aspecto.

—Eso necesito yo ahora, sabes. Contactos.

—Todo el mundo puede tenerlos si sabe dónde buscar o si tiene dinero.

—El último dinero que tenía se lo acaba de tragar esta máquina —dijo golpeando la pantalla que tenía delante —jodido 27.

—El dinero es algo que viene y que va. Por eso las cosas importantes son las que no pueden desaparecer cuando falta el dinero.

—Es fácil decirlo cuando se tiene el culo forrado con billetes de Franklin.

—No siempre he tenido tanto dinero, te lo aseguro. Y por eso no le doy la importancia que no tiene. ¿Para ti qué es importante?

Y con aquella pregunta inocente, con aquella mirada profunda y la serenidad que Omar no había perdido gracias a no haber bebido tantas cervezas como su interlocutor, Logan se derrumbó y le contó que hasta la fecha sólo le importaba una camarera de un bar de mala muerte en un barrio poco recomendado de Los Ángeles y un amigo que se moría.

Ya de noche, Logan y Marcos dejaron el estado de California y entraron en el de Nevada. No sé si existe algún cartel que indique la frontera como sí lo hacen las cientos de luces que brillan en el primer casino de carretera que tuvieron que ver aquellos dos compañeros de viaje hasta su destino. Fue gracias a ellas cuando las dudas quedaron despejadas y otras más grandes aparecieron.

Allí, en aquella línea imaginaria que supone cualquier frontera del mundo, aunque algunas estén llenas de vallas de espinos, quizá fue donde le pidió Marcos a Logan que quedara en secreto la historia que acababa de confiarle a modo de herencia. Y él cumplió su parte sólo conmigo, no salió de su boca ninguna explicación de aquella conversación, por lo que yo sólo puedo contar aquí una aproximación a la verdad, o incluso puede que todo lo que aparezca en las próximas páginas sea falso, por eso, al menos, intentaré contar una bonita historia.

Aquella tarde-noche de viernes era diferente a aquellas otras que pasaron juntos. Ese día debía comenzar la voluntad última a la que incluso un condenado a muerte tiene derecho, y que Marcos había elegido que tuviera lugar en la ciudad más falsa de toda la faz de la Tierra. Quizá porque como en Las Vegas, él había construido sobre el desierto una obra majestuosa que no era más que una copia de cartón piedra de lo que quiso haber sido y no fue.

Logan, aunque respetaba sus deseos, porque quién era él para negarle unos últimos días de diversión a un enfermo terminal, comenzó a darle vueltas en su cabeza a las posibilidades que tenía Marcos de sobrevivir a su inevitable destino.

Fue así, en la mente de Logan, como nació la idea de devolverme la Green Card una vez que mi amigo no la necesitara más, “al César, lo que es del César”, me diría una vez el propio Marcos cuando le pregunté porqué había decidido devolverme aquella oportunidad. Y yo no tuve mucho más que argumentarle.

Después de cuatro horas de viaje, en las que seguro hubo un buen puñado de confesiones y alguna lágrima, Las Vegas recibió a un moribundo agotado por el trayecto en coche y a un alcohólico con ganas de empezar a quemar la ciudad.

Se alojaron en el Excalibur, un hotel con forma de castillo de Lego situado entre una Pirámide de Egipto y la réplica de la Estatua de la Libertad. Como siempre ocurre cuando llegas por primera vez a Las Vegas, a Marcos le sorprendía que para registrarse en aquel hotel tuvieran que pasar por mitad del casino, donde ya pudieron ver cómo la gente fumaba y bebía en silencio mientras sólo tenían ojos para las máquinas que devoraban sus billetes sin compasión.

Les dieron una habitación con dos camas *queen size* en la planta siete, con una ventana desde la que se veía la inmensidad de la ciudad y los pocos miedos que tenían al recibo de la luz. Logan bajó de inmediato a por la primera cerveza, Marcos pidió que le diera un tiempo, necesitaba refrescarse y recargar las pocas pilas que le quedaban.

Después de la ducha, se conectó a la máquina de oxígeno y cayó rendido sobre la cama con la única compañía de una toalla rodeando su cintura. Mientras, Logan estaría bebiendo y trazando el plan que finalmente me traería casi siete meses después de aquel viernes 13 de septiembre en el que debí volar por primera vez a Estados Unidos.

En honor a la verdad, tengo que decir que de haber sabido que la idea de aquel plan descabellado había salido de la mente de un alcohólico veinteañero en una noche de perversión en Las Vegas, seguramente no hubiera tenido los arrestos necesarios para montarme en el avión que tuvo que traerme aquí hace ahora unas semanas y que pudo acabar con mis huesos en la cárcel.

Logan bajó primero al casino del hotel donde se hospedaban y, donde siete pisos más arriba Marcos ya roncaba. Allí, se sentó en la ruleta electrónica e introdujo en la máquina 20 dólares para empezar a apostar a rojos o negros, una apuesta poco arriesgada para empezar pero que le aseguraba no acabar pelado en las primeras partidas. A su lado se sentó un hombre de mediana edad, de procedencia árabe, que empezó a sacar billetes de cien y a dárselos como alimento a aquella máquina que podía ser una auténtica perdición. Vio pasar delante de él hasta diez veces la cara de Benjamin Franklin, y ambos comenzaron a jugar al mismo juego aunque las apuestas de cada uno estuvieran a años luz del otro.

Allí, mientras cada uno de los participantes de aquella mesa trasladaba sus pálpitos a la pantalla táctil que tenían delante, mientras cada uno se gastaba o ganaba una buena cantidad de dinero dependiendo de su suerte, su riesgo y su inversión, desfilaron ante ellos camareras embutidas en estrechos vestidos y medias de rejilla. Como único instrumento llevaban una bandeja llena de bebidas, un bloc de notas y un vaso de plástico con un par de bolígrafos y la propina que les iban dando mientras repartían, gratis, un buen puñado de cervezas, cócteles con más hielo que alcohol y botellitas de agua.

Logan, por supuesto, sabía que aquellas consumiciones las acabaría pagando con lo que perdiera en las máquinas, pero a pesar de ello y más teniendo en cuenta los problemas con el alcohol que no había logrado solucionar por muchas reuniones de los viernes a las que fuera, él sólo veía bebida gratis, y claro, el resultado de la noche no era difícil de averiguar.

El árabe fundió sus mil dólares a la vez que Logan acababa de malgastar sus segundos veinte en jugadas estúpidas al 27, su número de la suerte. A pesar de la mala fortuna que parecía haber acompañado a ambos, cuando vieron que tenían cero en sus marcadores de ganancias, brindaron con la tercera Corona que les acababan de

traer, porque allí, en Las Vegas, no está mal visto que los ex alcohólicos y los árabes beban cerveza.

Logan nunca me ha dicho el nombre de aquel compañero involuntario que surgió en la mesa de una ruleta en un casino de Las Vegas. Para mí eso no es un problema, al igual que Marcos y yo hemos hecho al contar toda esta historia, utilizaré un nombre falso para evitar que ninguno de los que participó en el plan de restauración de mi identidad se vea perjudicado. Llamaremos al árabe Omar, sólo porque es más corto que Mohammed, que ha sido mi primera opción, y por huir de tópicos.

Omar tenía la tez morena, no tanto como la que la enfermedad de Marcos le había hecho portador. Ojos color azabache y pelo negro zaino. El prototipo árabe con dinero proveniente de algún país exportador de petróleo, con ropa cara sin llegar a ser ostentosa, aunque eso sí, portaba un reloj Richard Mille que podría costar perfectamente medio millón de dólares, un modelo exclusivo fabricado con titanio y lital, una aleación poco frecuente y que sin embargo permitía que el cronógrafo no pesara más de 30 gramos.

Como las manecillas de aquella verdadera obra maestra de la ingeniería, la exactitud de los movimientos de Omar era digna de resaltar. Elegante, metódico, tranquilo y seguro, así se movía aquel compañero casual de viaje tanto por la moqueta del hotel como por la fría pasarela que une aquel hotel con el New York, New York, otro alojamiento mítico del Strip de Las Vegas, y al que se dirigieron ambos después de que la ruleta los desplumara en el Excalibur.

A su lado, la tosquedad de aquel ex combatiente americano resaltaba como un mal guardaespaldas destaca ante su protegido. Y precisamente esa era la imagen que daban, porque aunque aquella noche Omar no llevara ningún escolta (al menos no de forma visible) se notaba que allí en su país estaba acostumbrado a su compañía, a ver ante él la forma musculosa de un hombre que con su cuerpo y con una pistola semiautomática atacaría cualquier peligro contra el que se encontraran.

Era alguien influyente, sin duda. De esas personas que pasan desapercibidas en una reunión y que, a pesar de eso, no se hace nada en ella sin que él no lo haya autorizado y donde, al final, su opinión es la única válida.

Logan pensó que sería un buen compañero de juega, sólo eso, porque en un primer momento no se imaginó que pudiera serle útil para la historia que empezaba a rondar en su cabeza. Unas cuantas jugadas después, cientos de dólares malgastados más tarde y, sobre todo, tras una cantidad de cervezas demasiado elevada como para llevar la cuenta final, Logan le contó a aquel extraño la historia que a mí no me ha querido contar nunca, a pesar de que involuntariamente soy una parte destacada de ella.

Fueron de casino en casino, hablando, sobre todo Logan, de tonterías de borrachos que en muchos casos no tenían sentido. Omar se interesaba mucho por sus escasos años de servicio en sus distintos destinos militares y él, encantado, le contaba mil y una batallitas con todo lujo de detalles.

Por la calle, mientras andaban iluminados por las miles de luces de neón que te hacen olvidar la hora que es, un buen puñado de chavales les llenaban las manos de tarjetas que mostraban a chicas en posturas igual de sugerentes que la lencería con la que estaban vestidas, en el caso de que lo estuvieran, claro. Logan planteó ir a uno de aquellos espectáculos, decía que ir a Las Vegas para ver una de las muchas funciones que El Circo del Sol representa en los más destacados teatros de los hoteles era una elección pésima teniendo en cuenta que por incluso menos dinero puedes ver a mujeres con menos ropa demostrando toda una suerte de elasticidades.

En cambio, Omar rechazó la sugerencia de ir a ver a aquellas chicas en un espectáculo público.

–Esas cosas hay que hacerlas en privado, Logan. Nunca hay que demostrar en público tus debilidades.

–No creo que ninguna chica de éstas, a no ser que le pague bastante dinero, quiera hacerme un pase privado en mi habitación. Además que no podría ser.

–¿Cómo que no podría ser?

Y ahí fue cuando le contó que había venido acompañado de Marcos, aunque él se había preferido quedar en el hotel y no salir aquella primera noche.

–Mañana puede que lo conozcas.

–En Las Vegas todo es posible, que conozca a tu amigo y que tú tengas un pase privado de una de estas chicas.

Las dos cosas se cumplieron en aquellos tres días que estuvieron en Las Vegas. La primera al día siguiente, cuando los tres quedaron para comer y tomar unos cócteles en uno de los restaurantes más caros de la ciudad, ubicado en el hotel Wynn, donde se alojaba aquel árabe misterioso. La segunda, la última noche, cuando una mujer de una belleza extrema aceptó subir con Logan a su habitación mientras Marcos se quedaba con Omar jugando al Blackjack. Pero como “lo que pasa en Las Vegas, se queda en Las Vegas”, he decidido que no voy a desvelar lo que sucedió en aquel encuentro íntimo, y eso que Logan, a pesar de sus secretismos, nunca ha tenido reparos en contarme aquella parte de la historia de Las Vegas con todo lujo de detalles.

Antes de aquello, en esa primera noche. Cuando Logan andaba dándole vueltas a la posibilidad de devolverme mi visado y mi vida de una manera fácil y sin levantar sospechas, llegó la pregunta con la que comenzaría a trazarse un plan en el que yo entraba a formar parte, aunque en aquel momento estuviera totalmente ajeno a él en Madrid, echando mi enésimo curriculum a una empresa que a cambio de 500 euros pedía poco más que un Máster del Universo.

–¿Tú qué clase de visado tienes para estar en Estados Unidos? –le acabaría preguntando Logan.

–Bueno, tengo mis contactos –le contestaría Omar con ese tono suave y misterioso que tan bien concordaba con su aspecto.

–Eso necesito yo ahora, sabes. Contactos.

–Todo el mundo puede tenerlos si sabe dónde buscar o si tiene dinero.

–El último dinero que tenía se lo acaba de tragar esta máquina –dijo golpeando la pantalla que tenía delante –jodido 27.

–El dinero es algo que viene y que va. Por eso las cosas importantes son las que no pueden desaparecer cuando falta el dinero.

–Es fácil decirlo cuando se tiene el culo forrado con billetes de Franklin.

–No siempre he tenido tanto dinero, te lo aseguro. Y por eso no le doy la importancia que no tiene. ¿Para ti qué es importante?

Y con aquella pregunta inocente, con aquella mirada profunda y la serenidad que Omar no había perdido gracias a no haber bebido tantas cervezas como su interlocutor, Logan se derrumbó y le contó que hasta la fecha sólo le importaba una camarera de un bar de mala muerte en un barrio poco recomendado de Los Ángeles y un amigo que se moría.

Soluciones

Cuando tienes un problema hay que barajar las posibles soluciones que tienes a tu disposición, y si no están a tu alcance, las maneras de lograr llegar a ellas.

Cuando el problema es la inminente muerte de alguien, no hay solución que valga. A pesar de ello, Logan se empeñó en hacer más llevadera la marcha de Marcos y restaurar la situación que yo había originado unos meses antes al arrepentirme de ir a Estados Unidos.

Nunca he sabido los motivos por los que Logan tomó parte en algo así. Puede que considerara que aquello sería lo justo, que pensara que aunque Marcos desapareciera yo podría tomar el relevo de su vida y de la amistad que los unía, o simplemente, y quizá sea la razón más ajustada a la realidad y por la que me inclino después de conocerlo, estaba demasiado borracho y nunca pensó que aquello era una locura.

Hay locuras, sin embargo, que dejan de serlo cuando varias personas (con niveles de alcohol en sangre más normales) aceptan tomar parte en ellas.

En aquel momento solo era la idea de un borracho, pero de repente, un completo desconocido escuchó aquella historia con sumo interés, escuchó el plan básico que Logan había considerado bastante fácil de ejecutar, e hizo un par de anotaciones.

–Mi idea es sencilla, tendría que localizar a su amigo en España, decirle que coja un vuelo lo antes posible y una vez que Marcos muera, incinerarlo, esparcir sus cenizas en el mar, y devolverle la Tarjeta Verde a su legítimo dueño –le contó Logan.

–La idea es sencilla, ejecutarlo no es tan fácil. ¿Cómo pretendes que entre en Estados Unidos una persona que supuestamente lleva meses viviendo aquí? Por no hablar de la dificultad que supondrá hacer desaparecer un cadáver sin que nadie haga preguntas y sin que haya un registro de la defunción.

–Bueno, eso son detalles, habría que perfilar el plan un poco.

–Yo puedo ayudarte.

–¿A cambio de qué?

Y a esta pregunta es a la que hasta el momento no he encontrado ninguna respuesta válida. Ninguno de los implicados ha podido contestarme. Logan me dice que no es de mi incumbencia y a Omar nunca he llegado a conocerlo personalmente.

He pensado muchas cosas desde que conozco esta historia, muchos motivos por los que Omar aceptó ayudar a hacer que esta locura se convirtiera en un plan viable, y la única conclusión a la que he llegado es la de que no lo hizo a cambio de nada.

Nadie lo haría, y una persona con las cualidades de Omar imagino que tampoco lo habría hecho por nada. Arriesgar una vida de lujos, de éxito, de negocios y de ocio por ayudar a un moribundo, al que además aún no conocía, y a su amigo español, al que nunca llegaría a conocer, es un precio demasiado alto incluso para un buen samaritano.

Sé que Marcos acabó debiéndole muchos miles de dólares en concepto de facturas médicas a Edgar, pero además estoy seguro de que yo le debo algo aún más importante a Logan, aunque aún no sé lo qué es.

Omar le dijo que le dejara pensar en el asunto lo que quedaba de noche, a pesar de que ya despuntaba el día en el horizonte de neón de aquella ciudad que nunca duerme y nunca está a oscuras. Se quedó en su hotel, uno de los más modernos (y no por ello menos recargado) de aquella avenida que tantas veces he visto en la mítica serie CSI, mientras que Logan volvió al suyo solo y borracho, pensando que había pactado con el diablo y que aunque hubiera vendido su alma, ya debía de valer poco.

En el Excalibur Marcos dormía, no como su enfermedad que no tenía descanso y avanzaba a pasos agigantados. Los estragos del viaje y los fallos cada vez más habituales de su hígado le habían hecho vomitar sobre la colcha de la cama sobre la que había pasado toda la noche. Logan comprobó la imagen desde la nebulosa de su mirada vidriosa al llegar a la habitación, y a pesar de que Marcos descansaba sobre su propia arcada, lo dejó tumbado una vez que comprobó que aún respiraba mientras él se acostaba, vestido, en la otra cama *queen size* de la habitación.

Las luces, al menos las de aquella habitación de hotel en Las Vegas, se apagaron.

Encuentro

Menos de cinco horas después desde el final de aquel primer encuentro, sonó el teléfono de la habitación. Como en un mal sueño, el ruido hizo que Logan se revolviere en su cama sin entender muy bien en qué lugar del mundo y en qué franja horaria se encontraba.

Aún tenía la mente achispada, la boca como un zapato y la vejiga llena. En otras ocasiones parecidas, se hubiera meado encima, no sería la primera ni la última vez que lo haría, pero la llamada le hizo despertarse de golpe, así es que pensó que después de atenderla iría al baño.

Contestó con un gruñido al tiempo que percibía que en la cama de al lado, Marcos y la colcha vomitada habían desaparecido.

Al otro lado de la línea, la voz grave y misteriosa de Omar le daba las buenas tardes, porque efectivamente y a había pasado el mediodía en los relojes invisibles de la ciudad de Las Vegas, donde cualquier tipo de mecanismo que diera la hora parecía estar prohibido con el único objetivo de que el pasar de las horas fuera imperceptible para los jugadores incapaces de distinguir el paso de un par de minutos al de una noche entera.

–Me gustaría hablar contigo de la propuesta que te hice anoche.

–Te has rajado, ¿verdad?

–De eso nada, pero temía que ni siquiera te acordaras. Por eso me gustaría hablar contigo dentro de un rato -lo que significaba que quería que fuera antes de que Logan pusiera un pie en cualquier casino y empezara a beber sin descanso-. ¿Qué te parece si quedamos para comer? Yo invito.

–Dentro de una hora puedo estar donde me digas.

–Genial, reservo entonces para las dos en el restaurante Mizumi de mi hotel. ¿Vendrás solo o me vas a presentar al fin a tu amigo?

–Reserva para tres, quiero que os conozcáis, le he hablado de ti y está deseando charlar contigo personalmente –mintió como acostumbra a hacer.

–Perfecto. Sed puntuales.

Así es que después de vaciar un par de litros de cerveza en forma de orina sobre el immaculado WC del baño, Logan decidió ponerse en marcha y llamar a Marcos para averiguar dónde cojones estaba. Con la de deudas que tenía ya y los pocos días que le quedaban de vida, podría estar cometiendo cualquier locura en aquella ciudad perfecta para planearlas, y si no que se lo dijeran a él.

Tres, cuatro, cinco tonos. Nada. Buzón de voz. Colgó. Nunca le había gustado tratar a las máquinas como a seres racionales.

Se metió en la ducha para despejar ideas y con la vana esperanza de que la resaca se difuminara por el desagüe. Quince minutos después estaba vestido y dispuesto a salir de la habitación para buscar a su amigo e intentar llegar puntuales a la cita que acababa de concertar en un hotel que no estaba del todo cerca.

Nada más bajar los siete pisos que lo separaban del casino y adentrarse en la zona de juegos, se encontró con Marcos con un café del Starbucks en una mano (qué fácil es cambiar de opinión cuando no te queda otra) y veinte dólares en la otra, aunque éstos últimos pronto desaparecerían devorados por las fauces de la ruleta en la que estaba sentado su propietario.

–Marcos, tío. Pensaba que no te encontraba.

–No tengo muchos sitios a los que escapar, y tampoco mucho dinero. Esos eran uno de mis últimos veinte dólares.

–Oye, tenemos que irnos, he quedado con un tipo que quiero que conozcas.

–Espera un poco, acabo de empezar a jugar, creo que hoy es mi día de suerte.

–Quizá lo sea, pero no en el juego -le contestó Logan-. Tengo que contarte algo, pero mejor lo hacemos por el camino, tenemos media hora.

Marcos no estaba para discutirle a nadie, así es que le dio a imprimir premio, y sus veinte dólares se convirtieron en un ticket por el mismo valor canjeable en cualquiera de los muchos cajeros del casino o en las ventanillas destinadas para tal efecto. Sin embargo, lo guardó en la cartera, dispuesto a volver para gastar aquel recibo en cualquier otro momento.

En el Strip, una de las calles más famosas de Las Vegas, bajo un sol poco habitual en aquella época del año, Logan le debió de contar el plan que llevaba casi 20 horas comiéndole las neuronas, y que a pesar del tiempo que había invertido en emborracharse la noche de antes, no había conseguido quitarse de la cabeza ni un sólo segundo.

Tampoco sé mucho de lo que ocurrió en aquel paseo, de cómo le explicó Logan a Marcos la posibilidad de que yo llegara a Estados Unidos para ocupar el hueco que él dejara, el mismo que yo le había regalado unos meses antes. Tampoco puedo imaginar la reacción de Marcos al escuchar aquella descabellada idea en la que además, se hablaba de una posibilidad que tendría que darse después de su propia muerte. Y por supuesto, no sé nada de lo que le contó Logan sobre la persona con la que se iban a reunir y su voluntad de ayudarles.

–Logan, si tuviera que devolverle los favores a toda la gente que me ha ayudado en los últimos meses, creo que no tendría vida suficiente para hacerlo.

–Esto no se trata de devolver un favor, sino de devolver una vida. No me digas que no lo has pensado.

–No lo he pensado tal y como tú me lo planteas. Pero claro que cuando supe que estaba enfermo pensé que el esfuerzo de Manolo no había servido de nada. Que al final iba a ser como si a ninguno de los dos nos hubiera tocado la Green Card.

–Pues piensa lo contrario, esta es la oportunidad para que a los dos os toque. ¿No era eso lo que queráis?

–Sí, también queríamos vivir en Santa Mónica, pero ahora ya he aprendido que la vida es eso que sucede a pesar de tus sueños.

–Tus sueños fueron los que te dejaron como herencia junto a una Green Card. Vives de prestado, quizá sea hora de devolver una vida que, lo quieras o no, ya no vas a necesitar.

–De acuerdo, quizá esa sea la única manera de seguir viviendo, aunque sea de prestado, igual que hago ahora.

Marcos aceptó, confiaba plenamente en aquel nuevo mejor amigo y, conociéndolo, seguro que pensó que sería bonito vernos juntos algún día no muy lejano, aunque Logan y yo, al final, nunca hayamos conectado demasiado bien.

Cuando llegaron al restaurante Mizumi, un lujoso establecimiento en una de las zonas más exclusivas del hotel, Marcos miró a Logan como preguntándole quién iba a pagar aquello. Cuando descubrió a Omar esperándolos en una de las mesas más apartadas de miradas indiscretas y libre de que nadie les escuchara, dejó de preocuparse por la cuenta de aquella comida que imaginaba que sería la última (y una de las primeras) que disfrutaría en un lugar que estaba muy por encima de sus posibilidades.

Omar saludó a Marcos con un apretón de manos de hombre de negocios, firme pero no demasiado fuerte. Además, el ligero giro que había impreso en aquel saludo le permitió mostrar su Richard Mille.

Tomaron asiento los tres en una mesa redonda, de modo que todos estuvieran a la misma distancia unos de otros, como si cada uno de los integrantes de aquella reunión fueran igual de importantes, algo que obviamente era falso, porque ya he dejado claro que aquel empresario árabe era siempre el que tenía la última palabra cuando hablaba de negocios.

Marcos comenzó detallando la enfermedad que tenía para que Omar se asegurara de que era una situación irreparable.

–Veo que tenemos que actuar rápido, Marcos –dijo Omar no mostrando ni un sólo atisbo de pena por la vida que se le escapaba a su compañero de mesa.

–Eso creo, aunque yo no sé muy bien por dónde empezar.

–Lo más urgente es que hables con tu amigo en España, saber si él estaría dispuesto a venir a Estados Unidos y quedarse con su Tarjeta Verde. Quizá no quiera y

estemos organizando todo esto para nada –comentó Logan.

–Debe aceptar, cuéntale que es hora de recuperar lo que es suyo –insistió Omar.

–Lo haré.

–Bien, del grueso de la operación puedo ocuparme yo, aunque necesitaré de vuestra ayuda en momentos puntuales y, sobre todo, es necesario que todo el plan esté engrasado para que no haya cabos sueltos que nos comprometan en ningún momento.

–¿Qué podría pasarnos si nos pillan? –preguntó Marcos.

–A ti nada –dijo serio Omar–. Por desgracia o por fortuna tú eres el que menos tiene que perder si algo sale mal en esta operación. Así es que no te preocupes, los que estamos dentro tenemos que ser conscientes de que este plan conlleva unos riesgos, pero todos podemos ganar algo.

Aún no logro entender qué ganaban ellos con aquel plan de locura, por qué dos personas sin ningún tipo de relación se ponen de acuerdo para ayudar a que un español pase sus últimos días sabiendo que otro amigo tomará las riendas de la vida que dejará incompleta en Estados Unidos.

Logan puede que lo hiciera simplemente para cumplir un código de lealtad que él mismo se había marcado cuando conoció a Marcos, puede que lo hiciera sólo por ayudar a un amigo, puede que su mente alcoholizada encontrara un razonamiento lógico a algo que sin duda no lo era. Pero lo que aún me pregunto es el porqué Omar se implicó en aquel plan disparatado en el que además puso todo su empeño y contactos para que saliera a la perfección. Para que todo encajase como el engranaje de aquel reloj de pulsera que tenía hechizado a Logan.

Plan

El plan quedó durante la sobremesa totalmente atado y dispuesto para que se tocaran a los contactos adecuados y que todo se cumpliera como se había ideado.

Lo primero que había que hacer, tal y como había indicado Logan, era preguntarme a mí si aceptaba ir a Estados Unidos y continuar como si no hubiera pasado nada con la vida que Manuel Ramírez había llevado desde septiembre allí.

Luego, a la vuelta a Los Ángeles, Marcos se recluía en la casa de los Durant, cualquier persona que quisiera despedirse de él debería hacerlo allí, no podían correr riesgos innecesarios. Por supuesto, este plan no se cumplió del todo, Marcos no se lo contó a Logan, pero un par de días antes de que yo llegara, hizo una escapada a los juzgados del Ayuntamiento de Beverly Hills para proveerme de una esposa y de diez mil dólares con los que seguir una vida que él ya había empezado por mí.

Edgar debía arreglar los papeles del hospital, pagar los gastos médicos que había generado la hospitalización y las múltiples pruebas que le habían hecho a Marcos. El pago se realizaría como un donativo, al que se le añadiría una propina sustanciosa, con la única condición de que fueran borrados todos los datos que aparecían en el registro informático del hospital a nombre de Manuel Ramírez. Edgar sólo tenía que esperar a que Omar le indicara el día y la hora exacta para acudir a hacer aquel trámite. La persona que recibiera el pago sería proclive a aceptar semejante soborno.

Con un historial médico en blanco, Manuel Ramírez podría ser beneficiario de un seguro que le cubriera en caso de enfermedad. Fue este uno de los motivos por los que días después Marcos decidió organizar una boda junto a Paola, e incluir entre las condiciones para la celebración de la misma que lo incluyera como beneficiario del suyo.

El final del plan era bastante sencillo dicho sobre una mesa, y más si se trataba de una de un restaurante lujoso de Las Vegas. Pero luego seguro que plantearía sus problemas, aunque habría que esperar al fallecimiento de Marcos para seguir con esa parte del plan.

Aquella ocasión fue la única en la que se habló de aquello delante de Marcos, porque hablar de planes de futuro con alguien que no lo tiene no es plato de buen gusto para nadie, y más aún cuando se trata de hablar de cómo deshacerse de lo único terrenal que va a quedar una vez que muera: su cadáver.

—¿Qué pasará conmigo cuando muera?—interrumpió Marcos cuando acababan de pedir el postre.

—Marcos—dijo Omar—imagino que esa parte no querrás oírla.

—Casi prefiero saber qué va a pasar con mi cuerpo cuando fallezca que imaginarlo.

—Eso podemos negociarlo Omar y yo a solas—dijo Logan.

—No. Quiero conocer el plan completo, yo ya no me juego nada, pero aquí hay gente que me importa que puede acabar mal si esto llega a tener algún fallo.

—No va a salir nada mal—le cortó Omar—. Verás, Marcos. Como comprenderás no puede quedar ningún rastro de ti en Estados Unidos, ni siquiera alguna prueba de que has estado estos meses aquí, por eso, imagino que entenderás que tendremos que incinerar tu cuerpo.

—Agradezco que no me vayáis a enterrar en mitad del desierto del Mojave.

—¿Cómo vamos a conseguir que sea incinerado sin que quede constancia en ningún sitio?—cuestionó Logan haciendo como si Marcos fuera un mero espectador.

—Porque no habrá certificado de defunción y no vamos a llevarlo a un crematorio ordinario—contestó Omar sin mirar a los ojos llorosos de Marcos—. Estarás en casa del productor de cine cuando te llegue la hora, puedo conseguir medicinas y drogas para que no sientas nada en esos momentos—continuó dirigiéndose ésta vez sí a Marcos—. De allí, habrá que esperar a que sea de noche para transportar el cuerpo hasta donde yo indique y luego, vosotros decidís dónde esparcir sus cenizas.

—En Palisades Park—se oyó decir bajito a Marcos.

Por supuesto, las tartas de queso que pidieron para cerrar la comida, se quedaron intactas sobre sus platos.

El plan se cumplió tal y como quedó cerrado durante aquella sobremesa. Cuando Marcos falleció, tranquilo y drogado en aquella *queen size* del ala de invitados de la casa de Edgar. Logan sólo tuvo que hacer una llamada y al rato, cuando Lucy y Frida habían llorado sobre su cuerpo inerte durante un buen rato, lo montamos en la trasera del jeep de lunas tintadas de Logan al anochecer y lo llevamos hasta un negocio familiar de cremación de animales cerca de Chinatown.

Allí no hubo preguntas, ni registros, ni miradas acusadoras. Todo debió estar concertado de antemano por Omar, no quiero pensar la suma de dinero que aquel negocio recibió por un encargo tan poco habitual.

Horas después, con las cenizas en un tarro poco ostentoso, Logan, Frida, Lucy, Edgar y yo fuimos hasta Palisades Park y, amparados en la oscuridad de la noche cerrada y sólo observados por un cielo que amenazaba lluvia y una luna huidiza, esparcimos lo que quedaba de Marcos tirándolo por el acantilado que corta la Pacific Coast.

Aquel día yo perdí definitivamente a un amigo que hacía tiempo que no lo era y recuperé una vida que no estaba seguro de querer.

Madrid

Cuando España se levanta, Estados Unidos se acuesta. Por eso, diez días antes de una muerte de la que aún no sabía nada, recibí a media mañana la llamada que habría de cambiar mi vida (esta vez sí) desde la media noche de la ciudad que nunca apaga las luces.

Al otro lado del teléfono estaba Marcos, yo aún no sabía que me llamaba desde un casino de Las Vegas, aunque desde su primera frase me di cuenta de que estaba totalmente borracho, celebrando una vida que se le escapaba y, por adelantado, el éxito que tendría un plan disparatado del que acababa de ultimar hasta el más mínimo detalle, y en el que yo era, sin saberlo, la estrella invitada.

–Manolo, ve preparando la maleta. Te vienes a Los Ángeles.

–¿Qué dices, Manolo eres tú, recuerdas? No tendríamos que estar hablando.

–Eso ya da igual, tío. Solo quería preguntarte si quieres recuperar tu vida. Es hora de devolvértelo el favor.

–Marcos, no tienes que devolverme nada. Vive tu vida y disfruta de la Green Card. Te tenía que haber tocado a ti.

–Yo ya no la voy a necesitar –me dijo refiriéndose a su vida, aunque yo entendí que de lo que hablaba era de la Tarjeta Verde.

–Marcos, creo que estás muy borracho. Esta conversación nos puede costar muy caro a los dos, pero si quieres hablamos en otro momento.

–Yo ya no tengo nada que perder. Sólo quiero que me contestes a una cosa. ¿Quieres recuperar la Green Card que me prestaste?

–No te la presté, te la di para siempre.

–Pues ese para siempre se acaba pronto. Ven y recupera tu vida. ¿Quieres o no?

A pesar de que no entendía nada, de que no sabía ni media del plan que había ideado un alcohólico, un moribundo y un tipo un tanto siniestro en un lujoso hotel de Las Vegas, tardé sólo un par de segundos en contestar.

–Sí, quiero.

Y así, con esta frase tan propia de Las Vegas, acepté ser parte de aquel plan. En lo bueno y en lo malo, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte (la de Marcos) nos separase.

Quizá no os interese, pero en este momento creo que debería explicar qué fue de mi vida en Madrid después de decidir no viajar a Los Angeles con mi Tarjeta Verde.

Aquel viernes de septiembre, mientras un avión de Iberia sobrevolaba el Pacífico, yo regresé a mi casa con una maleta llena de la ropa doblada por mi madre, para que toda ella volviera a llenar mi armario.

Pero ya nada era lo mismo que antes. Me había quedado sin trabajo, sin coche, sin mi mejor amigo y, por supuesto, sin la posibilidad de salir nunca de España, sobre todo si era para ir a Estados Unidos.

El poco dinero que había conseguido como indemnización al dejar el trabajo se evaporaba día tras día. Habían pasado algo más de seis meses desde aquel 13 de septiembre en el que decidí volver a mi aburrida vida de diario y era uno de los casi seis millones de españoles sin trabajo. Vivía con mi madre en un piso tan antiguo como yo en un barrio obrero de Madrid, donde los comercios de toda la vida eran sustituidos por tiendas regentadas por chinos que vendían de todo a cualquier hora del día.

El tiempo había pasado de ser un bien muypreciado a un asfixiante embudo por el que tenía que pasar continuamente, sin ver el final ni el recipiente en el que desembocaría. Dormir era sólo el medio por el que diferenciaba un día de otro, pero hacía tiempo que no tenía sueños que cumplir y, por supuesto, nadie con quien compartirlos.

Era un contable que no sabía administrar ni mi propia cuenta corriente, tenía un currículum demasiado parecido al de cualquier otro parado con unos estudios mínimos en administración de empresas, en un país en el que las empresas no quieren ser administradas, les bastaba con sobrevivir.

Entre los colegas de fin de semana no extrañó el hecho de que apareciera en el bar de siempre el primer fin de semana en el que debía estar ya en Estados Unidos. Nadie se había acabado de creer que Manolo, ese chico que sólo salía de Madrid para ir a la playa un par de semanas al año, se montara en un avión solo y se fuera a un país en el que no se le había perdido nada.

Tampoco a nadie le extrañó que Marcos dejara de dar señales de vida y no contestara nunca al teléfono en aquellas primeras semanas. Finalmente, él pasó a ser sólo un recuerdo que pocas veces salía en las conversaciones de borrachos que teníamos a altas horas de la mañana.

Yo lo recordaba a diario, claro. Era el único que sabía la verdad. Cumplí mi promesa de no hablar nunca de lo que había hecho aquella mañana de camino al aeropuerto. Ni mis amigos ni mi madre lo supieron nunca durante los meses que estuve allí. Tampoco les dije hace unos meses los motivos por los que finalmente vine a Estados Unidos. Ahora se estarán enterando, aunque ellos tampoco son mucho de leer.

Bueno, para ser sincero, y he prometido que iba a serlo al contar esta historia, le dije la verdad unos días después de la marcha de Marcos a una persona, aunque no lo recordara ni cinco minutos después de que yo me sincerara con él.

Como parte del trato al que llegué con Marcos aquella mañana del mes de septiembre, pasada la primera semana, y al no tener noticias de él desde América, me dirigí hasta la residencia de mayores en la que vivía desde hacía un año su padre.

Me recibió sonriente y, como si adivinara el cambio que había hecho con su hijo, me llamó Marcos nada más verme.

–No soy Marcos, soy un amigo suyo: Manolo. No sé si me recuerda del barrio. Su hijo me ha pedido que venga a verle.

–Ya vendrá él... –contestó melancólico.

–Por ahora no puede venir a verle. No sé si le contó que quería irse conmigo a Estados Unidos.

–No, no me dijo nada –aseguró él, aunque podría haberlo olvidado.

–Queríamos irnos juntos, pero al final sólo yo gané el visado. La semana pasada se lo regalé a su hijo y ahora está en Los Ángeles viviendo. Le aseguro que está bien, y además se ha preocupado para que a usted no le falte de nada. Lo ha dejado todo arreglado. Sólo tiene que firmar aquí para autorizar la venta de su casa. Ya nadie la va a necesitar.

Marcos estaba convencido de que la vida le deparaba una nueva oportunidad, pero no quería que a su padre lo echaran de la residencia y acabara vagando en comedores sociales y albergues de caridad.

Yo le di el pasaporte hacia la vida que me había tocado en suerte y él, a cambio, me dio las llaves de su casa.

–Allí tengo la documentación necesaria para vender el piso, está rehipotecado, pero aún así se le puede sacar algo. Ya lo había puesto a la venta en algunas inmobiliarias, y un par de ellas me dijeron que tenían comprador, pero falta que firme los documentos necesarios mi padre. No sé porqué hace meses, cuando mandamos aquella solicitud me puse manos a la obra a prepararlo todo para que mi padre se quedara para siempre en la residencia. Todo está aún en el piso, sólo tienes que ir a hablar con él y pedirle que firme. Por favor, encárgate de todo.

–Claro, tienes mi palabra.

Y la cumplí aunque su padre había muerto en Navidad, justo un mes después de que se vendiera por una miseria un piso viejo y en mal barrio, o eso me dijeron en la

inmobiliaria. Su padre dejó este mundo con más años sobre sus espaldas que recuerdos, pero con la tranquilidad de haber muerto antes que su primogénito, dejándolo sin que este lo supiera, definitivamente huérfano.

Así es que el poco dinero que quedó una vez liquidada la rehipoteca del piso, lo reinvertí en un bonito funeral en el que sólo estuvimos presentes unos pocos empleados de la residencia y yo, que tenía el penoso título de ser la persona que le había privado del último adiós de su único hijo.

El resto de pertenencias de la familia Ferrer, las que en aquel momento había considerado imprescindibles, las había sacado de la casa y las guardaba en el trastero de mi piso en una caja de no muy grandes dimensiones, dispuesto a poder dárselas algún día a su legítimo dueño.

Así estaba mi vida cuando recibí aquella llamada internacional y escuché la voz de Marcos seis meses después de haberle deseado suerte en su nueva vida. ¿De verdad iba a devolverme la Tarjeta Verde? ¿ya se había cansado de ser residente permanente en Estados Unidos?

En ningún momento pensé que aquella decisión correspondiera a una de las últimas voluntades de un enfermo terminal, ni que el plan fuera tan disparatadamente peligroso como para que, sorprendentemente, tanta gente estuviera de acuerdo en llevarlo a cabo.

A pesar de que aquella idea demencial tuviera tantas aristas, yo sólo me debía encargar de dos pasos, en apariencia bastante sencillos.

El primero sería buscar el pasaporte de Marcos. Junto a los papeles de la venta de la casa, la renovación por perpetuidad de la estancia de su padre en la residencia y algunos asuntos de menor importancia, Marcos también tenía preparado y listo para ser usado su pasaporte. Y yo ahora debía tenerlo en una caja en el trastero.

El segundo, una vez que tuviera el pasaporte en la mano, sería sacar un billete de avión para los próximos días, a nombre de Marcos Ferrer y con destino Los Ángeles, aunque eso sí, debía hacer escala en Philadelphia, donde habría un policía sobornado previamente que haría pocas preguntas y la vista gorda con las diferencias que hubiera entre la foto de la documentación que llevara encima y mi cara.

Y aunque pueda parecer increíble, así de fácil o difícil, según como se mire, fue suplantar una identidad para conseguir recuperar la que meses atrás había prestado a mi mejor amigo.

Segundo viaje

Después de aquella llamada me quedé intranquilo. No sabía si aquello que me acababa de decir Marcos era verdad o una distorsión producida por la distancia y la borrachera.

Aquella noche, cuando ellos se acababan de levantar con la habitual resaca de la que nadie que va a Las Vegas se libra, recibí otra llamada.

–Ve a mi casa y busca el pasaporte, el resto lo puedes dejar allí, si quieres.

–Marcos, tu casa se vendió hace tiempo. Tengo una caja con algunas de tus cosas en mi trastero. Además deberías saber algo...

–¿Sobre mi padre?

–Sí, Marcos, pero no me gustaría tener que decírtelo por teléfono.

–Da igual, dímelo, ya me lo puedo imaginar.

–Tu padre falleció en Navidad. Con el dinero de la venta del piso me dio para pagar un buen funeral. Pensé que hubiera sido lo que tú hubieras querido.

–Bueno... –sollozó él –me alegro al menos de que no vaya a morirme antes que mi padre.

–¿Qué dices, tío?

–Estoy muy enfermo, Manolo. Me quedan semanas, quizá días.

–¿Qué dices? Pero si siempre has sido un toro.

–Pues ya ves, mis días de descargar camiones se han acabado.

–¿Has ido al médico?

–Claro tío. He estado hospitalizado un tiempo. Necesitaría un trasplante, pero ya no hay nada que hacer. No tengo muchas posibilidades, pero tú puedes tener muchas aún.

No supe qué contestar. Estuvimos un rato en silencio, el tiempo justo para darme cuenta de que mi vida estaba cambiando a 10.000 kilómetros de distancia.

–Yo aquí, tal y como están las cosas en España, ya sabes que tengo pocas opciones –contesté sin saber si Marcos seguía al otro lado.

–Por eso quiero que vengas aquí y recuperes lo que es tuyo.

–Sabes que eso es imposible. Si voy a Estados Unidos nos van a pillar a los dos, van a saber que cometimos un fraude, y de los gordos.

–Está todo pensado para que eso no pase, yo desaparezo y tú me relevas. Así de sencillo.

–No creo que sea tan sencillo.

–Tenemos a gente que nos va a ayudar. De eso me encargo yo. Tú sólo tienes que seguir las instrucciones del plan. Una vez aquí, ya es cosa tuya buscarte la vida, espero que tengas más suerte que la que yo he tenido.

Hablamos poco más, él aún tenía un nudo en la garganta después de contarle lo de su padre. Estaba deseando colgar y llorar tranquilo. Solo. Despedirse a su manera del hombre que sin llegar a ser nunca cariñoso con él, había trabajado duro para que no le faltara de nada a su hijo. Suficiente tenía con soportar la ausencia de su madre desde tan pequeño.

Al colgar bajé hasta mi trastero y busqué en la caja de la casa de Marcos su pasaporte. Allí estaba, sin ningún sello, nuevo del poco uso aunque ya tuviera más de un año. El muy cabrón se lo había sacado aquel mes de noviembre en el que echamos la solicitud por Internet. Estaba convencido de que lo necesitaría para ir a Estados Unidos, y quizá no se equivocó, no del todo.

Al día siguiente busqué el billete más económico para ir lo antes posible a Los Ángeles, con escala en Philadelphia, claro. Conseguí uno para cinco días después por casi 900 euros. Un buen pellizco teniendo en cuenta que lo que me había quedado de paro no me daba para ahorrar casi nada.

Le dije a mi madre que me iba, fue lo más difícil que tuve que hacer aquella semana de cambios. Era la segunda vez que lo hacía, que la convencía de que en España no tenía nada que hacer, que en cualquier otro país tenía más oportunidades, y que cuando consiguiera un buen trabajo y establecerme allí, ella podría venir a verme.

Me volvió a preparar la maleta, un desayuno digno de un marqués y me cubrió de besos de despedida (que son menos dulces que los de cada día porque están llenos de lágrimas saladas). Todo repetido como si de un *déjà vu* se tratara. Con la única excepción de que unas horas después yo no volvería a aparecer por la puerta cargado con una maleta lista para deshacer, como ya había pasado unos meses antes.

Cabe decir que Marcos y yo no es que fuéramos dos gotas de agua, pero tampoco éramos polos opuestos. Él más bajo, yo la nariz más ancha, él ojos claros, yo oscuros. Ambos morenos, pelo corto, cara de español treintañero medio. Ninguno excesivamente guapo, ninguno lejos de ser considerado un tipo del montón.

Me compré unas lentillas claras para ocultar la diferencia que en un pasaporte, con la foto a color, se podría apreciar más fácilmente que en la Green Card donde la foto era en blanco y negro, de ahí que nadie hasta aquel momento se hubiera dado cuenta de aquel pequeño detalle. Me las coloqué en uno de los baños de la T4, justo antes de mostrar el pasaporte de Marcos Ferrer a la azafata de tierra encargada de la facturación. Le dejé una maleta que resumía una vida en a penas 23 kilos, aunque ella pensara que yo sólo iba a pasar unas vacaciones a la costa este de EEUU, porque aquel billete, para no levantar sospechas era de ida y vuelta, aunque Marcos Ferrer ya no existiera para tomar el avión de regreso.

La espera para embarcar a un vuelo, sobre todo si el billete que tienes en la mano está a nombre de otra persona, se puede hacer muy larga. Yo sudaba y miraba con recelo a los guardas de seguridad que de cuando en cuando se paseaban por aquel pasillo en el que estaba deseando que se abriera la puerta de embarque de mi vuelo.

Pasé la primera prueba, allí sentado en aquel avión en el que me tocó ventanilla y un compañero de viaje con ganas de charla. Yo no me podía dormir, no sólo por el peso de mi lado, sino porque estaba terriblemente nervioso por la entrevista que tenía que pasar a mi llegada a Philadelphia y porque tenía unas lentillas puestas que sabía que de dormirme se me quedarían totalmente resacas.

Casi diez horas después de que despegara desde Madrid, llegué al aeropuerto de escala. Quité el modo avión del móvil porque esperaba un mensaje. “Primer policía entrando en la sala a la derecha”. Lo leí y lo borré automáticamente, no recuerdo el número de teléfono desde el que me llegó aquel SMS.

Diez minutos después estaba haciendo cola para pasar el momento que pensaba que sería el más importante de mi vida. Tenía un pasaporte que no era el mío, dispuesto a entrar en un país que tampoco me pertenecía. No era un terrorista, no era ilegal, pero sabía que si me descubrieran acabaría en algún calabozo o repatriado.

Me puse delante del policía que me habían indicado. Tenía cara de pocos amigos. Me hizo un par de preguntas sobre los motivos de mi viaje y a lo que me dedicaba en España. Mentí en ambas respuestas: turismo y trabajo de contable.

Me tomaron las huellas y me hicieron una foto de cara, no saltaron las alarmas. Aquel policía acabó sellando un pasaporte que no era el mío y, cuando me lo entregó, creí atisbar una media sonrisa en su cara.

Pasé el control después de haber sudado un par de litros de culpabilidad. Me fui directo al baño, y allí, delante de un espejo, miré aquel sello con unos ojos azules que no reconocía como míos. Me quité la camiseta que llevaba puesta y que estaba empapada, me lavé y la cambié por una que llevaba en la bolsa de mano que me acompañaba en aquel viaje. Guardé el pasaporte y salí dispuesto a montarme en el siguiente avión. Todo salió como alguien a quien yo aún no conocía, ni conocería nunca, había planeado.

Ya todo daba igual. Estaba oficialmente en suelo americano, seis meses después de que Manuel Ramírez llegara.

Marcos

Después de tanto tiempo queriendo llegar a Los Ángeles, cuando lo hice al fin no noté nada raro. Ni siquiera me emocioné, aún estaba nervioso por lo que acababa de hacer. Por haber entrado de aquella manera en el país.

Logan me esperaba en la puerta de salidas del aeropuerto. Ambos supimos sin dirigirnos una palabra quién era el otro.

–Nice to meet you –me dijo aunque yo aún no sabía que Logan solía mentir cuando hablaba.

Yo era un repuesto, un sustituto que desde el momento en el que me tuvo delante supo que no quería como amigo. Si en algún momento pensó que Manuel Ramírez podía ocupar el puesto de Marcos Ferrer, lo descartó aquel día. No estaba dispuesto a que yo fuera su compañero de juergas, quizá porque siempre le recordaría demasiado al que irremediamente iba a perder en unos días.

El viaje en su jeep fue incómodo. Afortunadamente no tuve que hablar demasiado en inglés porque él casi no me dirigió la palabra. Me miraba de soslayo, buscando las similitudes, no tan orgulloso de que su plan hubiera salido tan bien como yo hubiera imaginado.

Condujo directo, y bastante rápido, hasta una casa en Bel Air. Yo quedé perplejo, pensé que iríamos directos a un hospital, no a uno de esos lujosos chalets que yo sólo había visto en los reportajes del *Hola* que compraba semanalmente mi madre.

–¿Aquí está Marcos? –pregunté asombrado cuando la verja de entrada se abría para permitir el paso del coche de Logan.

–Aquí vive, por decir algo. Pero tú no sueñes con quedarte aquí, tendrás que buscarte la vida –me dijo él sin saber aún que Marcos ya me había buscado alojamiento y esposa.

–No podría pagar una habitación aquí ni en un millón de años.

–Hay cosas, incluso en Estados Unidos, que no tienen precio –sentenció Logan.

Un señor canoso y elegante, con un traje que seguramente valía más dinero que el que traía y escondido en un bolsillo interior de mi mochila, esperaba a la puerta de la casa principal.

–Soy Edgar Durant, he oído hablar mucho de ti –me saludó en un español no demasiado malo.

–Encantado –contesté yo.

–Imagino que querrás ver a Marcos.

–Claro, creo que tenemos mucho de qué hablar.

–Lo entiendo, pero no le hagas hablar mucho. Se cansa fácilmente, necesita oxígeno constantemente.

–¿Tan mal está?

–Desde Las Vegas ha dado un bajón importante. Se despidió a lo grande, el muy cabrón –intervino Logan–. Yo te acompaño.

Edgar asintió con la cabeza y Logan adelantó el paso. Yo lo seguí por aquella casa llena de obras de arte, de joyas de artesanía mexicana y de aparatos de última tecnología. Noté que había empezado por lo alto en aquella ciudad, pero que esa no era la realidad que me pertenecía por mi estatus, aunque como a nadie le amarga un dulce, me dejé llevar.

Llegamos a una puerta de dos hojas, blanca como las del resto de la casa. Logan golpeó con los nudillos mientras que con la otra mano ya giraba el picaporte. Entré detrás de Logan, quien se quedó quieto, aún con el pomo en la mano, dejándome pasar. Yo di dos, quizá tres pasos, y me quedé petrificado.

Con aquellos ojos claros me paré a observar la escena. A un lado, sentada en un butacón había una chica morena, guapa, embarazada, de apariencia latina, que se apresuró a levantarse rápido. En el centro de la habitación una cama demasiado grande para el cuerpo menguado de aquel amigo al que no veía desde hacía casi siete meses.

Estaba especialmente moreno, pero a pesar de ello se notaba en su cara que estaba enfermo. Vi cómo dejaba un cuaderno verde y un bolígrafo sobre la mesita que había a su otro lado, junto a una botella de oxígeno de la que salía un tubo pegado a una mascarilla que él tenía quitada por el momento.

–Les dejo solos –escuché que decía ella con un tono dulce y meloso.

Imaginé que aquella era la novia de Marcos, me pregunté si le habría dado tiempo a dejar descendencia cuando vi más de cerca aquella voluminosa barriga aproximándose a mí. ¿De cuánto tiempo estaría embarazada aquella chica?

Me dio la mano cuando llegó hasta donde yo tenía anclados mis pies. Se presentó y yo sólo logré decirle que me llamaba Manuel Ramírez, como si ella no lo supiera ya.

Noté algo raro en cómo Logan miró a la joven mexicana cuando llegaba hasta él. Hubo una sonrisa cómplice entre ellos, de menos de un segundo, quizá, pero la vi justo antes de que ambos se marcharan y Logan, que aún tenía el pomo agarrado, cerrara aquella puerta doble por fuera.

Nos quedamos solos. Marcos y Manolo, Manolo y Marcos. Era hora de intercambiar de nuevo nuestros papeles.

Papeles

Intercambiar una vida no es tan fácil como entrar en una habitación y cambiar de pasaportes, pero había poco tiempo que perder. Marcos había sido durante seis meses yo y, aunque hubiéramos estado a 10.000 kilómetros de distancia, se había impregnado de algunas cosas mías, como la indecisión, el pesimismo y la poca suerte con las chicas (bueno, esto último era algo común en los dos).

Allí, en una habitación inmaculada de una lujosa casa de Bel Air, Marcos y yo intercambiamos nuestros papeles. Repartimos con qué se quedaba cada uno, como dos divorciados hacen con sus pertenencias. Y como en estos casos, claro está, siempre hay uno que sale perdiendo.

–Puedes acercarte, lo que tengo no es contagioso –me dijo.

Yo ordené a mi cerebro que mandara moverse a los músculos necesarios para dirigirme hasta aquella cama, para abrazar a Marcos y, sobre todo, para no soltar ni una lágrima. Fui un autómatas. Recuerdo aquella escena como si la hubiera visto desde fuera, como un espectador ajeno a todo. Sin embargo Manolo estaba en mí y en él. Habíamos jugado demasiado tiempo a que lo éramos los dos.

Cuando me separé de él, cuando dejamos de darnos aquel abrazo sentido (ya muy diferente al que nos dimos cuando nos despedimos en España) y aún sin que yo hubiera abierto la boca, Marcos me tendió aquel carnet con mi foto en blanco y negro, aquella Tarjeta Verde que él había usado durante seis meses y que tal y como me había dicho desde Las Vegas, ya no iba a necesitar, nunca más.

–Te devuelvo lo que es tuyo. Fue un error aceptarla.

–Quizá el error fue mío al ofrecértela.

–De los errores se aprende, yo ya he recibido mi lección.

–Que fuera un error no quiere decir que me arrepienta. Mil veces más lo volvería a hacer.

–Gracias.

Me senté en un lado de la cama, él se puso la mascarilla e inhaló un par de veces.

–Todo está listo. Logan es el único que sabe todo el plan y así debe continuar, cuanto menos sepáis el resto mejor.

–Marcos, yo no quería que esto acabara así...

–No te preocupes, estos meses han sido pocos, pero muy intensos. No sé si hubiera aguantado mucho más este ritmo.

–¿Qué puedo hacer por ti?

–Nada, esperar a que me muera. Prometo no ser pesado. Cuéntame de ti, anda, cuéntame cosas del barrio.

Y le conté como se cuentan las cosas a los amigos de toda la vida, porque aunque ya no lo fuéramos tanto, aún teníamos un pasado juntos.

El me escuchaba desde detrás de la mascarilla con la que se tapaba media cara. Respiraba hondo, me miraba fijo, sonreía unas veces y tosía otras. Yo aguantaba las lágrimas y le resumía más de seis meses de aburrida vida en poco más de cinco minutos.

Cuando acabé, nos quedamos un buen rato en silencio, como se quedan dos viejos amigos que ya no lo son tanto.

–Te quedan bien los ojos azules, cabrón –y se echó a reír.

–No puedo decir lo mismo de los dientes que te faltan –le contesté cuando vi que le faltaban dos en la parte superior de la boca.

Antes de que el silencio volviera a instalarse en aquella habitación inmaculada, grande y muy vacía, reaccioné rápido y le pregunté:

–Y qué hay de ti. Seguro que tienes mil cosas que contarme. ¿Qué has hecho estos meses aquí? ¿Cómo has conocido a toda esta gente? ¿Quién es esa chica?...

–Todo está aquí –me cortó justo cuando yo me disponía a preguntar de quién era el niño que ella estaba esperando.

Cogió la libreta verde que había sobre la mesita y, sin soltarla, apuntó con ella hacia mí.

–Te he buscado un lugar donde alojarte estas primeras semanas, hasta que encuentres un sitio. Tienes además una cuenta en un banco con 10.000 dólares y pronto tendrás un seguro médico. A cambio tendrás que pagar la deuda que tengo con Edgar, el dueño de ésta casa.

–Lo acabo de conocer y no creo que le haga falta más dinero. No entiendo como le puedo pagar yo a él ninguna deuda.

–Lo entenderás, sólo tienes que leer lo que hay aquí escrito con tranquilidad y detalle. Desde que ingresé en el hospital he estado escribiendo. He contado todo lo que me ha pasado estos seis meses. Todas las preguntas que tienes van a quedar resueltas. Es un libro sobre mi vida y tú vida. La nuestra, al fin y al cabo.

–¿Y qué quieres que haga con él?

–Tienes que acabarlo. Se lo prometí a Edgar, pero yo ya no puedo continuar. Él ha pagado todas mis facturas médicas, pero a cambio quiere tener una buena historia para contar. Su hija Lucy te ayudará. Puedes completar las primeras páginas, tú sabrás mejor que yo qué pasó, y luego tendrás que contar todo esto. No te será difícil.

–¿Cómo que no? ¡Pero si yo no soy escritor!

–Coge esto y lee la primera página –me dijo él aún con el libreto en la mano.

Dejé la Tarjeta Verde por un momento sobre la cama y alargué la mano para hacerme con aquel misterioso cuaderno. “Un escritor es sólo alguien que tiene algo que contar, aunque diga que es contable”, leí.

Lo miré fijamente y pensé que aquello era una broma, pero como aún pensaba que tenía mucho en deuda con Marcos, acepté. Coloqué la Tarjeta Verde como separador de aquella libreta que se había convertido en libro, el que ahora tengo en mis manos. Y así fue como en menos de media hora recuperé mi vida y asumí el papel de escritor accidental.

Acuerdo

Marcos me dijo que necesitaba descansar, que habían sido muchas emociones en poco tiempo y que ya no era un chaval.

Salí de aquella habitación con el cuaderno verde en mis manos. Con los ojos llorosos y muerto de miedo. ¿Qué pasaría conmigo en aquel país?

Logan y Frida se habían marchado. Edgar me esperaba a la salida.

–Dice que necesita descansar –le expliqué.

–Bien. Mientras, si quieres, podemos hablar tú y yo.

Yo estaba terriblemente cansado, hacía menos de dos horas desde que había aterrizado, después de volar medio día en un vuelo en el que además tuve que hacer escala para falsear mi identidad ante un policía americano. Mi reloj biológico me decía que eran las cuatro de la madrugada, aunque fuera estuviera empezando a anochecer.

No dije que prefería irme a descansar porque no quería que Edgar se sintiera incómodo, pero sobre todo porque aún no sabía dónde iba a dormir aquella noche.

Como si me leyera la mente, Edgar contestó a aquella duda que me inquietaba.

–Hoy puedes quedarte a dormir aquí. Mañana te llevarán hasta tu nueva casa.

–No me gustaría ser una molestia, puedo alquilarme una habitación para unos días.

–No hace falta, Marcos ha conseguido un acuerdo muy interesante para que no te falte nada estos primeros meses. Mañana conocerás a tu mujer.

–¿Mi mujer?

–Imagino que Marcos no te ha contado nada.

–¿Qué es eso de mi mujer? –volví a preguntar sin entender nada.

–Veo que ya te ha dado el libro. Ahí puedes leerlo. De todas formas no te preocupes, es un matrimonio por conveniencia. Los dos salís ganando, ella te deja vivir en su casa un par de meses y además ha abierto una cuenta a nombre de los dos de la que puedes ir cogiendo dinero para tus gastos.

–¿Estoy casado? –reiteré yo.

–Es sólo un acuerdo, un contrato, si quieres llamarlo así. Dentro de unos meses puedes buscarte un piso y empezar a hacer tu vida. En un par de años, si quieres, puedes divorciarte.

–No entiendo nada –dije yo negando con la cabeza.

–Quizá lo mejor que puedes hacer es leer eso –admitió Edgar señalando hacia la mano que sujetaba el cuaderno.

–Sí, eso ya me lo ha contado Marcos. Quiere que acabe yo el libro.

–Ese es el trato que tengo con él. Pero ya no puede cumplirlo, entre tú y yo, no creo que le queden muchos días de vida.

–Me acabo de bajar de un avión, he visto a mi amigo muriéndose en una casa en Bel Air, me entero de que estoy casado, ¿y encima tengo que escribir un libro? Esto es una locura.

–Es tu vida, ya creo que es muy tarde para rechazarla. Hemos hecho muchas cosas, no precisamente legales, para que tú estés aquí.

–No sé qué decir, yo nunca imaginé que pasaría algo así.

–No digas nada. Si quieres te puedo indicar dónde está tu cuarto y descansar, aunque preferiría que antes nos acompañaras a la mesa. Hoy cenamos un poco tarde, pero queríamos esperarte.

–Quizá es bueno que coma algo antes de irme a la cama –acepté su oferta.

Nos dirigimos a un comedor no demasiado grande, porque aquella sala se dedicaba sólo para almorzar o cenar. Los desayunos se hacían en la cocina y para ver la tele y descansar tenían varios salones en aquella casa de dimensiones considerables.

Como muebles sólo había una mesa para seis comensales, sus respectivas sillas y una vitrina con una elegante vajilla expuesta y un servicio de copas de las caras. Cinco manteles individuales cubrían buena parte de la superficie, y aún de pie, había tres mujeres que me escrutaban como si hubieran visto a un alienígena.

Lucy fue la primera en saludarme, era baja pero guapa. Pelo tostado y flequillo rectísimo. La mujer de Edgar, de la que compruebo que Marcos no ha hablado aún, es una señora discreta y elegante. Madura pero cuidada, no demasiado fea pero tampoco excesivamente guapa. Sylvie, la hija menor, es igual de baja que su hermana, pero tiene caras totalmente diferentes. De frente despejada y mofletes rosados, la genética canadiense ha ganado la batalla en su caso, mientras que en Lucy aún se atisba algo de sus raíces mexicanas.

Tuvimos una cena agradable en la que, a pesar de que la mujer de Edgar no abrió la boca, alegando no hablar un buen español, seguimos teniendo este idioma como el principal en la conversación.

Luego Lucy dijo que me acompañaría para enseñarme mi habitación, donde alguien ya había dejado mi maleta y mi bolsa de mano.

–No te acomodes mucho, imagino que ya sabrás que mañana te trasladas a la casa de tu mujer.

–Lo sé, aunque aún no lo he asimilado. ¡No sé ni siquiera cómo se llama y estoy casado con ella!

–Se llama Paola, y debes agradecerle a Marcos que haya organizado esta farsa, la chica es muy guapa, así es que puedes pensar incluso en ligártela –rió.

–¿Es guapa?

–Mucho, ya la conocerás mañana. Ella también está deseando saber cómo eres.

–¿Le gustaré? –pregunté yo cómo si aquello hubiera empezado a importarme.

–Quién sabe. Yo sólo la vi en la boda, no te creas que somos amigas ni nada.

–Estoy cagado de miedo –le confesé.

–No te preocupes, ha sido todo muy rápido. Pero te irá bien, ya verás –me dijo ella.

–Eso espero.

–Manolo, sólo una última cosa. Marcos ha escrito todo lo que le ha ido pasando en ese libro. Te puede ayudar para comprender mejor el papel que tienes que ocupar ahora, pero me gustaría que lo continuaras. Yo estaré siempre aquí dispuesta a echarle una mano.

–Gracias, lo intentaré, aunque no sé muy bien qué contar.

–Descansa y mañana verás las cosas de otra forma. Buenas noches.

–Buenas noches –le dije cuando ella ya cerraba la puerta de aquella habitación de invitados en la que había lo imprescindible.

Me duché en el baño *ensuite* con el que contaba la habitación. Me quité las lentillas de color y sin abrir la maleta, me tumbé desnudo encima de la cama. Estaba agotado, y aunque pensé que dormiría del tirón, me desperté mil veces, intranquilo, nervioso, atolondrado. A las cuatro de la mañana, cuando en Madrid sería primera hora de la tarde, acabé por desvelarme definitivamente.

Allí, sufriendo por primera vez en mi vida el Jet Lag, agarré la famosa libreta verde y empecé a leer. Lo hice del tirón, me atraparon las historias que supuestamente yo había tenido en los últimos meses en Los Angeles. Me quedaron claras muchas cosas y, lejos de tranquilizarme, aquella especie de diario me sirvió para llenarme de

dudas acerca de lo que acababa de hacer.

¿Por qué iba a tener yo más suerte que la que Marcos había tenido? Y mientras amanecía por primera vez para mí en Estados Unidos, las lágrimas que había retenido la noche anterior durante la primera visita a mi amigo, empezaron a rodar por mis mejillas.

Matrimonio

Nunca me había planteado casarme, por eso, verme con mujer fue algo para lo que no estaba preparado.

Después de asimilar todo lo que había leído, vestirme y mirarme durante más de cinco minutos al espejo, como si quisiera asegurarme de que definitivamente estaba allí, bajé a ver a Marcos. Estaba adormilado cuando llamé con los nudillos a su puerta, por eso, antes de que me diera permiso para hacerlo, entré.

–¿Qué tal llevas el Jet Lag? –rió al ver mis ojeras.

–Mal, aunque gracias a él me ha dado tiempo a leer tu libro.

–Nuestro libro, te recuerdo que tienes que seguirlo tú.

–No sé si voy a ser capaz.

–Lo serás, yo pensé lo mismo y aún no me creo lo que he escrito.

–Es bueno, ¿es todo verdad?

–Todo, puedes comprobarlo.

–No hace falta, te creo.

Paramos un rato mientras él aspiraba tres o cuatro bocanadas de oxígeno. Tenía buen color de cara, pero ya no tenía la fuerza que acostumbraba cuando descargaba palés en el hipermercado de Madrid.

–He descansado bien, si quieres podemos dar un paseo por el jardín.

–Como quieras.

Era lento caminando, pero aún podía ponerse en pie y andar sin tener que estar enganchado a aquella máquina. Salimos al alba y aunque quiso andar un rato, acabamos por sentarnos en un banquito cercano a la barbacoa.

–¿Estás preparado para conocer a Paola?

–La verdad es que no. Aunque tengo curiosidad.

–No te dejes embaucar. Se le da bien. Procura que se haga un seguro médico cuanto antes y te incluya como beneficiario.

–Se lo diré, tranquilo.

–Tienes un buen pellizco en el banco, no lo malgastes pero tampoco aceptes el primer trabajo que te ofrezcan, como hice yo en la cafetería. Este es el país de las oportunidades, pero hay que buscarlas bien.

–Lo intentaré.

–Manolo, quiero pedirte una última cosa.

–Dime.

–No se te ocurra regalarle nunca más tu Green Card a nadie.

Reímos fuerte, como en los viejos tiempos, en aquellas noches de Madrid que ya habían quedado tan lejanas. Después fuimos a la cocina, aunque dijo que no tenía ganas de comer. “Para qué si lo vomito todo”, me explicó.

Había una mujer menuda, colombiana, afanándose en la cocina para tener listo el desayuno cuando se levantaran los dueños de la casa. Probé el auténtico café americano, que de auténtico no tiene nada, y me desayuné un bagel de salchichas y queso.

Lucy bajó al rato, se sirvió un café en una taza para llevar y me pidió que recogiera mis cosas y me despidiera de Marcos.

–Es hora de que conozcas a tu mujer.

Así fue como pasé de vivir con mi madre a hacerlo con mi esposa. Como hacían en pasadas generaciones, y al igual que entonces, sin ni siquiera haberme acostado con ella antes del matrimonio.

Paola vive, y ahora lo hago yo también, en un apartamento extra pequeño y extra caro en el Fashion District de Downtown. Ella se mueve en esta zona como pez en el agua y, aunque aún está validando todo el papeleo para conseguir su preciada Tarjeta Verde, al mes de conocernos y a había conseguido un puesto de aprendiz en una importante firma americana.

Pasa muchas horas en su trabajo, intentando escalar puestos, algo que conociéndola un poco me imagino que conseguirá pronto porque aunque sea mi mujer, debo decir que lo que se propone lo consigue aunque lo haga por medios poco convencionales. Yo mientras tanto paso ese tiempo solo en su apartamento o dando alguna vuelta por el mercado central del Distrito Financiero, donde casi siempre me quedo a comer.

Somos un matrimonio atípico, falso aunque alguna noche me deje dormir en su cama. En esos días, yo vuelvo antes de que amanezca a mi sofá porque en el poco tiempo que hace que la conozco he aprendido que se levanta con un humor delicado, por decirlo de algún modo.

De cuando en cuando, busco ofertas de trabajo en periódicos que no leo y me pateo las oficinas del centro por si alguna empresa necesita un contable que aunque no sea bueno con el inglés, se defiende bien con los números. Por ahora administro los diez mil dólares que Paola pagó por el matrimonio, aunque con el goteo de gastos y la falta de ingresos, imagino que no me llegará el dinero hasta mucho más lejos del final de verano.

Recuerdo que el mismo día que Paola y yo nos conocimos fuimos como dos recién casados a la oficina del banco, y yo tenía el anillo que Marcos había guardado para mí y que me venía bastante bien en el anular de la mano con la que firmé aquellos papeles, con los que, a falta de haber sido yo el que diera el “sí, quiero”, sentí que quedaba sellado nuestro matrimonio de forma definitiva.

Hacia dos horas que nos habíamos conocido, no sabíamos nada el uno del otro, habíamos intercambiado una decena de palabras y, sin embargo, allí, ante un simple empleado de banca, como si él pudiera descubrir nuestro engaño y extraditarla a ella, o a mí, o a los dos, me dio un beso de tornillo que dejó su carmín en mis labios y un gusto amargo en la lengua.

–No te acostumbres –me dijo cuando cruzamos el umbral del banco a la salida.

–Tranquila, sé que esto sólo es un acuerdo –contesté aunque sabía que estaría encantado de acostumbrarme a sus besos.

–Ahora sólo me interesa conseguir un buen trabajo.

–A mí también.

–Cuanto antes lo consigas y tengas tu propio piso mejor para mí.

–El acuerdo no hablaba de plazos.

–Lo sé, pero no te eternices, guapo.

Desde entonces nuestras conversaciones se han suavizado algo más, porque afortunadamente, a pesar de los calentones que nos dan de cuando en cuando, casi no tenemos oportunidad para hablar.

Entrevistas

Mucho más que con mi relación con Paola, a quien a pesar de su frialdad ya he comentado que no le gusta dormir sola, he avanzado bastante con el libro. Para ello, mis primeras semanas aquí las dediqué a buscar información haciéndome pasar por un conocido de Manolo, sin decirle a nadie que el verdadero era yo.

Así fue como conocí a Spiderman durante mi primera visita a Hollywood Boulevard, adonde además de para admirar las estrellas del suelo, fui con un objetivo claro. Hablar con Peter.

Antes de fallecer le pregunté a Marcos algo que no me había quedado muy claro después de leer su libro.

–Marcos, cuando estabas en el hospital y llamaste a Spiderman, ¿nunca te devolvió la llamada?

–Lo hizo, pero nunca me atreví a cogérselo. Al fin y al cabo ya había aceptado el encargo de Edgar y tampoco pensaba que pudiera ayudarme realmente.

–¿No quieres llamarlo para despedirte?

–Creo que no es necesario, yo para él sólo era un camarero de una cafetería, charlábamos de vez en cuando, salíamos alguna noche aislada que otra, pero tampoco puedo decir que llegáramos a ser amigos.

Peter era alto y barrigón, era uno de los superhéroes más demandados entre los turistas para hacerse las típicas fotos en el paseo de la fama. Los niños lo señalaban y lo miraban con la boca abierta. Él saludaba e intentaba que sus padres requirieran su presencia para hacerse una foto con sus hijos a cambio de unos cuantos dólares. No siempre había suerte.

Lo estuve observando durante un buen rato, hasta que cuando paró de hacerse fotos se dirigió hasta el Starbucks en el que Marcos había trabajado durante todos aquellos meses y decidí interceptarlo a la salida.

Con su frapuchino con nata montada en la mano, me puse delante de él y le pregunté si recordaba a un antiguo camarero español.

–Claro, Manolo se llamaba. Desapareció de la noche a la mañana, en la cafetería no saben nada y de mí nunca llegó a despedirse. ¿Tú quién eres?

–Un amigo.

–¿Y por qué no ha venido él en vez de mandarte a ti?

–Porque se ha ido –le mentí a medias.

–Yo sabía que aquí no iba a aguantar mucho, seguro que en España las cosas se solucionan y le va mejor.

–Eso espero.

–Bueno, ¿y qué quieres?

–Nada, sólo quería que supieras que no pudo despedirse, pero me ha hablado muy bien de ti.

–Me imaginé que se iría, y desde luego que cuando aquella guapa mexicana, la preñada, dejó de venir, y él desapareció al poco tiempo, me figuré que había hecho las maletas y se había largado. Se notaba que estaba súper pillado, pero las cosas con las mujeres nunca salen bien.

–¿Nunca te has casado? –me atreví a preguntarle.

–¿Casarme? ¿No te lo ha dicho tu amigo? Soy gay.

Me quedé estupefacto, no sólo porque Marcos nunca se hubiera dado cuenta de su condición sexual, sino porque incluso pensé al leer este libro que Spiderman era homofóbico. Pero obviamente, era sólo un disfraz.

Unos días después, con 700 dólares en el bolsillo, me dirigí hasta Los Feliz. Me gustó aquel barrio con casas de jardines enormes y la tranquilidad que se respiraba en sus calles. Contrastaba con el genio con el que me recibió Yum cuando le conté que era amigo de Manolo.

–El cabrón se fue sin pagar su último mes, menos mal que hablamos con los caseros y se hicieron cargo de su parte con la fianza que había dejado.

Apreté el sobre con el dinero que llevaba en el bolsillo y decidí dejarlo allí. Al fin y al cabo la deuda estaba saldada.

–Si vienes a por sus cosas lo siento, pero lo dimos todo a beneficencia, tampoco había demasiado, ese chico era extrañísimo –dijo él, quien obviamente pensaba de sí mismo que era una persona de lo más normal del mundo.

–Lo entiendo, sólo me gustaría hablar contigo de él, que me cuentes un poco qué tal fue la convivencia.

–Pues no te puedo contar mucho, ese imponente además de engañarnos hablaba poco y mal, más o menos como tú. ¿Sois familia?

–No, quizá nos parecemos un poco, pero sólo somos amigos.

–Pues dile a tu amigo de mi parte que no se cruce conmigo, porque como lo vea por ahí te aseguro que no lo cuenta.

–Lo siento, creo que ha sido un error venir –dije echando un paso atrás porque hubo un momento en que pensé que iba a recibir el puñetazo que aquel asiático musculado hubiera querido darle a Manolo, y que no hubiera dudado en hacerlo si hubiera sabido que tenía al verdadero justo enfrente suya –mejor me voy.

–Perfecto, pero acuérdate de darle mi recado.

–Lo haré –le aseguré aunque yo sabía que aquello era imposible.

Me fui de allí con un ligero temblor en las piernas aunque llegando a la entrada de la propiedad, antes de salir por la verja, me crucé con una señora obesa y medio calva que se dirigía hacia donde yo acababa de salir.

–¿Señora Ivanova? –pregunté.

–¿Le conozco? –contestó ella en un inglés perfecto a pesar de su procedencia, aunque claro, qué voy a saber yo de acentos que por aquella época aún me costaba entender buena parte de lo que me hablaban.

–Me llamo Marcos –fue lo primero que se me ocurrió– soy amigo de un antiguo inquilino: Manolo. He venido a ver si quedaban algunas de sus cosas aquí, se tuvo que ir sin poder despedirse.

–Lo sé. Yum y mi hijo se enfadaron bastante porque dejó un mes sin pagar, pero estaba la fianza, así es que problema resuelto. ¿Le ha pasado algo?

–Sí, lo ha pasado bastante mal, pero no le puedo contar mucho más.

–Se ha muerto, ¿verdad?

Me dejó helado y no pude mentirle. Con un gesto afirmativo de cabeza le contesté. Ella se echó las manos a la cara para que no pudiera ver las lágrimas, igual de gordas que ella, que manaban de sus ojos claros. Debió ser muy guapa de joven, fue todo lo que pensé al verla en aquella situación.

–Yo sabía que no se iba a ir sin más. Que algo grave le había pasado.

–Deje de llorar señora, se lo ruego. Pasó sus últimas semanas feliz, se lo puedo asegurar.

–¿Cómo sabía mi nombre? –me preguntó entre hipido e hipido.

–Marcos le tenía aprecio.

–¿Marcos?

–Manolo, perdón –quise rectificar, pero ante la mirada lacrimógena de aquella señora y la cara de no entender nada, añadí. –Es una larga historia, señora. Y ya le he

dicho que no le puedo contar mucho.

–Rezaré por él.

–Rece mejor por los que aún estamos vivos –contesté totalmente sincero.

–Lo haré –dijo sacando un pañuelo de su enorme pechera y secándose la cara.

Nos despedimos con un abrazo, uno de esos que en un momento dado de nuestra vida hemos dado a un completo desconocido en alguna ocasión.

Recuerdos

Frida había sido el amor de su vida, nunca antes lo había escuchado hablar de una mujer con la emoción con la que él lo hacía de ella. Y que conste que lo conocí bien, al igual que a todas sus novias (que no fueron demasiadas, la verdad) de Madrid.

Marcos era tímido y poco lanzado para las chicas. Cuando alguna le gustaba más de la cuenta le hacíamos que bebiera un par de cubatas más y que se saliera a la puerta para darle un par de caladas a un canuto. Ni con la confianza que da el alcohol y el cannabis conseguía ser capaz de entrarle a alguna chica de vez en cuando, y mucho menos ligársela.

Marcos no era feo, a su favor tenía unos ojos azules bonitos y esa timidez que a algunas mujeres les vuelve locas. Imaginé que cuando Frida y él se conocieron en la puerta de aquel local de West Hollywood en Halloween, Marcos estaría lo suficientemente borracho como para hablar con la primera chica guapa que se encontrara en la cola.

Para hablar con ella nos citamos en la casa de Logan. Algo que no hizo otra cosa que confirmar mis sospechas, y las de Marcos, claro.

A mi llegada me abrió ella, con una sonrisa en sus labios y una barriga a punto de explotar.

En las casi tres semanas que ya llevaba allí la había visto tres o cuatro veces, pero casi siempre estaba llorando y nunca habíamos intercambiado algo más que un saludo entre dos desconocidos.

–Bienvenido –dijo ella como si fuera su casa.

–Gracias por invitarme, quería traer un vino pero como tú estás embarazada y Logan creo que ya no bebe...

Era verdad. Logan había dado un giro radical a su vida. Se había propuesto dejar de beber cualquier cosa que tuviera alcohol, llevaba una vida sana, no iba a bares y había empezado a trabajar en un taller mecánico (donde trabajara antes es algo que no he llegado a saber nunca).

Tenía un apartamento más grande que el que yo compartía con Paola, aunque con una decoración claramente masculina. Yo era la primera vez, y probablemente fuera la última, que iba a aquella casa, y claro está que no fue porque me hubiera invitado su propietario.

Logan y yo habíamos hablado muchas veces antes, en ocasiones en casa de Edgar y en otras quedábamos en un Starbucks cercano a su casa, pero nunca me llegó a pedir que subiera a un apartamento que quizá ya compartiera con ella.

Logan y yo no congeniamos nunca, él veía en mí una amenaza, me culpaba de lo que le había pasado a Marcos, que quizá tuviera razón, pero estaba claro que él no quería cargar con su parte de responsabilidad en todo aquello.

Yo le estaba agradecido, y él, aunque nunca me lo dijera, estaba arrepentido de haber puesto tanto en juego por mí.

Las veces que habíamos quedado, con el objetivo de cerrar algunos de los flecos pendientes del plan y para que me diera información para este libro, le sacaba poco más que monosílabos, algo que en el fondo le agradecía porque cuando Logan se ponía no había quién entendiera su inglés.

Así fue como me contó lo de aquel viaje a Las Vegas, aunque al final me tuve que inventar buena parte de la historia. Mi obsesión era preguntarle por Omar, pero él intentaba darme respuestas ambiguas.

–¿Lo puedo conocer? –le pregunté un día después de la muerte de Marcos, visiblemente contrariado de no haberlo conocido aquella pasada noche, cuando suponía que él debía haber estado presente.

–No, es una de sus condiciones. Sólo lo conocemos Marcos y yo, bueno, ya sólo yo.

–¿Por qué se esconde?

–No se esconde.

–¿Entonces?

–Sabes que ese tipo se ha jugado el cuello por ti, ¿no? Deja de hacer preguntas sobre él.

–De acuerdo, sólo una más. ¿Cuándo fue la última vez que lo viste?

–Esta mañana.

–¿En serio? ¿Está en la ciudad?

–No creo que ya lo esté.

–¿De qué habéis hablado?

–Esa era tu última pregunta, ¿recuerdas?

–Sí, perdona. Es sólo para completar el libro.

–Ese libro es un error, ya lo he hablado muchas veces con Edgar, y se lo dije mil veces a Marcos, pero ellos tienen su pacto y no quieren ver la realidad.

–¿Qué realidad?

–Que ese libro puede ser nuestra tumba. Ojito con lo que escribes en él.

¿De verdad alguien se tomará en serio todo esto?, pensé. Obviamente saldríamos mal parados muchos. Por supuesto comparto la opinión de Logan (sólo ésta) porque no es muy lógico hacer un pacto de silencio y a la vez llevar la historia a la gran pantalla. Pero bueno, estamos en Hollywood y aquí todo vale.

Con Frida la relación es diferente que con Logan, aunque claro está que casi no habíamos tenido oportunidad de charlar tranquilamente hasta aquella noche.

Como ya he dicho me abrió y me mostró aquella casa como si fuera la suya. Era la víspera del día de la madre, aunque aquí no se celebra el primer domingo de mayo sino algo más adelante.

–Te he traído esto –dije después de lo del vino.

Era un peluche que compré en una tienda de juguetes en Montana Avenue. A ella le encantó y decidí dejarlo presidiendo la mesa en la que había dispuesto tres platos y un buen puñado de delicias mexicanas.

En la primera media hora me conquistó y me di cuenta de que cualquiera podría enamorarse de ella perdidamente. Yo mismo lo hubiera hecho de no ser porque ya estaba casado y porque ella está claro que ya tenía quien la acompañara en el parto.

Aquella noche se mostró dicharachera y ruidosa, su risa llenaba cualquier silencio incómodo y su voz parecía estar siempre dispuesta para cantar una ranchera a lo Dúrcal. Logan se quedó durante la cena un poco al margen y se limitó a comer ya que ella insistió en que nosotros habláramos en español.

Iba dispuesto a que me hablara de su relación con Marcos y, sin embargo, acabé hablando yo más que ella.

–Hábleme de cómo eran ustedes dos en Madrid.

–Éramos buenos amigos, ya lo sabes.

–Pero cuénteme más cosas, de lo que solían hacer, de sus estudios, de su barrio, de sus amigos. Él nunca quería contarme nada y lo poco de lo que platicamos de su pasado, no estoy segura de que fuera del todo cierto.

–Él no era una persona mentirosa, pero imagino que no quería dar muchos detalles de su vida pasada porque decidió dejarla atrás cuando vino a Estados Unidos.

–Cuénteme más.

Y me pasé cerca de una hora poniendo encima de la mesa recuerdos, sacando de mi mente un puñado de souvenirs que no estaban en venta, pero que eran lo más valioso que tenía a este lado del mundo en el que ahora vivía.

Ella me miraba con mucha atención, casi sin probar bocado, reía algunas veces y otras me miraba con dulzura. De vez en cuando interrumpíamos la narración porque ella tenía que ir al baño. “Cosas de embarazadas”, decía con naturalidad.

Yo aprovechaba sus ausencias para deleitarme con aquellas creaciones culinarias mientras Logan me miraba como en la distancia sin atreverse a preguntarme nada. El osito de peluche y él fueron igual de inertes durante buena parte de la cena.

Fue en los postres, antes de que Frida sacara los rollos de malvavisco y nueces cuando la velada apacible dio un vuelco.

Yo no estaba dispuesto a irme sin hacerle a Frida la pregunta que desde que había leído todo lo escrito por Marcos no paraba de rondarme en la cabeza.

–¿Puedo preguntarte una cosa?

–Claro, espero saber contestar, parece serio –rió al ver que mi gesto había cambiado.

–Lo es. Para mí al menos. Necesito saber qué sentiste por Marcos.

–Ya no importa demasiado, lamentablemente Marcos ya no está y la situación ha cambiado mucho.

–Da igual, a pesar de eso me gustaría saberlo.

–Lo conocí en el peor momento de mi vida y pasé una de las noches más divertidas junto a él. Aunque no acabara como él esperaba y aunque yo me arrepintiera de aquello mil veces. Luego, las casualidades de la vida, que también en Los Ángeles ocurren, hicieron que nos volviéramos a encontrar. Todo lo que pasó entre nosotros fue un regalo, algo que no nos había correspondido vivir, pero para lo que estábamos destinados. Yo lo quise mucho, de verdad. Quizá no de la forma que él quería, quizá mil pasos por debajo de lo que él me amó... Sin embargo, nunca hubiera pasado nada entre nosotros, él tenía muchos miedos y yo no era capaz de distinguir lo que es querer de amar. Ahora sí sé la diferencia.

–¿Él lo supo? –le dije yo refiriéndome a sus sentimientos, los de entonces y los de ahora.

–Él supo lo necesario. Yo le conté muchas cosas, tuvimos las pláticas más bonitas que he tenido alguna vez con nadie. Acabó conociéndome muy bien, aunque yo a él no tanto. Creo que lo sabía todo aunque se hiciera el tonto. Yo le aseguro que nunca lo engañé.

–Lo sé. Los dos fuisteis muy importantes para él todos estos meses, y os lo agradezco.

Ella me cogió la mano y me apretó fuerte, mientras una lágrima caía por su mejilla derecha.

–Son las hormonas –me dijo, y se levantó de nuevo al servicio.

Logan estaba mirando la escena como un espectador, pero decidió hablar.

–Deja de hacer preguntas incómodas, no quiero que pase la noche llorando, ha sufrido mucho con todo esto.

–Te las haré a ti entonces. Dime Logan, ¿desde cuándo estás con ella?

–Ella me ha dado la estabilidad, me ha hecho cambiar. No ha sido un flechazo, toda esta historia nos unió. Se lo debo a Marcos.

–¿Qué hubiera pasado si Marcos no hubiera muerto?

Quizá no fue la pregunta más afortunada, pero me envalentoné. Me parecía increíble que mientras su mejor amigo se debatía entre la vida y la muerte, él aprovechara para ganarse a la chica. Puede que sólo estuviera celoso, pero no conseguía ver la buena pareja que en el fondo hacen. Ambos veinteañeros con muchas cosas en común, dispuestos a dar un giro a su vida, a sentar cabeza, a tener un hijo que cree entre ellos un lazo de unión indivisible.

Aunque hubiera esperado que Logan me partiera la cara, que me echara a patadas de su casa, quizá para no enfrentarse con la que ahora era la mujer de su vida, al oír cómo se abría la puerta del baño al otro lado del pasillo, zanjó la conversación con una frase que hasta aquel momento yo no había conseguido asimilar.

–Si Marcos no hubiera muerto, tú no estarías aquí, recuérdalo siempre.

Cumplir

Se cumplen dos meses desde que llegué a Los Ángeles. Hemos entrado en junio y en la recta final para entregar este libro por encargo, escrito entre dos personas que una vez fueron la misma.

En este tiempo he quedado mucho con Lucy, la única persona de la vida de Marcos con la que puedo hablar de otras cosas diferentes a él. A mí me gusta pensar que está enamorada de mí, un amor imposible porque yo estoy casado y tengo que guardar las apariencias. Sería irónico que no me cazaran por todas las cosas ilegales que he hecho para llegar aquí y que sin embargo me deporten por fraude marital.

Probablemente sólo son imaginaciones mías. Ella es correcta conmigo y nunca ha mostrado el menor indicio de algo diferente a ser una editora concienzuda. Me corrige palabra por palabra, me pide amablemente “dale una vueltita a esto” y se ríe con las ocurrencias que tengo para entrar en la vida de Marcos sin que se note.

–Voy a apuntarme a alcohólicos anónimos –le dije un día.

–¿Tú también? –me miró extrañada.

–Quiero conocer qué experimentaba Marcos aquellas tardes de viernes.

–No es necesario para la historia, ¿o es que quieres conocer a la rubia?

–Demasiadas mujeres en mi vida, ¿no crees?

–No tienes la mínima posibilidad con ninguna –rió como lo hacen las mujeres que no dicen exactamente lo que piensan, o eso quise creer yo, claro.

Así es que el siguiente viernes acudí al salón de reuniones de una iglesia protestante cerca de la UCLA y rellené un buen tocho de papeles con el objetivo de entrar a formar parte de aquel grupo. Nombre: Manuel Ramírez; estado civil: casado; edad: 33; nacionalidad: española; aficiones: fútbol.

Tan sencillo como eso para presentarme ante un grupo de ex adictos sentados en círculo escuchando las charlas de aquel *coach* con cara infantil. Logan hacía semanas que no acudía, pero allí estaba Samantha, con su hache intercalada y su sonrisa de anuncio, que probablemente era lo único real en ella.

Me senté a su lado, con la confianza que me dieron el par de cervezas que me tomé un rato antes de entrar en aquella reunión, algo que entiendo que no fue lo más acertado teniendo en cuenta el asunto que supuestamente me había llevado allí, pero que era una práctica que sin duda no era el primero ni el último en hacerla entre los asistentes.

–Hay que estar muy borracho para aguantar algo así, le dije a la rubia a los veinte minutos de empezar.

Y se rió ante mi genialidad, aunque obviamente ella no lo considerara como tal.

–Me llamo Manolo –le dije a modo de presentación.

–¿Nos conocemos? Tu cara me resulta familiar.

–No, es imposible, vine hace pocas semanas de España.

–Vaya, hace unos meses había aquí otro español, Marcos, creo que se llamaba.

–Bueno, no todos los españoles borrachos nos conocemos. Aunque quien sabe, conozco a un Marcos que vino hace unos meses a vivir a Los Ángeles, pero le perdí la pista hace tiempo, ¿cómo era el que tú conociste?

–Pues, ahora que lo preguntas, creo que tengo una foto suya en el móvil. Luego en el descanso te la enseño –me dijo ella poniéndose un dedo entre aquellos labios cargados de Botox y pidiéndome un silencio que no le concedí.

–No me has dicho como te llamas –dije yo aunque sabía perfectamente su nombre.

–Samantha, encantada de conocerte.

–Igualmente.

En el descanso cogió su Iphone y se situó a mi lado. Le serví un café y yo me preparé otro en aquellos vasos desechables con los que te quemabas hasta los huesos de las falanges.

–Sabes, te pareces ligeramente a este chico que te digo, al tal Marcos.

–Pues ya tengo bastante curiosidad, ¿no encuentras la foto?

–Sí, aquí la tengo.

Me mostró la pantalla del teléfono, en la imagen aparecía un Marcos feliz, unos días antes de que le diagnosticaran una enfermedad terminal. Y allí, alumbrado por el brillo de cientos de bombillas artificiales, irradiaba vida aunque le quedara poca.

Fueron dos o tres segundos, tiempo suficiente para que un par de lágrimas asomaran a mis ojos. Ella no notó nada raro.

–¿Lo conoces?

–No, nunca lo he visto antes –le dije.

Tomé mi vaso ardiente y me volví solo hasta mi sitio en aquel círculo al que no estaba dispuesto a volver nunca más. La rubia, lo siento, era demasiada mujer para mí.

Después, aprovechando que llevaba el deportivo alemán de Paola, que me lo dejaba usar por el módico precio de 50 dólares al día siempre que ella no lo necesitara, decidí buscar el bar en el que Logan y Marcos se emborrachaban después de aquellas charlas. Lamentablemente, no lo encontré y tampoco me atreví a pedirle a Logan que me acompañara, ahora que parecía haber olvidado a aquella camarera pechugona por una mexicana mucho más decente.

–¿Cómo vas a acabar el libro? –me preguntó Lucy una semana antes de que se cumpliera el plazo marcado por su padre.

–No lo sé, la semana que viene tengo una entrevista de trabajo, puedo dejar un final abierto, conmigo entrando en una gran oficina americana con un buen traje de chaqueta y un futuro prometedor por delante.

–Sería un final descafeinado.

–Lo siento, pero no estoy dispuesto a morir para que tu padre y tú tengáis un final lacrimógeno. Mi vida ya ves que es menos interesante que la de Marcos.

–Seguro que hay algo de estos pocos meses que llevas aquí que aún no has contado, algo tuyo. Quizá sea bueno que dejes de una vez a Marcos a un lado –aconsejó.

–Lo intentaré.

Y decidí hacerle caso, no sólo a la hora de escribir el final de este libro, sino en la vida real. Era hora de empezar mi historia.

Mi historia

He decidido dejar de perseguir el rastro de Marcos porque, al fin y al cabo, ya no va a poder ser mi amigo. Tengo una vida que aplacé por seis meses y, que una vez llegué aquí, seguí evitando afrontar.

Escribir un libro es una excusa tan válida como cualquier otra a la que aferrarte para dejar de empezar a vivir una nueva vida. Heredar este peculiar encargo ha sido como el mensaje que me mandó Marcos de camino al aeropuerto aquel 13 de septiembre, el empujón que necesitaba para hacerle caso a mi cobardía.

Desde que estoy aquí mi vida ha sido la suya, y decir eso cuando a quien te refieres está muerto, la verdad, no significa el éxito que esperaba alcanzar al vivir aquí.

Me di cuenta de todo esto el día que Lucy me dijo que hablara sólo de mí. ¿Cómo hacerlo si desde que aterricé en Los Ángeles no he hecho otra cosa que estar a la sombra de él?

Por eso, ahora que acabo este encargo literario, aunque el final no sea el esperado, he decidido romper cualquier nexo que me siga recordando la historia que acaban de leer.

Mañana se cumple el plazo de entrega, y hoy, he decidido acabar esta historia, contando el inicio de la mía.

Me quedé anoche dándole vueltas hasta la madrugada a la idea que me rondaba desde hace días, y cuando ha amanecido y el sueño empezaba a vencerme, he decidido darme una ducha, salir a la calle y coger el coche de Paola sin su permiso para ir a cualquier sitio. Ha sido en ese momento, cuando estaba dispuesto a arrancar, cuando me he dado cuenta de que aunque lleve dos meses aquí, no tengo un sitio favorito en la ciudad, quizá porque yo aún no he llegado.

Sin planearlo, he acabado en Malibú, he aparcado el coche en uno de los laterales de la Pacific Coast y he llegado hasta la playa. Allí, sentado, en la soledad que proporciona un día entre semana, he empezado a escribir este último capítulo, sólo unas líneas sin aparente sentido.

Luego me he ido, dispuesto a hacer una de las cosas que en todo este tiempo no he tenido el valor de hacer: llamar a mi madre para decirle que Manolo, definitivamente, ha llegado a Los Ángeles.

He esperado hasta que en España fueran las cinco de la tarde, para asegurarme de que mi madre estuviera en casa. He marcado un número de teléfono que ya no reconozco como propio desde una cabina pública y he llorado al escuchar su voz.

—¿Cómo estás hijo?

—Muy bien, mamá —le he mentido, aunque no sea del todo falso.

—Te echo mucho de menos.

—Y yo, y yo, mamá, te lo aseguro. Esta semana tengo una entrevista de trabajo, si me sale bien, cuando ahorre un poco de dinero te pienso pagar el billete para que vengas un tiempo a verme. Esto te va a encantar.

—¿Tú no vas a venir antes?

—No, mamá. Por el momento no puedo moverme de aquí, mejor que vengas tú, ¿no quieres?

—Cualquier cosa por verte, hijo.

—Mamá, siento no haberte llamado antes.

—No pasa nada, hijo, entiendo que estarás ocupado, pero hazme el favor, intenta llamarme a partir de ahora más a menudo.

—Lo intentaré, lo prometo. Mamá, te tengo que dejar.

—Hijo, cuídate. Te quiero mucho.

—Yo también —le dije mientras colgaba y escuchaba cómo le rompía el corazón a mi madre a 10.000 kilómetros de distancia.

Luego he ido hasta el UCLA Medical Center, donde unos meses atrás le habían diagnosticado una enfermedad terminal a Marcos y, donde hace dos días ha nacido por cesárea el hijo de Frida. “¿Es que no hay más hospitales en ésta maldita ciudad?”, le pregunté a Edgar cuando me dio la noticia.

He aparcado en la 16th con California Street y andado un par de manzanas hasta la puerta de ese magnífico centro médico en el que ya no queda ningún historial clínico a mi nombre. He mirado a cada una de las mujeres enfundadas en bata blanca o verde con las que me cruzaba en sus laberínticos pasillos, intentando descubrir en ellas a la doctora Reese o a la enfermera Crag, a pesar de saber que era algo imposible.

Cerca del medio día he llegado a la habitación indicada, individual, grande, con un enorme ventanal, mucha luz e inmaculadamente limpia. Allí estaba ella, con menos barriga que cuando la conocí y una mayor sonrisa. Un recién nacido de espesa cabellera negra dormía en una minicuna transparente. No sé su nombre pero me puedo imaginar cuál es. No lo he preguntado.

Logan no estaba.

—Ha salido a comprar algo para comer —me ha dicho ella con la felicidad recién instalada en su cara.

“Mejor”, he pensado.

—¿Qué pena!, pero sobre todo he venido a verte a ti y al niño —aunque casi no he mirado en todo ese rato al bebé.

—Es precioso, ¿verdad?

—Precioso —que es la respuesta que hay que contestar en cualquier situación semejante.

—Me alegra que haya venido a conocer a...

La he cortado, no quería oírlo.

—Escucha un momento, Frida —porque a estas alturas de la película todos la llamamos cariñosamente así—. He venido para despedirme.

—¿Se va? —ha preguntado extrañada.

—No, tranquila. Me quedo en Los Ángeles, pero no nos volveremos a ver. Creo que es mejor que yo empiece a hacer mi propia vida.

—Puede hacerla, nosotros no tenemos que ser un impedimento.

—No he dicho que lo seáis —aunque lo piense —pero tampoco me siento cómodo quedando con unos amigos que no me pertenecen.

—Esto no va de a quién pertenece qué. ¿Qué pasa entonces con su mujer?

—Con ella es distinto, tenemos la entrevista de inmigración en unas semanas y aún vivo en su casa, pero en cuanto el asunto de su Tarjeta Verde se solucione, también dejaré de verla a ella.

—¿Y Edgar? ¿y Lucy?

—Igual, ya no me une a ellos nada. Mañana tengo que entregarle el libro a Edgar, cuando lean lo último que voy a escribir se enterarán.

—¿No es un poco cobarde por su parte?

—Al contrario, por una vez en mi vida voy a ser valiente. A todo esto debí enfrentarme solo hace muchos meses. Ya es hora de que lo haga de verdad.

—No hay manera de que cambie de opinión, ¿verdad?

—Lo he pensado mucho, no es algo que haya decidido a la ligera.

Y el bebé ha empezado a llorar.

—Te dejo, creo que por aquí te reclaman. Gracias por todo —y le he dado un beso en la mejilla, por donde resbalaba una lágrima.

Me he girado y dirigido a la salida. En un último vistazo he descubierto unos ojos azules mirando hacia su madre, llorando debido al hambre, desde la cuna.

Me he ido de ahí como si escapara de un pasado que nunca he tenido. De un hospital donde empezó todo y donde creo que debía acabar. A la salida, antes de dirigirme hasta el coche de Paola, descubrir que me habían multado por no leer ni entender las indicaciones de aparcamiento, y conducir de vuelta a casa para acabar este libro; me he encontrado a Logan.

Llegaba con una bolsa de comida rápida, estaba a unos quince metros de la entrada cuando yo salía. He seguido andando, dirigiéndome al lado contrario por el que él venía.

—¡Manolo! ¡Manolo! —he escuchado que me llamaba, dirigiéndose a mí usando por primera vez desde que lo conozco mi nombre.

No le he contestado, no he dejado de andar en dirección opuesta a la suya, no me he girado para verlo por última vez, no me he despedido de él. Simplemente, lo he dejado pasar, para siempre.

TERCERA PARTE

Volver

Este debería haber sido el final del libro, como de hecho lo fue durante algo más de un mes.

Desde que le mandé los últimos capítulos a Lucy me había olvidado de aquellas largas jornadas en las que corregíamos, perfilábamos detalles y volvía a reescribir algunas partes que quedaban poco claras. Aún sin que yo supiera el final que iba a escribir, y sin que Edgar imaginara cómo iba a cerrar esta historia, parecía que había una editorial dispuesta a publicar el libro.

Edgar estaba muy contento y, a pesar de su reticencia inicial hacia mí, durante nuestra última reunión no paró de repetir que no parecía que fuera contable.

–Si cuentas igual de bien los números que las historias, te contrato –me dijo la última vez que pisé su casa, antes de que le llegaran los últimos capítulos.

–¿Nuestra deuda estará saldada? –le pregunté el día anterior a que recibiera el final.

–Quedan por perfilar algunos detalles. Pero creo que sí, ya no me deberás nada. Este libro va a ser un *best seller* –me dijo.

No deberle nada a Edgar era igual que no deberle nada a Marcos y, sinceramente, me preocupaba más tener una deuda con un muerto que con el productor de cine. Por eso, por primera vez desde aquel mes de mayo de hacía un año, cuando dos amigos de toda la vida comprobaban en un piso de Madrid si les había tocado la lotería de la Green Card, sentí que estaba en paz conmigo mismo.

Era entonces cuando podría empezar a buscarme la vida en Los Ángeles, desligarme al fin de mi propia sombra y respirar de forma independiente.

El mismo día en que tenía la entrevista definitiva para conseguir un buen trabajo para llevar la contabilidad de una radio hispana en Burbank, me despertaron a las seis de la mañana los golpes que una pareja de federales propinaban a la puerta del apartamento que compartía con Paola.

Debo decir que después de llevar un par de meses en Estados Unidos y gracias a las clases previas que recibí en España, mi dominio del idioma era aceptable, pero cuando estás medio dormido, abres la puerta y dos armarios empotrados irrumpen en tu casa gritando, es imposible entender nada.

Me enseñaron un par de placas y tras unos minutos de total aturdimiento, sacaron unas esposas y me las colocaron después de hacerme crujir los huesos de los hombros para acabar con ambas manos pegadas a mi espalda.

Paola, que ya he dicho que no tiene un buen despertar precisamente, comenzó a gritar en italiano. Despertando a un vecindario que sin embargo, no se inmutó. Yo estaba en calzoncillos, aún era noche cerrada y viajaba esposado junto a dos federales en un Chrysler Voyager con las lunas tintadas de camino a no sabía dónde.

No sé si me leyeron mis derechos como había visto cientos de veces en las películas, si me preguntaron por mi abogado o si simplemente me secuestraron amparándose en la legalidad que ofrecen un par de placas policiales.

El caso es que estoy encerrado desde ese día, a la espera de que sea ratificada la sentencia a la que he sido condenado por un juez del condado de Orange County. Condado en el que se desmanteló un tinglado de robo de pasaportes con fines terroristas en el que apareció el de Marcos Ferrer, un ciudadano español que había entrado en suelo americano, vía Philadelphia, un 6 de abril; que no había vuelto a salir del país y que nunca había denunciado la pérdida o robo de su pasaporte europeo.

Nadie desde ese día ha conseguido saber nada de él, siendo yo el único eslabón que aparece en esta cadena de hechos probados, y aparentemente irrefutables, que indican que Marcos es el cerebro de una banda terrorista que planeaba una serie de atentados, ahora frustrados, que debían cometer una serie de kamikazes, quienes previamente habrían embarcado en aviones comerciales con pasaportes robados en los últimos meses a ciudadanos europeos.

El de Marcos fue el único de las decenas de documentos interceptados que no había sido denunciado como sustraído por su propietario.

Cuando él, es decir yo, entró en el país, indicó en el formulario obligatorio de entrada que venía a visitar a Manuel Ramírez, motivo por el que fui detenido aquella cálida mañana de junio, en la que en vez de tener una entrevista de trabajo, acabé siendo objeto de un interrogatorio mucho menos cinematográfico que los que nos tienen acostumbrados en las películas.

Según la policía, yo podía ser un terrorista o tener la única pista válida sobre el paradero de Marcos, lo que efectivamente, no era del todo incorrecto.

En cualquier caso estaba siendo investigado, mi casa fue registrada, mi teléfono analizado, el ordenador que me regalaron los Durant para que acabara mi encargo confiscado y todos los movimientos que había hecho, desde aquel 13 de septiembre en el que supuestamente había aterrizado en Los Ángeles, estudiados al milímetro.

Por supuesto, desde el primer momento conté toda esta historia que ahora ustedes acaban de leer, utilizando, eso sí, los nombres verdaderos de cada personaje. Incluso les pedí a los agentes que me interrogaron sin descanso que la cotejasen con la que estaba escrita en el ordenador, “lo harían”, dijeron, pero siguieron haciendo preguntas durante horas.

Marcos era cenizas, Omar había insistido mucho en aquella parte del plan. Siempre dijo que eliminar cualquier rastro de su existencia era por mi propia seguridad, pero durante este tiempo en la cárcel he comprendido que lo que buscaba era salvar su pescuezo, sin importarle demasiado el mío.

Sin un sólo resto que confirmara la muerte de Marcos, yo podía convertirme en el cabeza de turco de todo lo que habíamos hecho para acabar logrando vivir el típico sueño americano. Ironías de la vida, él está muerto y yo en la cárcel.

De Marcos no quedaba nada, desde su entrada en el país en abril, su rastro se había esfumado, solo quedaba su pasaporte, la pista que lo involucraba en una célula terrorista a la que todo parecía indicar que habían parado los pies antes de que se repitiera algo parecido al 11S.

Desde la cárcel he conseguido saber cuál fue el precio que pagó Logan; cómo pagó a Omar por todos los favores que tuvo que pedirle para facilitar mi entrada en el país. Sorprendentemente, el cerebro de nuestra operación, y quizá el de una serie de atentados frustrados, sólo pidió el pasaporte de Marcos.

–Además es mejor que no lo guardéis ninguno de los que sepáis el plan –le dijo a Logan aquella primera noche en Las Vegas.

Cuando yo aterricé unos meses antes, en medio del Jet Lag, la adrenalina por haber entrado suplantando una identidad y la emoción por pasar los últimos días de su vida con mi mejor amigo, Logan me pidió el pasaporte de Marcos y yo se lo di sin pensármelo dos veces. Incluso agradecido de que me quitaran aquel documento que me quemaba en el bolsillo.

De sus manos pasaría a las de Omar, quien parece ser que utilizaba pasaportes reales de ciudadanos europeos, nunca falsificaciones, para perpetrar actos terroristas en cualquier país del mundo y con objetivos que yo aún hoy no he conseguido descubrir.

Testimonios

A pesar de ser la primera vez en mi vida que pisaba una cárcel, el día que entré aquí sentí una sensación que no era nueva para mí: la que te invade cuando sabes que estás en un sitio que no te pertenece y ocupando el puesto de otro.

Llevaba sintiendo aquella sensación casi desde que había nacido y, lejos de atenuarse, cuando viajé definitivamente a Los Ángeles, se incrementó hasta niveles de necesitar en alguna ocasión respirar hondo una buena bocanada de oxígeno para volver a darme una tregua. “Ya me adaptaré”, me autoengañaba cada mañana al mirarme al espejo. Y ahora que estoy en la cárcel reconozco que el camino de mi adaptación se ha desviado bastante.

Confieso que desde que me tocara la lotería me he saltado bastantes leyes y he andado siempre en el filo de la ilegalidad, por eso, me sorprende que acabe siendo enjuiciado por un delito que ni yo ni Marcos hemos cometido nunca.

La policía investigó, aunque de mala gana, la historia que les había contado. Quizá incluso leyeran el libro, aunque nunca me preguntaron demasiado sobre él.

Cuando preguntaron a los amigos más íntimos de Marcos sobre la verdad de aquella historia que yo juraba como verdadera, ninguno la ratificó, tal y como habíamos prometido ante sus cenizas.

Nunca, bajo ningún concepto, contaría nadie lo que había pasado aquellos meses. Sólo quedaría constancia en aquel encargo de Edgar que había comenzado Marcos y que tuve que continuar yo. Creo que Omar nunca supo de esta deuda, ya que de haberlo hecho, seguramente se las hubiera ingeniado para destruir aquellas páginas que yo recibí junto a la Tarjeta Verde que llevaba mi nombre.

Tampoco Paola contó la verdad. Obvio. Una extranjera que se ha casado para conseguir la residencia y poder trabajar en aquel país, no iba a confesar su delito ante los federales. Ante el tribunal se volvió a ratificar, contó que nos habíamos conocido en la playa, que lo nuestro fue amor a primera vista y que antes de que ella se tuviera que volver a su país, yo le había pedido matrimonio durante una excursión a la península de Palos Verdes.

Luego yo me había ido de despedida a Las Vegas con un amigo y, a la vuelta, nos habíamos casado ante la presencia de tan solo dos testigos en los juzgados de Beverly Hills.

Un día antes ella abrió una cuenta a nombre de los dos con 10.000 dólares.

—Era dinero que nos regalaron por el enlace matrimonial —dijo ella.

Además, el hecho de que el piso en el que vivíamos estuviera a su nombre, era solo un error producto de una confusión del casero a la hora de hacer el papeleo y que decidimos no modificar porque no le dimos importancia.

Que sólo hubiera una cama en aquel apartamento, y que los vecinos hubieran oído gemidos de vez en cuando, eran hechos claros que ratificaban su versión.

Ella evitó la expulsión inmediata del país, y yo me libré de sumar un nuevo cargo a los que debía tener ya, aunque nunca me los hubieran detallado en ningún momento. Todo el proceso debía ser algo cercano a secreto de Estado, imaginaba yo.

Para ser aún más creíble en su testimonio, Paola solicitó un *vis à vis* en el que me pidió perdón por sus mentiras de la mejor manera que ella sabe hacer. Fue la última vez que he estado con una mujer en este país y reconozco que tengo un gran recuerdo de aquel encuentro carcelario.

Mi historia se tambaleaba, nadie recordaba a Marcos, sólo había un registro suyo en un grupo de alcohólicos anónimos, lo cuál, parece ser, que no tiene demasiada validez en un proceso judicial porque se debe preservar el anonimato de los enfermos que reciben tratamiento o terapia para superar su adicción. Además, aseguraron los investigadores, es habitual que se utilicen nombres falsos, inventados o de otra persona, para asistir a esas reuniones.

Allí, sin embargo, estaba la única prueba contundente de que Marcos estuvo en Estados Unidos antes de lo que rezaba el billete de avión a su nombre: la foto que le hizo Samantha.

Cuando los federales acudieron a comprobar aquella pista, la rubia de cuerpo de infarto les aseguró a los agentes que le habían robado el móvil hacía unas semanas. Probablemente poco después de que yo hablara de su existencia en estas páginas.

Había otro punto que se debía estudiar. El registro hospitalario del UCLA Medical Center de Santa Mónica, aunque yo ya sabía que allí no se iba a encontrar nada ni a mi nombre ni al de Marcos porque Omar se comprometió a hacer desaparecer cualquier historial médico que reflejara la enfermedad de mi amigo, echando mano de sus contactos. Por supuesto, era una de las partes fundamentales de un plan en el que era primordial que desapareciera cualquier rastro de Marcos en Estados Unidos, aunque en este caso, se decidiera que eliminar aquellos registros era lo más beneficioso para mí.

—Es mejor que Manuel Ramírez tenga un expediente sanitario limpio, de lo contrario te será imposible encontrar un seguro médico a un precio decente —comentó Edgar cuando me advirtió de los errores que había cometido Marcos a su llegada y que no debía repetir yo.

La factura, que se comprometió el productor de cine a pagar, fue abonada en concepto de donativo, algo habitual en los centros con cierto prestigio y que a los peces gordos les ayuda a desgravar impuestos.

Apuesto además a que en aquellos días fue imposible localizar a un cuarentón vestido de Spiderman en el Paseo de la Fama y que en la casa de Los Feliz, sus antiguos compañeros de piso, hacía semanas que se habían mudado.

Todos los flecos estaban bien atados.

Este libro es solo eso, un encargo que una productora le hace a un escritor. Ningún nombre coincide con el de las personas que fueron llamadas a declarar en el juicio privado que se hizo, y mi historia, como tantas otras, nunca ha saltado a los medios porque no interesaba que se sepa que había un grupo de terroristas que planeaba un ataque en suelo americano.

Mi abogado de oficio me recomendó que en mis alegaciones finales contara la misma historia que mis compañeros. No había en realidad, me aseguré, nada que me acusara de delito alguno.

—Ser amigo de un terrorista no hace que tú lo seas —me dijo el abogado, quien estaba convencido de mi inocencia pero no de la de una persona que parecía haber desaparecido de la faz de la Tierra.

La posibilidad de verme libre después de pasar casi un mes en una celda aislada del resto de presos, con la única compañía del bolígrafo que tengo en la mano y del bloc de notas en el que escribo esto, me hizo plantearme el consejo de mi abogado. Decidí echarle las culpas a un muerto. Pensé que a él, al fin y al cabo, ya no le importaría demasiado.

Alegaciones

El 27 de junio de 2014, un viernes como cualquier otro. Acababa el juicio en el que me había visto envuelto en la última semana. Tuve suerte de que una de las promesas electorales de Obama fuera dismantelar de forma definitiva Guantánamo, aunque el Congreso no le pusiera las cosas del todo fáciles, de lo contrario no les hubiera contado nada de esto y mi situación ahora hubiera sido peor.

Me conformo al pensar que mi destino ha sido el menos malo de los que me había imaginado. Pero ya les hablaré de la sentencia, primero es necesario que sepan lo que al final decidí declarar en mis alegaciones finales, la última oportunidad que tenía de contar una historia creíble, aunque falsa.

La sala estaba casi vacía, el juez, del que no recuerdo el nombre tan bien como su mirada de rechazo hacía mi, estaba ya sobre el estrado cuando un par de policías me introdujeron en el juzgado recién llegado de mi pequeña celda en el Central Jail Complex del condado. Un fiscal, mi abogado y como espectadores de lujo Edgar y Logan en primera fila fueron el auditorio hacia el que dirigí mi alegato de inocencia.

Aún con las esposas puestas, me subieron a la silla en la que debía declarar, me quitaron las argollas que unían mis manos únicamente para jurar que estaba dispuesto a contar la verdad sobre una Biblia. Lo hice aunque tenía claro que iba a incumplir mi palabra.

Mi abogado comenzó a preguntarme.

–Señor Ramírez, ¿conoce usted a Marcos Ferrer?

–Sí, señor. Éramos buenos amigos en España.

–¿Hace cuánto tiempo que no lo ve?

–Llevaba sin verlo desde septiembre del año pasado, cuando me trasladé a Estados Unidos. Pero hace unos meses, en marzo, me llamó diciéndome que iba a venir al país para hacer turismo.

–¿Lo vio entonces?

–Sí, pero sólo durante un día. Le dije que cuando llegara estaría recién casado, por lo que no podía quedarse en casa. Quería estar con mi mujer a solas durante los primeros días del matrimonio, ya me entiende, porque no pudimos irnos de luna de miel debido a su trabajo.

–¿Y le pareció bien?

–Sí, no pareció contrariado, sólo me pidió si podía poner mis datos en la documentación que debía rellenar previamente para entrar en el país. No quería retrasar más la documentación y al decirle que no podía proporcionarle alojamiento, tenía que buscar un hotel donde quedarse.

–¿Y usted aceptó?

–Sí, claro, ¿por qué no iba a hacerlo? aunque hacía meses que nos habíamos distanciado, había sido un buen amigo en España.

–¿Recogió usted a su amigo del aeropuerto el pasado 6 de abril?

–No, no pude hacerlo. No dispongo de coche y le dije que tomara un taxi. Quedamos en Palisades Park, mi sitio favorito de la ciudad.

–¿Los vio alguien?

–Pues imagino que sí, es un lugar bastante concurrido por turistas. Nos sentamos en un banco y estuvimos charlando durante unas horas, compramos una hamburguesa en un *food truck* que aparcó cerca, y nos la comimos allí mismo.

–¿Qué le contó?

–Estuvimos hablando de cómo le había ido a él en España, me dijo que cuando yo me vine aquí, él decidió dejar el trabajo y buscar algo mejor, entonces no entendí a qué se refería, pero puede que ahora le encuentre lógica.

–¿Cree que fue entonces cuando se unió a la célula terrorista que se ha desarticulado ahora?

–Puede ser, pero no me contó nada sobre a lo que se había dedicado en este tiempo.

–¿Le contó a qué había venido a Estados Unidos?

–Para visitar California, me dijo. No me extrañó, era el sueño que teníamos cuando vivíamos en España.

–¿Solo?

–Me pidió que lo acompañara, pero le dije que no podía, me acababa de casar y quería estar con mi mujer.

–¿Qué itinerario pensaba hacer?

–Me dijo que iba a pasar aquella noche allí, que al día siguiente alquilaría un coche y subiría conduciendo hasta Sacramento, luego iría a San Francisco y volvería a bajar hasta Los Ángeles, donde pasaría un par de días, me dijo que quería ver un partido de los Lakers y, finalmente, si le quedaba tiempo, ganas y dinero, bajaría un par de días a San Diego antes de regresar a España.

–¿Cuántos días tenía pensado emplear en hacer ese viaje?

–Un par de semanas me dijo. Regresaba a España en la segunda quincena de abril.

–¿Lo llamó cuando volvió de San Francisco?

–Le pedí que lo hiciera, pero nunca lo hizo.

–¿Y no se preocupó?

–No, Marcos era un tío muy independiente. Sabía que yo andaba liado, que tenía una nueva vida aquí y que no podía servirle de guía. Así es que no me extrañó que no me llamara.

–¿Es eso todo cuanto sabe de Marcos Ferrer?

–Sí, lo juro. No sé nada que no haya contado ya.

–De acuerdo. Eso es todo Señoría –dijo dirigiéndose al juez y tomando asiento.

Fue entonces el turno del fiscal del condado. Un tipo gris como el traje que llevaba. Con cara de pocos amigos a pesar de su aspecto impecable. Porte distinguido y maneras de haber estudiado en una buena (y cara) universidad. Yo ya me imaginaba por dónde iba a llevar su turno de preguntas.

–Acaba de decir que no sabe nada más de su amigo, Marcos Ferrer, sin embargo, cuando usted fue detenido contó una historia muy diferente a los agentes.

–Lo sé, señor fiscal. Y me retracto de aquella declaración.

–¿Por qué la hizo entonces?

–Pensé que era una idea de mi editor, un juego bastante real por el que me ponía a prueba para añadir más emoción al libro que le acababa de entregar.

–¿Le parece falsa la cárcel en la que ha estado este mes, le parece que yo soy un actor, le parece que su señoría no es real?

–No, señor. Ahora me doy cuenta del error que cometí. Todo esto me ha sobrepasado.

–Estamos hablando de terrorismo, señor Ramírez. Esto no es un juego, ni un libro, ni una película.

–Lo sé, lo sé –dije bajando la voz a la vez que hacía lo mismo con la cabeza en señal de claro arrepentimiento.

–Ha creado falsas pistas, ha hecho que nuestros agentes investiguen en la dirección equivocada, nos ha hecho perder un mes que podría haber sido muy valioso.

–Yo soy el principal perjudicado de esta historia, le aseguro –acabé diciendo mientras mostraba las esposas que me habían vuelto a poner después de jurar ante las Sagradas Escrituras.

–No, los principales perjudicados han sido los millones de ciudadanos que están ahí fuera, sin saber siquiera que están expuestos cada día a cientos de amenazas terroristas, y a los que nosotros, señor Ramírez, estamos intentando proteger -dijo el fiscal en el tono más peliculero que existe.

–Lo siento –acabé diciendo con la voz quebrada.

Había hecho enfadar mucho al fiscal y, por la cara del juez entendí que él también se sentía ultrajado, pero yo había conseguido echar balones fuera. Porque hay veces que las mentiras son más fáciles de creer que las verdades.

De frente, sentado en primera fila, Edgar miraba la escena compungido, con el nudo de la corbata que le apretaba una nuez que no hacía más que subir y bajar por aquel robusto cuello. A su lado, Logan, desde su corpulencia, me miraba con sus ojos pequeños pero totalmente atentos a cuanto acontecía en aquella sala. Estaba sudando, le notaba la angustia, una muy diferente a la de Edgar y, finalmente, cuando quiso aplacar el calor arremangándose la camisa, comprobé en la distancia que llevaba un reloj mucho más caro del que se puede permitir cualquiera con un sueldo de mecánico. No pude ver la marca desde el púlpito donde estaba esposado, pero hubiera vuelto a jurar sobre aquella Biblia que era un Richard Mille.

Sentencia

Hoy, 4 de julio, fiesta nacional en Estados Unidos, se ha dictado mi sentencia.

Parece que mi historia falsa ha sido lo suficientemente creíble y me ha desligado de los actos maléficos que estaba preparando Marcos cuando localizaron su pasaporte en un piso utilizado por un grupo terrorista. Aunque no por ello me voy a ir de rositas después de la que se ha liado este último mes con el tema del dichoso pasaporte.

Yo ya no les sirvo de ayuda y, a pesar de haber mentido (ellos piensan que lo hice al principio, pero yo sé que fue sólo al final), no hay pruebas que me relacionen con el entramado que Marcos debía manejar.

Sobre mi amigo nada se sabe, ha desaparecido su rastro. Nadie voló en su asiento el 20 de abril, cuando tenía comprado un billete de vuelta a Madrid. En la capital de España no hay rastro de él, hace meses que dejó el trabajo de forma repentina, aunque sus compañeros dicen que no les extrañó porque estaba muy quemado, su padre murió en Navidades, y poco antes, él mismo vació y vendió su casa.

A este lado del charco no se sabe nada de él desde que aterrizó en el aeropuerto, se tomó una hamburguesa y charló con un viejo amigo. Después parece que emprendió un viaje turístico en solitario recorriendo buena parte del Estado de California.

No hay registros a su nombre en ninguna empresa de alquiler de vehículos en aquella fecha, ni reservas en los hoteles o moteles de las ciudades de destino. Obviamente, dicen los investigadores, es un profesional y sabe borrar sus huellas. Y yo en esto, y por primera vez, les doy la razón.

Hoy pasaré la última noche en la cárcel, de modo que desde mi celda no podré asistir a ninguna de las celebraciones de este día. Me hubiera gustado ir al Rose Bowl Stadium de Pasadena para disfrutar de las actuaciones musicales durante la tarde, hacer un picnic en las zonas verdes de los alrededores del estadio, y acabar mirando al cielo con unos fuegos artificiales que me harían recordar que aquella no era mi fiesta, pero que el cielo que nos cubría era el mismo aquí que a diez mil kilómetros de distancia.

No podré hacer nada de eso aunque me hubiera gustado mucho pasar así mi última noche aquí, a modo de despedida de ésta aventura que quizá nunca debió comenzar.

La sentencia me quita lo que quizá nunca me perteneció, la Tarjeta Verde que gané en un sorteo por Internet, que le presté a un amigo porque él no tuvo tanta suerte, que recuperé a su muerte y que al final ha hecho que me vea dentro de una celda el día en el que debería estar poniendo una bandera de barras y estrellas en una de las ventanas de mi apartamento.

El juez considera que he sido un obstáculo en la investigación y que, aunque parezco demasiado estúpido (en esto vuelvo a darle la razón) soy la última persona que vio dentro del país a Marcos Ferrer, quien ya está incluido en la lista de los más buscados que baraja a diario el FBI y la Interpol.

Fui su amigo en España y puede que lo siga siendo aquí, así es que no soy una persona de fiar y menos una persona que merezca tener un permiso de residencia permanente. Como hace menos de un año desde que entró en vigor, parece que es sólo un trámite revocarlo sin tener que dar demasiadas explicaciones.

Mañana, en el primer vuelo de la mañana (aprovechando que Iberia ha vuelto a poner sus vuelos directos de Los Angeles a Madrid debido a la llegada del verano) seré expatriado, que quizá no sea la palabra más adecuada para contar mi situación porque no siento, en este momento, que tenga patria alguna.

La Tarjeta Verde será destruida, como mi pasado aquí. Dejaré de tener amigos heredados, una mujer que no me quiere (aunque a ella le mantendrán los privilegios por haberse casado conmigo) y un sueño que en realidad no ha sido nunca el mío.

Mañana, cuando me levante, me conducirán en furgón policial hasta el aeropuerto, donde Edgar me esperará para completar este ciclo. Yo le daré las últimas hojas de este libro, él me dará lo poco que haya podido recoger del piso que comparto con Paola y me entregará el pasaporte con el que regresar a mi vida en Madrid. Como si nada de esto hubiera pasado, como si de verdad sólo haya sido una historia que contar en un libro. Puede que ni siquiera yo sepa realmente la verdad de toda esta historia, a día de hoy sé que toda la clave está en aquellos días de Las Vegas, en un árabe que no sé si existe realmente y, por supuesto, en todo lo que calla y miente Logan.

Si alguien piensa que nada de esto ha valido la pena, que ha sido una odisea en la que después de mucho sufrimiento acabo volviendo a casa, al inicio de todo, se equivoca. El viaje no ha sido en vano, gracias a él he aprendido que no hay nada más fiable para el fracaso de un sueño que compartirlo con tu mejor amigo.

NOTAS

Nota de la autora

El viernes 13 de septiembre de 2013, igual que el protagonista de esta novela, yo misma me montaba en el avión Plácido Domingo en Madrid para recorrer 10.000 kilómetros y aparecer 13 horas después en Los Ángeles. Por eso, aunque la historia que acabas de leer es ficticia, muchas de las páginas de Tarjeta Verde y buena parte de sus personajes están más cerca de la realidad que de la imaginación de su creadora.

Existe gente a la que le ha tocado la Green Card (por difícil que sea), existe gente que ha dejado su vida de mileurista o parado en España para vivir en otra parte del mundo (por duro que parezca) y existe gente que pasa penurias y no tiene a su mejor amigo al lado para contárselas. Puede que ninguno se llame Manolo o Marcos y que nunca protagonicen una novela, pero esa gente existe.

También son reales cada uno de los lugares de Los Ángeles que se describen en el libro y que yo misma recorrí durante mi estancia allí. Además he contado con la ayuda de mi hermana Marisa, que vive allí desde hace muchos años, para refrescarme la memoria. Cualquier error que haya podido cometer, sin embargo, es solo culpa mía.

Pasé en Los Ángeles tres meses, porque yo no tengo la Green Card y no puedo obtener más que un visado de turista, y volví en Navidades cargada de lágrimas y con mil y una experiencia en la maleta que Iberia me rompió a la vuelta. Durante el tiempo que estuve allí contaba lo que el tiempo libre me dejaba en mi blog 30ypocos.com que por aquella época recibió muchas visitas, y de ahí nació la idea de escribir este libro, porque sé que había gente que leía mis peripecias y se quedaba con ganas de más.

Vivir fuera, el tiempo que sea, es una experiencia enriquecedora que recomiendo a cualquiera, pero también puede ser algo muy duro. Por eso nunca quise que este libro fuera una historia en la que el camino del protagonista estuviera lleno de rosas. Siento haberlo matado y haber jugado con todos los lectores con el cambio que se produce al principio de la segunda parte, espero que hayais descubierto (aunque sea tarde) las migajas del engaño que fui dejando a lo largo del relato de la primera parte.

Gracias por haberme acompañado en este viaje de más de 10.000 kilómetros, para cualquier comentario podéis escribir a gloria@30ypocos.com

Agradecimientos

Este libro no hubiera sido posible sin mi familia americana. Le debo especialmente aquel viaje a Los Ángeles (que no fue el primero y no será el último) a Penélope Schilp Jiménez, una de mis sobrinas. Su nacimiento fue la mejor de las excusas para hacer que cogiera la maleta y viajara para ser la primera (junto con su hermano) en visitarla en el hospital el día que nació. Extensivo es este agradecimiento a toda su familia, que también es la mía. A Jef y a Nico, mi cuñado y sobrino respectivamente, porque espero que algún día el primero pueda entender esta novela en español y al segundo por tantas tardes de juegos. Pero sobre todo a mi hermana Marisa por no dudar en comprar un sofá cama nuevo para acogerme durante tres meses. Mil gracias porque sin ti este libro no existiría.

En el otro lado del charco, en España, también le doy las gracias a mi familia, porque aunque siempre les oculté que tenía un libro primero en la mente y después en el ordenador, me han aguantado todo este tiempo desde que tuve que volver a casa al quedarme en paro.

A mis primos y a mis tíos (por ambas familias) porque siempre me han animado a seguir escribiendo y han sido fieles seguidores de mi blog. Porque algunos se sorprenderán de este libro, pero otros sé que estaban esperándolo.

A Blanca Durán, Lucía Varona y María José Segura, que se merecen aparecer aquí con nombres y apellidos porque ellas fueron mis primeras lectoras, críticas y correctoras. Sé que hoy les hace mucha ilusión que al fin este libro esté en unas manos que no sean las suyas.

A todos los que algún día han tenido que abandonar su país para buscar un futuro mejor, a los que han logrado hacer su sueño realidad y a los que después de la experiencia tuvieron que volver de nuevo a casa, con la certeza al menos de haberlo intentado.

A todos los españoles con los que me crucé en Los Ángeles, en especial a mi compañera de viajes de fin de semana, Neus Moltó, con la que descubrí muchos de los sitios que aparecen en esta novela, y al grupo que toma café los domingos por la tarde en el Urth de Santa Mónica, para que no pierdan la tradición y me hagan un hueco cuando vuelva.

A El Crea, diseñador de la portada de este libro y de tantos otros diseños molones que comparte con sus miles de seguidores en redes sociales. Porque sin conocernos supo implicarse en este proyecto que, por muy americano que parezca, yo quería que fuera 100% made in Jaén.

A la reforma laboral, sí, a ella, porque gracias a que le puso las cosas tan fáciles a los empresarios para echar a gente que llevaba muchos años sacándoles las castañas del fuego yo acabé en el paro. Solo entonces pude hacer este viaje y dejar de tener la excusa del tiempo para escribir un libro.

A la gente que tiene una buena historia que contar y no se decide a hacerlo. Desde mi humilde experiencia os animo a no buscar más excusas y a ponerlos a ello. Quizá nos estamos perdiendo a un buen escritor.

A Skype porque a mí me sirve para ver crecer a mis sobrinos y porque ayuda a muchas familias a hacer que se sientan más cerca cuando la distancia física se mide en miles de kilómetros.

A los aeropuertos porque acercan y alejan a gente, pero siempre son el comienzo de algo.

A ti, que sin conocerme de nada y sin haber leído nunca nada de mí, compraste este libro porque te gustó el título, la portada o porque alguien te habló de él.

A todos vosotros, gracias de corazón.